

MICHAEL CUNNINGHAM

Las horas

*la otra
orilla*



GRUPO
EDITORIAL
norma
LITERATURA

$\frac{2x}{4/04}$ 11/05

$\frac{3x}{2/07}$ 10/09

~~NOT A 200~~

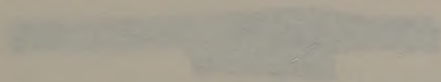
colección *La otra orilla*

Las
horas

Michael
Cunningham

Las horas

TRANSLATION BY
KATHERINE TROMBLY KRAMER



1993



Original English Edition

Illustrations by
Michael Cunningham
First Edition, May 1993
Revised Edition, May 1993
Published by the University of California Press

127
128

129

Michael
Cunningham

Las horas

TRADUCCIÓN DE
MARGARITA VALENCIA VARGAS

NOV 04 2003

Grupo Editorial Norma

<http://www.norma.com>

Barcelona Bogotá Buenos Aires Caracas Guatemala

Lima México Panamá Quito San José San Juan

San Salvador Santiago Santo Domingo

Título original en inglés: *The Hours*

Primera edición en inglés: Farrar, Straus and Giroux, 1998

Fragmento del *Diario de Virginia Woolf*, vol. II; 1920-1924

© Edited by Anne Olivier Bell, Hogarth Press, permiso cedido por
The Random House Archive & Library

Extractos de *La señora Dalloway*, de Virginia Woolf

© Harcourt Brace y Company, 1925, permiso cedido por
The Society of Authors as the Literary Representative of the
Estate of Virginia Woolf

Carta de Virginia Woolf a Leonard Woolf, tomada de
The Letters of Virginia Woolf, vol. VI: 1936-1941

© Edited by Nigel Nicolson, Hogarth Press, permiso cedido por
The Random House Archive & Library

© Michael Cunningham, 1998

© Editorial Norma S.A.,

Primera edición: septiembre de 2000

Apartado 53550, Santa Fe de Bogotá

<http://www.norma.com>

Derechos reservados para América Latina

Fotografía de cubierta: Jorge H. González

Diseño: Camilo Umaña

Impreso por Cargraphics S. A. - Impresión digital

Impreso en Colombia-*Printed in Colombia*

C.C. 21903

ISBN: 958-04-5834-0

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin permiso escrito de la Editorial.

Este libro se compuso en caracteres Minion

Este libro es para Ken Corbett

Un tercer tigre buscaremos. Éste
será como los otros una forma
de mi sueño, un sistema de palabras
humanas y no el tigre vertebrado
que, más allá de las mitologías,
pisa la tierra. Bien lo sé, pero algo
me impone esta aventura indefinida,
insensata y antigua, y persevero
en buscar por el tiempo de la tarde
el otro tigre, el que no está en el verso.

J O R G E L U I S B O R G E S

El otro tigre, 1960

No tengo tiempo de describir mis planes. Debería
decir muchas cosas sobre *Las horas* y mi descubrimien-
to; cómo excavo hermosas grutas detrás de mis perso-
najes; creo que eso plasma exactamente lo que quiero;
humanidad, humor, hondura. La idea es que las grutas
conecten entre sí, y cada una sale a la luz del día en el
momento presente.

V I R G I N I A W O O L F

30 de agosto de 1923

Las horas

Prólogo

Sale a toda prisa de la casa con un abrigo demasiado grueso para el clima. Es 1941. Ha empezado otra guerra. Dejó una nota para Leonard y otra para Vanessa. Camina hacia el río resueltamente, segura de lo que va a hacer, y sin embargo incluso ahora casi la distraen las colinas, la iglesia y un reguero de ovejas, incandescentes, teñidas con una leve insinuación de azufre, que pastan bajo el cielo que se oscurece. Se detiene, observa las ovejas y el cielo, y sigue adelante. Las voces murmuran tras ella; los bombarderos zumban en el cielo aunque ella busca los aviones y no los puede ver. Pasa frente a uno de los trabajadores de la granja (¿John?), un hombre robusto de cabeza pequeña, que usa un chaleco rucio y limpia la zanja que atraviesa el mimbreral. Él levanta los ojos y la mira, la saluda con una inclinación de cabeza y vuelve los ojos hacia el agua carmelita. Mientras pasa frente a él de camino al río, ella piensa que él lo ha logrado, que tiene suerte de estar limpiando el mimbreral. Ella, por su parte, es un fracaso. No es realmente una escritora; no es más que una excéntrica con talento. En los charcos de la lluvia de la noche anterior brillan parches de cielo. Sus zapatos se hunden ligeramente en la tierra blanda. Fracaso y ahora las voces han regresado, murmullos indescifrables que empiezan justo donde acaba su campo de visión, detrás de ella, aquí, no, apenas se da la vuelta se van a otra parte. Las voces han regresado y el dolor de cabeza se acerca como saber que va a llover, el dolor de cabeza que aplastará lo que sea que es ella y la reemplazará. El dolor de cabeza se acerca y parece (¿acaso es ella la que los conjura?) que los bombarderos están de nuevo en el cielo. Llega al terraplén, pasa por enci-

ma y de nuevo baja, hacia el río. Hay un pescador río arriba, lejos, no notará que ella está allí, ¿o sí? Empieza a buscar una piedra. Trabaja rápida pero metódicamente, como siguiendo una receta a la que debe ceñirse escrupulosamente si es que ha de lograr su cometido. Escoge una aproximadamente del tamaño y forma del cráneo de un cerdo. Mientras la levanta y la embute en uno de los bolsillos del abrigo (el cuello de piel le hace cosquillas), no puede evitar fijarse en la contextura calcárea de la piedra y en su color, un carmelito lechoso con manchas verdes. Está parada cerca de la orilla del río, que lame el banco y llena las pequeñas irregularidades en el lodo con agua clara, una sustancia que podría ser completamente diferente de esa cosa café amarillosa, de apariencia tan sólida que parece una carretera, que se extiende con tanta constancia de terraplén en terraplén. Se detiene, con el agua fría a la altura de las rodillas. Piensa en Leonard. Piensa en sus manos y en su barba, en las líneas profundas que rodean su boca. Piensa en Vanessa, en los niños, en Vita y en Ethel: son tantos. Todos fracasaron, ¿verdad? De pronto siente una inmensa pena por ellos. Se imagina dando la vuelta, sacando la piedra de su bolsillo, regresando a casa. Probablemente llegaría a tiempo para destruir las notas. Podría seguir viviendo: podría llevar a cabo ese último acto de bondad. De pie, con el agua que le llega hasta las rodillas remolineando a su alrededor, resuelve no hacerlo. Las voces están aquí, el dolor de cabeza se acerca y si ella vuelve a someterse al cuidado de Leonard y de Vanessa, no la dejarán ir jamás. Decide insistir en que la dejen ir. Se adentra torpemente (el fondo es lodoso) hasta que el agua le llega a la cintura. Mira río arriba hacia el pescador, que lleva puesto un saco rojo y que no la ve. La superficie amarilla del río (más amarilla que carmelita cuando se la examina desde esta distancia) refleja turbiamente el cielo. He aquí, pues, el último momento de percepción real, un hombre que pesca con un saco

rojo y un cielo nublado que se refleja en el agua opaca. Casi involuntariamente (ella lo siente así) da un paso o se tropieza y la piedra la jala hacia adentro. Por un instante, sin embargo, no pasa nada; parece un nuevo fracaso; nada más que agua fría de la que puede salir nadando; pero después la corriente la abraza y se la lleva con una fuerza tan repentina y tan muscular que parece como si un hombre muy fuerte se hubiera levantado del fondo, le hubiera agarrado las piernas y las sostuviera contra su pecho. Se siente como algo personal.

Más de una hora después, su esposo regresa del jardín.

—Madame salió —dice la sirvienta mientras golpea una almohada vieja, liberando una minúscula tormenta de pelusa—. Dijo que regresaría pronto.

Leonard sube a la sala a escuchar las noticias. Encuentra un sobre azul, dirigido a él, sobre la mesa. Adentro hay una carta.

Mi querido:

Siento con absoluta seguridad que me estoy volviendo loca de nuevo; siento que no puedo volver a pasar por esos momentos terribles. Y no podré recuperar este momento. He empezado a oír voces y no me puedo concentrar. Así que voy a hacer lo que creo mejor. Me has dado toda la felicidad posible. Lo has sido todo para mí. No creo que haya habido dos personas más felices que nosotros, hasta que llegó esta terrible enfermedad. No puedo luchar más, sé que estoy arruinando tu vida, que sin mí podrías trabajar. Y lo harás lo sé. Como verás ni siquiera puedo escribir esto bien. No puedo leer. Lo que quiero decirte es que te debo toda la felicidad que ha habido en mi vida. Has sido completamente paciente conmigo e increíblemente bueno. Quiero decirte que... todo el mundo lo sabe. Si alguien hubiera podido salvarme, ese habrías sido tú. Todo se aleja de mí excepto la certeza de tu bondad. No puedo seguir arruinando tu vida. No creo que haya habido dos personas más felices que nosotros.

V.

Leonard sale de la habitación y corre escaleras abajo. Le dice a la sirvienta:

—Creo que algo le ha pasado a la señora Woolf. Quizás trató de matarse. ¿Hacia dónde se fue? ¿Usted la vio salir de la casa?

La sirvienta, presa del pánico, se echa a llorar. Leonard vuela hacia el río, pasa frente a la iglesia y las ovejas, frente al mimbreral. En la orilla del río no hay nadie excepto un hombre con un saco rojo, que está pescando.

La corriente la arrastra rápidamente. Parece como si estuviera volando: es una figura fantástica con los brazos estirados, el cabello en el aire y detrás, la cola del abrigo de piel. Atraviesa pesadamente los rayos de luz carmelita, granular. No llega lejos. Sus pies (ha perdido los zapatos) golpean ocasionalmente el fondo y cuando lo hacen convocan una lenta nube de lodo manchada con las siluetas negras de los esqueletos de las hojas que, todo menos quieta, permanece en el agua mucho después de que ella se ha perdido de vista. Se le prenden al pelo y a la piel del abrigo tiras de algas verdinegras y durante un trecho una venda de algas gruesas le cubre los ojos, venda que finalmente se suelta y flota y se enrolla y se desenrolla y se vuelve a enrollar.

Eventualmente se detiene contra uno de los pilotes del puente en Southease. La corriente la presiona, la acosa, pero ella está firmemente colocada en la base de la columna chata, cuadrada, con la espalda al río y su rostro contra la piedra. Allí se recoge con un brazo doblado contra el pecho y el otro flotando libremente sobre la curva de la cadera. A cierta distancia sobre ella se encuentra la superficie brillante y picada. En ese punto el sol se refleja vacilante, blanco y pesado por las nubes, atravesado por el perfil negro de los grajos. Los carros y los camiones retumban sobre el puente. Un niño no mayor de tres años que atraviesa el puente con su madre se detiene en la verja de hierro, se agacha

y empuja por entre la verja el palo que ha estado cargando para botar al agua. Su madre le ruega que siga adelante pero él insiste en quedarse y observar mientras la corriente se lleva el palo.

Helos aquí, temprano un día a comienzos de la Segunda Guerra Mundial: el niño y su madre en el puente, el palo flotando en la superficie del agua y el cuerpo del Virginia en el fondo del río, como soñando con la superficie, el palo, el niño y su madre, el cielo y los grajos. Un camión verde oliva rueda sobre el puente, cargado de soldados uniformados que saludan al niño que acaba de lanzar el palo. Él devuelve el saludo. Exige que su madre lo levante para ver mejor a los soldados, para que los soldados lo vean mejor a él. Todo esto se incorpora al puente, resuena a través de su madera y de su piedra y entra al cuerpo de Virginia. Su rostro, contra los pilotes, lo absorbe todo: el camión y los soldados, la madre y el niño.

La señora Dalloway

Aún hay que comprar las flores. Clarissa finge exasperación (aunque adora hacer estos mandados), deja a Sally limpiando el baño y sale corriendo, no sin antes prometer que estará de vuelta en media hora.

Es la ciudad de Nueva York, finales del siglo xx.

La puerta del vestíbulo se abre hacia una mañana de junio tan espléndida y limpia que Clarissa se detiene en el umbral como si se encontrara al borde de una piscina y observa el agua turquesa que lame las baldosas, las redes líquidas de sol que tiemblan en las profundidades azules. Como si se encontrara al borde de la piscina, retrasa un instante la zambullida, la inmediata membrana de frío, el golpe de la inmersión. En su bulliciosa y dura decrepitud carmelita, en su caída sin fondo, Nueva York siempre produce unas cuantas mañanas de verano como esta; mañanas invadidas por doquier por la reivindicación de la nueva vida, tan decidida que es casi chistosa, como un personaje de tiras cómicas que soporta horrendos castigos sin fin pero que siempre sobrevive sin quemaduras, sin cicatrices, con ganas de más. Una vez más, este junio, los árboles de West Tenth Street han creado hojitas perfectas a partir de la caca de perro y de los envoltorios tirados sobre los que se levantan. Una vez más, en la jardinera de la ventana de la vieja de al lado, llena como siempre de geranios de plástico rojo embutidos a la fuerza en la tierra, ha florecido un necio diente de león.

Qué emoción, qué sorpresa, estar viva en una mañana de junio, próspera, casi escandalosamente privilegiada, y con un solo mandado que hacer. Ella, Clarissa Vaughan, una persona común y corriente (a esta edad, ¿para qué molestarse en negarlo?), tiene

que comprar flores y tiene que ofrecer una fiesta. Cuando Clarissa desciende del vestíbulo, su zapato rechina al contacto con la piedra marrón rojiza tachonada de mica del primer escalón. Tiene cincuenta y dos años, apenas cincuenta y dos, y su buena salud parece casi artificial. Se siente tan bien como se sintió ese día en Wellfleet, a los dieciocho, al atravesar las puertas de vidrio en un día muy parecido a este, fresco y casi dolorosamente despejado, desbordante de nuevos brotes. Las libélulas zigzagueaban por entre las aneas. La savia de pino agudizaba el olor a pasto. Richard apareció detrás de ella, le puso la mano la mano en el hombro y le dijo: "Hola, señora Dalloway." El nombre de señora Dalloway había sido idea de Richard, proferida con aire arrogante una noche de borrachera en la alcoba en la que él le aseguró que Vaughan no era un nombre adecuado para ella. Su nombre debería honrar a un gran personaje literario y aunque ella había defendido Isabel Archer o Anna Karenina, Richard había insistido en que señora Dalloway era la única opción evidente. Estaba la cuestión de su nombre, que era una señal demasiado obvia como para ignorarla, y además estaba la más importante cuestión del destino. Ella, Clarissa, obviamente no estaba destinada a un matrimonio desastroso o a caer bajo las ruedas del tren. Ella estaba destinada a ser encantadora, a prosperar. Así que se quedó señora Dalloway. "¿No es hermoso?", le dijo esa mañana la señora Dalloway a Richard. "La belleza es una prostituta", le respondió él. "Prefiero el dinero". Él prefería la inteligencia. Siendo la más joven, la única mujer, Clarissa sintió que podía darse el lujo de un cierto sentimentalismo. Si era finales de junio, Richard y ella ya eran amantes. Había pasado casi un mes desde que Richard abandonara el lecho de Louis (Louis, ese campesinito de fantasía, la encarnación misma de la carnalidad) y se metiera al suyo.

—Pues a mí me gusta la belleza —había dicho ella. Le había retirado la mano de su hombro y había mordido la punta de su

dedo índice, con un poco más de fuerza de la deseada. Tenía dieciocho años, acababa de ser rebautizada. Podía hacer lo que quisiera.

Los zapatos de Clarissa raspan suavemente el piso a medida que desciende las escaleras de camino a comprar flores. ¿Por qué no se siente triste de pensar en la buena suerte de Richard (“una voz angustiada y profética en las letras norteamericanas”) y su decadencia perversamente simultánea (“No tiene ni un solo leucocito, ni uno que hayamos podido detectar”) ? ¿Qué le pasa? Adora a Richard, piensa en él constantemente, pero quizás ama el día un poco más. Adora West Tenth Street en las mañanas de verano. Se siente como una viuda putoncilla, con el cabello recién teñido bajo el velo negro y un ojo puesto en los hombres disponibles en el funeral de su marido. De los tres —Louis, Richard y Clarissa—, Clarissa siempre ha sido la de corazón más duro y la más inclinada al romanticismo. Por ello ha soportado burlas durante más de treinta años: hace mucho tiempo decidió claudicar y disfrutar de sus propias reacciones voluptuosas e indisciplinadas que, en palabras de Richard, tienden a ser tan crueles y llenas de adoración como las de un niño precoz y particularmente irritante. Sabe que un poeta como Richard se movería con severidad a través de la misma mañana editándola, desechando la fealdad ocasional junto con la belleza ocasional, buscando la verdad económica e histórica tras estas viejas casas de ladrillo, las austeras complicaciones de piedra de la iglesia episcopal y el hombre delgado y maduro que pasea a su terrier Jack Russell (estos perritos cascorvos y peleones de pronto están por todas partes en Fifth Avenue), mientras que ella, Clarissa, sencillamente disfruta sin justificaciones de las casas, la iglesia, el hombre y el perro. Ella sabe que es infantil. Es plano. Si lo expresara públicamente (ahora, a su edad), ese amor la pondría en el reino de los tontos y de los simples, de los cristianos con guitarras acústicas

o de las esposas que han aceptado ser inofensivas a cambio de su mantenimiento. Sin embargo, siente que este amor indiscriminado es absolutamente serio, que todo en el mundo forma parte de una intención vasta e inescrutable, que todo en el mundo tiene su propio nombre secreto, un nombre que no se puede transmitir a través del lenguaje pero que es simplemente la visión y la sensación del objeto mismo. Piensa que esta fascinación decidida y pertinaz es su alma (una palabra vergonzosa y sentimental, pero ¿cómo más llamarla?); la parte que presumiblemente sobrevive a la muerte del cuerpo. Clarissa nunca habla con nadie sobre nada de eso. No se deshace en elogios ni gorjea alegremente. Se limita a señalar con admiración las manifestaciones obvias de belleza e incluso en ese momento se las arregla para mostrar una cierta restricción adulta. La belleza es una prostituta, asegura a veces. Prefiero el dinero.

Esta noche ofrecerá una fiesta. Llenará las habitaciones de su apartamento de comida y flores, de personas inteligentes e influyentes. Guiará a Richard durante el evento, cerciorándose de que no se canse demasiado, y después lo escoltará al norte de la ciudad a recibir el premio.

Endereza los hombros mientras espera en la esquina de la octava y quinta a que cambie el semáforo. Hela ahí, piensa Willie Bass, quien a veces se la encuentra por la mañana más o menos en el mismo lugar. La antigua beldad, la ex hippie, con el cabello aún largo y desafiantemente gris, hace sus mandados matinales con jeans y una camisa de algodón de hombre y unas zapatillas étnicas (¿India? ¿Sur América?) en los pies. Conserva cierto atractivo; cierto encanto bohemio, como de bruja buena; y sin embargo esta mañana parece una figura trágica, allí parada tan derecha con su camisa grande y sus zapatos exóticos, resistiéndose a la gravedad, una mamut hundida hasta las rodillas en el alquitrán y descansando entre un esfuerzo y otro, protuberante y orgullosa,

casi despreocupada, aparentando mirar el pasto tierno que la espera en la orilla lejana aunque sabe con certeza que no se moverá de aquí, que seguirá atrapada y sola cuando caiga la noche y salgan los chacales. Espera pacientemente que cambie el semáforo. Debió de haber sido espectacular hace veinticinco años; los hombres habrían muerto felices en sus brazos. Willie Bass se siente orgulloso de su capacidad para desentrañar la historia de un rostro; para comprender que aquéllos que ahora son viejos alguna vez fueron jóvenes. El semáforo cambia y él avanza.

Clarissa cruza la octava. Adora sin poder evitarlo el aparato de televisión abandonado en el andén al lado de un solo zapato de tacón de charol blanco. Adora la carreta del vendedor ambulante llena de brócoli y duraznos y mangos, cada uno marcado con un cartelito que anuncia el precio en medio de abundante puntuación: “¡¡\$1.49!!”, “¡¡3 por UN dólar!?!”, “¡¡50 centavos cada uno!!!”. Más adelante, bajo el arco, una vieja con un vestido oscuro y bien cortado parece estar cantando, de pie exactamente en medio de las estatuas gemelas de George Washington, como guerrero y como político, ambas con las caras destruidas por el tiempo. Lo que nos mueve es la agitación y el tumulto de la ciudad; su complejidad; su interminable vida. Todo el mundo conoce la historia de la venta de Manhattan, un mundo salvaje, por un collar de cuenta, pero resulta imposible no creer que siempre ha sido una ciudad; que si uno excava, debajo encontraría las ruinas de otra ciudad más antigua, y después otra y otra. Bajo el cemento y el pasto del parque (ya ha cruzado hacia el parque, donde la vieja echa la cabeza para atrás y canta) yacen los huesos de los que fueron enterrados en este cementerio que simplemente se pavimentó hace cien años para hacer Washington Square. Clarissa camina sobre los cuerpos de los muertos mientras los hombres susurran ofreciendo drogas (no a ella) y tres niñas negras pasan zumbando en patines y la vieja canta, desentonada,

iiiiiii. Clarissa se siente veleidosa y exultante por su suerte, por sus zapatos buenos (en promoción en Barney's, y con todo y eso); después de todo he aquí la imperturbable miseria del parque, visible incluso bajo su capa de hierba y flores; he aquí a los narcotraficantes (¿Llegado el caso, te matarían?) y a los locos, los perplejos y aturdidos, aquellos a quienes se les ha acabado la suerte, si es que alguna vez la tuvieron. Sin embargo, ella adora el mundo porque es vulgar e indestructible, y sabe que otras personas lo adoran también, los pobres tanto como los ricos, aunque nadie menciona específicamente las razones. ¿Por qué otra razón luchamos para seguir adelante, sin importar cuán comprometida esté la situación, cuán heridos estemos? Aunque estemos en peores condiciones que Richard; aunque ya no nos quede carne y las lesiones nos abrasen y nos caguemos en las sábanas; no obstante, queremos desesperadamente vivir. Tiene que ver con todo esto, piensa. El rumor de las ruedas sobre el concreto, el horror y el escándalo; la cortina brillante que la fuente escupe mientras un par de jóvenes descamisados lanzan un frisbee y los vendedores ambulantes (peruanos, guatemaltecos), que dejan a su paso una estela de humo acre y espeso; las carretas plateadas de retazos; los viejos y las viejas que se esfuerzan por alcanzar el sol desde sus bancas y hablan suavemente entre sí, moviendo la cabeza; el balido de los pitos de los carros y el rasguído de las guitarras (ese grupo de allá, los tres muchachos y la joven, ¿será posible que estén tocando *Eight Miles High*?); las hojas que brillan en los árboles; un perro manchado que persigue a las palomas y un radio que pasa y suena *Always Love You* mientras la mujer del vestido oscuro permanece de pie bajo el arco cantando *iiiiii*.

Atraviesa la plaza, la fuente la salpica un poco, y aquí viene Walter Hardy, musculoso entre sus pantalones cortos y una camiseta blanca sin mangas, con el paso atlético y desenvuelto de

andar por Washington Square Park. “Hola, Clare”, la llama desenfadadamente, y por un incómodo momento no saben cómo besarse. Walter apunta a los labios de Clarissa y ella instintivamente aleja su propia boca y ofrece en cambio la mejilla. Se corrige y se devuelve medio segundo demasiado tarde, de manera que los labios de Walter sólo alcanzan a tocar la comisura de su boca. Soy tan mojigata, piensa Clarissa; como una abuela. La belleza del mundo me provoca vahídos pero por reflejo soy renuente a besar a un amigo en la boca. Richard le dijo hace treinta años que bajo su barniz de pirata se escondían todas las características de una buena esposa de los suburbios, y ahora ella se revela ante sí misma como un espíritu exiguo, excesivamente convencional, causa de demasiados sufrimientos. No es de extrañarse que su hija sienta tanto resentimiento contra ella.

—Qué bueno verte —dice Walter. Clarissa sabe —prácticamente puede verlo— que en este momento Walter busca mentalmente su camino a través de una serie de complejas mediciones aplicadas a su importancia personal. Así es: ella es la mujer en el libro, el tema de la muy esperada novela de un escritor casi legendario, pero el libro fue un fracaso, ¿no es así? Las reseñas fueron demolidoras; se hundió silenciosamente bajo las olas. Walter decide que ella es como una aristócrata depuesta, interesante sin ser particularmente importante. Ella lo ve sacar sus conclusiones. Sonríe.

—¿Qué haces en Nueva York un sábado? —le pregunta.

—Evan y yo resolvimos quedarnos en la ciudad este fin de semana —responde él—. Se siente tan bien con el nuevo coctel que dice que quiere ir a bailar esta noche.

—¿No sería un poco exagerado?

—No lo voy a desamparar ni un segundo, ni lo voy a dejar que se esfuerce demasiado. Es sólo que quiere volver a salir al mundo.

—¿Tú crees que querría venir a casa esta noche? Tenemos una fiestecita para Richard, para celebrar el premio Carrouthers.

—Ah. Claro que sí.

—Ya sabías, ¿verdad?

—Claro.

—No es una cosa anual. No tienen que llenar una cuota, como con el Nobel y esos otros premios. Sencillamente lo otorgan cuando se dan cuenta de que hay alguien cuya carrera es indiscutiblemente significativa.

—Qué bien.

—Sí —dice ella—. El último que lo recibió fue Ashbery; y antes, Merrill, Rich y Merwin.

El rostro ancho e inocente de Walter se ensombrece. Clarissa se pregunta si quizás está intrigado por los nombres. ¿O tal vez, será posible, siente envidia? ¿Se imagina que él mismo podría pretender a un honor así?

—Siento no haberte hablado antes de la fiesta —dice ella—. Es que nunca se me ocurrió que ustedes estarían aquí. Tú y Evan nunca están en la ciudad los fines de semana.

Walter dice que por supuesto que sí va a ir y que irá con Evan si Evan está de humor, aunque es posible que Evan prefiera ahorrar energías para ir a bailar. Richard se pondrá furioso cuando se entere de que Walter ha sido invitado y Sally se pondrá de su parte. Clarissa lo entiende. Hay pocas cosas en el mundo tan poco misteriosas como el desdén que la gente suele sentir por Walter Hardy, quien ha optado por llegar a los cuarenta y seis con una gorra de beisbol y Nikes; que gana cantidades obscenas de dinero escribiendo novelas románticas sobre el amor y el desamor entre hombres musculosos y perfectos; que puede bailar house toda la noche, feliz e incansable como un pastor alemán que corre tras un palito. Uno ve hombres como Walter por todo Chelsea y el Village, hombres que insisten en demostrar, a los treinta o a los cuarenta o más, que siempre han sido alegres y seguros de sí mismos, de cuerpos poderosos; que nunca fueron niños raros,

que nunca se burlaron de ellos, que nunca han sido despreciados. Richard asegura que esos homosexuales eternamente jóvenes le hacen más daño a la causa que los hombres que seducen niños, y sí, es verdad que Walter no tiene ni un asomo de ironía adulta, de cinismo, nada ni remotamente profundo qué aportar a su interés por la fama y por la moda, por el último restaurante. Y sin embargo Clarissa valora esta inocencia ávida. ¿Acaso no amamos a los niños en parte porque viven fuera de los límites del cinismo y de la ironía? ¿Acaso es tan terrible que un hombre quiera más juventud, más placer? Además, Walter no está corrompido; no exactamente. Escribe los mejores libros que puede escribir —libros llenos de romanticismo y de sacrificio, de valor ante la adversidad— y éstos con seguridad ofrecen verdadero consuelo a infinidad de personas. Su nombre aparece sin cesar en invitaciones a eventos para recolectar fondos y en cartas de protesta; escribe textos vergonzosamente espléndidos para las contraportadas de los escritores jóvenes. Cuida a Evan con dedicación y fidelidad. Clarissa cree que hoy en día uno mide a la gente primero que todo por su amabilidad y por su capacidad para la entrega. A veces uno se cansa de la inteligencia y del intelecto; de las pequeñas exhibiciones de genio de todo el mundo. Ella se niega a dejar de disfrutar de la superficialidad desvergonzada de Walter Hardy aunque vuelva loca a Sally y haya llevado a Richard a preguntarse en voz alta si ella, la misma Clarissa, no es un poco vanidosa y tonta.

—Bien —dice Clarissa—. Ya sabes la dirección, ¿verdad? Los espero a las cinco.

—A las cinco.

—Tiene que ser temprano. La ceremonia es a las ocho y la fiesta es antes. Richard no soporta trasnochar.

—Perfecto. A las cinco. Nos vemos.

Walter le dio un apretón de manos a Clarissa y siguió su ca-

mino con paso arrogante, haciendo gala de su robusta vitalidad. Puede ser un chiste cruel invitar a Walter a la fiesta de Richard pero después de todo Walter está vivo, tan vivo como la misma Clarissa, en una mañana de junio, y se sentiría terriblemente desairado si se entera (y él parece enterarse de todo) de que Clarissa estuvo hablando con él el día de la fiesta y no la mencionó deliberadamente. El viento juega con las hojas dejando al descubierto el verde más brillante y más gris de su envés, y de pronto y con una urgencia sorprendente Clarissa desea que Richard esté aquí a su lado en este momento, pero no el Richard en el que se ha convertido sino el Richard de hace diez años; el Richard que conversa incensantemente y que no le teme a nada; el Richard criticón como un tábano. Anhela la discusión que habrían tenido sobre Walter. Antes de la decadencia de Richard, Clarissa discutía con él todo el tiempo. Lo bueno y lo malo siempre fueron tema de preocupación para él y nunca, en veinte años, abandonó del todo la convicción de que la decisión de Clarissa de vivir con Sally, si no una manifestación banal de profunda corrupción, representa al menos una debilidad de su parte que compromete (aunque nunca lo admitiría) a las mujeres en general, pues parece haber decidido hace muchos años que Clarissa no sólo es responsable de sí misma sino de las virtudes y de las debilidades de su sexo. Richard siempre ha sido el compañero más riguroso y exasperante de Clarissa, su mejor amigo, y si no hubiera cambiado, si la enfermedad no lo hubiera tocado, ahora estarían juntos discutiendo sobre Walter Hardy y su búsqueda de la eterna juventud, sobre cómo los homosexuales han dado en imitar a los muchachos que los torturaban en la escuela secundaria. El viejo Richard podría haber hablado durante media hora o más sobre las diversas interpretaciones posibles de la inepta copia de la Venus de Botticelli que un joven negro dibuja con tiza en el asfalto, y si se hubiera fijado en la bolsa plástica inflada por el viento

contra el cielo blanco, meciéndose como una medusa, habría seguido con el tema de los químicos y de las ganancias ilimitadas, de la mano rapaz. Habría querido hablar sobre cómo la bolsa (digamos que estaba llena de papas fritas y de bananos maduros; digamos que la botó una abrumada madre indigente al salir de la tienda, rodeada de su pandilla de niños peleones) volará hasta el Hudson, donde flotará hasta el océano, donde eventualmente una tortuga marina, una criatura que podría vivir cien años, la confundirá con una medusa, se la comerá y morirá. Y no sería raro que de alguna manera Richard saltara de ese tema a Sally; que preguntara por su salud y su felicidad con formalidad exagerada. Tenía la costumbre de preguntar por Sally después de una de sus diatribas, como si Sally fuera una especie de refugio seguro absolutamente banal; como si la misma Sally (la estoica, la torturada, la sutilmente sabia Sally) fuera inofensiva e insípida como una casa en una calle tranquila o un carro bueno, sólido y confiable. Richard nunca admitirá que Sally no le gusta ni superará su antipatía por ella; nunca desistirá de su convicción privada de que Clarissa en el fondo se ha convertido en una esposa de sociedad, e ignora el hecho de que ella y Sally no intentan disfrazar su amor para no herir a nadie, o de que Sally es una mujer inteligente y devota, productora de televisión pública, por Dios, ¿cómo podría ser más trabajadora o más socialmente responsable? ¿Qué tanto más dramáticamente subpagada se supone que debe ser? Ignora también los libros buenos y ostentosamente poco rentables que Clarissa insiste en publicar junto con los objetos más pulposos que pagan por su bienestar. Ignora sus convicciones políticas, su trabajo con la Administración de Obras Públicas.

Clarissa atraviesa Houston Street y piensa que quizás debería comprarle alguna cosita a Evan para celebrar el tentativo regreso de su salud. Flores, no; si las flores son sutilmente equivocadas

en el caso de los muertos, resultan desastrosas en el caso de los enfermos. ¿Entonces qué? Las tiendas de SoHo están llenas de vestidos de fiesta y de joyas y de Biedermeier; nada que se le pueda llevar a un joven inteligente e imperioso que quizás viva, o quizás no, con ayuda de las drogas, el periodo que le correspondería normalmente vivir. ¿Qué quiere la gente? Clarissa pasa frente a una tienda y piensa en comprarle un vestido a Julia, se vería soberbia con el vestidito negro de tiras Anna Magnani, pero Julia no se pone vestidos, insiste en pasar su juventud, ese breve periodo durante el cual uno puede ponerse cualquier cosa, con camisetas interiores de hombre y botas altas de amarrar que parecen bloques de concreto. (¿Por qué su hija no le cuenta casi nada? ¿Qué pasó con el anillo que Clarissa le regaló cuando cumplió dieciocho?). He aquí la librería de Spring Street, pequeña y bien dotada. Quizás Evan quiera un libro. En la vitrina hay uno (¡sólo uno!) de los libros de Clarissa, el inglés (y es criminal que haya tenido que pelear tanto para imprimir diez mil copias y, lo que es peor, que todo parezca indicar que con suerte se van a vender cinco), al lado de la saga suramericana de familia que perdió ante una casa editorial más grande y que evidentemente no va a pagar la inversión porque por razones misteriosas ha generado respeto pero no amor. Está la nueva biografía de Robert Mapplethorpe, los poemas de Louise Glück, pero nada parece adecuado. Todos son demasiado generales y demasiado específicos al mismo tiempo. Quisiera darle el libro de su propia vida, el libro que lo ubique, que lo críe, que lo prepare para los cambios. No puedo aparecerme con chismes de personas famosas, ¿verdad? Tampoco puedo llevarle la historia de un novelista inglés amargado o la del destino de siete hermanas chilenas, sin importar cuán bellamente escritas estén, y hay tantas probabilidades de que Evan lea poesía como de que se dedique a la pintura en porcelana.

Todo parece indicar que no hallaremos consuelo en el mundo de los objetos y Clarissa teme que el arte, incluso el mejor (incluso los tres libros de poesía de Richard y su única e ilegible novela), pertenece tercamente al mundo de los objetos. De pie frente a la vitrina de la librería, la visita un antiguo recuerdo, la rama de un árbol golpeando contra una ventana mientras en alguna parte (¿abajo?) se iniciaba en un fonógrafo una música tenue, el grave gemido de una banda de jazz. No es su primer recuerdo (que aparentemente incluye un caracol avanzando lentamente por el borde de un andén), ni siquiera el segundo (las sandalias de paja de su madre, o quizás al revés), pero este recuerdo más que cualquier otro se siente urgente y profundamente reconfortante, de una forma casi sobrenatural. Clarissa probablemente estaría en una casa en Wisconsin, una de las muchas que sus padres alquilaron para el verano (casi nunca la misma dos veces: cada una de ellas resultaba con un defecto que su madre añadía a su interminable historia sobre La Ruta de las Lágrimas de la familia Vaughan a través de las hondonadas de Wisconsin). Tendría tres o cuatro años y estaría en una casa a la cual nunca regresaría, de la cual no conserva ningún recuerdo excepto este, completamente nítido, más diáfano que algunas de las cosas sucedidas ayer: una rama golpeando una ventana mientras empieza el sonido de trompetas; como si el árbol, perturbado por el viento, de alguna manera hubiera provocado la música. Parece como si en ese momento ella hubiera empezado a vivir en el mundo; a comprender las promesas implícitas en un orden superior a la felicidad humana, aunque abarque la felicidad humana y todas las demás emociones. La rama y la música le importan más que todos los libros en la vitrina. Quiere para Evan y quiere para ella misma un libro que pueda contener lo que contiene ese recuerdo singular. Se queda allí mirando los libros y su reflejo superpuesto en la vitrina (aún se ve bien, buena moza en vez de bonita; ¿cuán-

do comenzarán a llegar los crespones y la decrepitud, los labios marchitos de su rostro de vieja?) y después sigue su camino, lamentándose por el encantador vestidito negro que no puede comprarle a su hija porque Julia sólo ve por los ojos de una teórica de la homosexualidad e insiste en las camisetas y las botas de amarrar. Respeto a Mary Krull, aunque ella no nos dé la opción de no hacerlo, porque vive como vive al borde de la pobreza, va a la cárcel por sus diversas causas, ofrece apasionadas conferencias en la Universidad de Nueva York sobre esa patética mascarada conocida como género. Quiero que me guste, me esfuerzo para que me guste, pero en últimas su intensidad moral e intelectual y su incesante demostración de rectitud de vanguardia en chaqueta de cuero resultan demasiado despóticas. Sé que ella se burla en privado de mis comodidades y de mis pintorescas (ella debe de considerarlas pintorescas) nociones de identidad lesbiana. Me aburre ser considerada el enemigo sólo porque ya no soy joven; porque me visto como todo el mundo. Quiero gritarle a Mary Krull que da lo mismo; quiero que se meta en mi cabeza por unos días y sienta las preocupaciones y las tristezas, el temor innombrable. Yo creo —yo sé— que Mary Krull y yo sufrimos de la misma náusea mortal, del mismo mareo del alma, y que quizás en otra dimensión hubiéramos sido amigas, pero tal como resultaron las cosas, ella reclama a mi hija y yo estoy sentada en mi cómodo apartamento odiándola tanto como un padre republicano. El padre de Clarissa, amable hasta el punto de ser traslúcido, adoraba ver a las mujeres con vestiditos negros. Su padre se agotó; desistió de su contundencia de la misma forma como solía desistir de las discusiones, sencillamente porque resultaba más fácil estar de acuerdo. Más allá, en MacDougal, una compañía está filmando una película en medio del caos usual de remolques y camiones llenos de equipo y bancos de luz blanca. He aquí el mundo ordinario, una película que se filma, un mucha-

cho puertorriqueño que desgarró el toldo de un restaurante con una vara plateada. He aquí el mundo, y yo vivo en él, y estoy agradecida. Trato de estar agradecida.

Empuja la puerta de la floristería, que siempre se resiste ligeramente, y entra, alta y de hombros anchos en medio de los ramos de rosas y de jacintos, la piel aterciopelada de las magnolias, las orquídeas temblorosas en sus tallos. Barbara, que trabaja allí desde hace años, la saluda. Después de una pausa, le ofrece la mejilla para un beso.

—Hola —dice Clarissa. Sus labios tocan la piel de Barbara y el momento resulta súbita e inesperadamente perfecto. Permanece de pie en la tiendita sombría, deliciosamente fresca, como un templo, solemne en su abundancia, con los ramos de flores secas colgando del techo y el estante de cintas en la pared de atrás. Estaba esa rama que golpeaba contra la ventana y hubo otra, aunque ella ya era mayor, de cinco o seis, en su propio cuarto, una rama cubierta de hojas rojas y ella recuerda haber pensado reverencialmente (incluso entonces) en esa primera rama, la que parecía haber estimulado la música del primer piso; recuerda haber amado esa rama de otoño por recordarle la primera rama que golpeaba contra la ventana de una casa a la que nunca volvería, cuyos detalles no recordaba. Ahora está aquí, en la floristería, donde las amapolas se dispersan blancas y albaricoques sobre tallos largos y peludos. Su madre, que siempre llevaba una lata de nevadas mentas francesas en la cartera, apretó los labios y le dijo a Clarissa que era una loca, una niña loca, con tono de coqueta admiración.

—¿Cómo estás? —le pregunta Barbara.

—Bien, muy bien —le responde—. Esta noche tenemos una fiestecita para un amigo que se ganó uno de esos premios literarios importantísimos.

—¿El Pulitzer?

—No. Se llama el premio Carrouthers.

Clarissa interpreta el rostro inexpresivo de Barbara como una sonrisa. Barbara es una mujer grande, pálida, más o menos de cuarenta, que vino a Nueva York a cantar ópera. Hay algo en su rostro —la barbilla cuadrada, los ojos adustos e inexpresivos— que le recuerda a uno que la gente se veía básicamente igual hace cien años.

—No tenemos gran cosa en este momento —dice—. Ha habido como cincuenta matrimonios esta semana.

—No necesito mucho —dice Clarissa—. Unos cuantos ramos de cualquier cosa.

Clarissa se siente inexplicablemente culpable de no ser una mejor amiga para Barbara, aunque sólo se conocen como cliente y vendedora. Clarissa le compra todas las flores a Barbara y le envió una tarjeta el año pasado, cuando oyó del susto que tuvo a causa del cáncer de seno. La carrera de Barbara no ha funcionado como la planeó; de alguna manera vive de su salario (probablemente en un apartamento alquilado, con la bañera en la cocina) y esta vez escapó del cáncer. Por un momento Mary Krull ronda los lirios y las rosas, lista para escandalizarse por la suma que Clarissa va a gastar.

—Tenemos unas hortensias divinas —dice Barbara.

—Muéstramelas —Clarissa se dirige a la nevera y escoge las flores, que Barbara saca de los baldes y sostiene en los brazos, escurriendo agua. En el siglo diecinueve hubiera sido la esposa de un campesino, amable e inconspicua, insatisfecha de pie en su jardín. Clarissa escoge peonías y lirios, rosas color crema, desecha las hortensias (la culpa, la culpa, parece que uno nunca puede superarla) y está pensando en los iris (¿pero los iris no están acaso un poquito... pasados de moda?) cuando les llega un enorme estruendo de la calle.

—¿Qué fue eso? —pregunta Barbara. Ella y Clarissa van a la ventana.

—Parece que es la gente de la película.

—Es lo más probable. Han estado filmando toda la mañana.

—¿Qué estarán haciendo.

—No sé —y se aleja de la ventana con una cierta severidad de persona mayor y los brazos llenos de flores, de la misma forma como el fantasma de su antiguo ser se hubiera alejado del traqueteo y el crujido de un coche que pasaba por allí, lleno de excursionistas de una ciudad distante perfectamente bien vestidos. Clarissa se queda mirando el caos de camiones y remolques. De pronto la puerta de uno de los remolques se abre y sale una cabeza famosa. Vista desde lejos, es una cabeza de mujer de perfil, como la cabeza de una moneda, y aunque Clarissa no puede identificarla inmediatamente (¿Meryl Streep? ¿Vanessa Redgrave?), sabe sin duda alguna que la mujer es una estrella de cine. Lo sabe por su aura de confianza majestuosa y por el entusiasmo con el que uno de los hombres de utilería le habla (aunque sus palabras son inaudibles para Clarissa) sobre la fuente del ruido. La cabeza de mujer se retira rápidamente y la puerta del remolque se cierra de nuevo, pero deja tras de sí un aire inconfundible de afable reproche, como si un ángel hubiera tocado brevemente la superficie del mundo con su sandalia, hubiera preguntado si había algún problema y, habiéndosele respondido que todo estaba bien, hubiera vuelto a ocupar su lugar en el éter con gravedad escéptica, después de recordarles a los niños de la tierra que a duras penas se les confían sus propios asuntos y que el siguiente descuido no se pasará por alto.

La señora Woolf

La señora Dalloway dijo algo (¿qué?) y fue a conseguir las flores ella misma.

Es un suburbio de Londres. El año de 1923.

Virginia se despierta. Sin duda esta podría ser otra forma de empezar; con Clarissa yendo a hacer un mandado en un día de junio y no con los soldados marchando hacia Whitehall a poner la corona. ¿Pero será un buen comienzo? ¿No es un poco demasiado ordinario? Virginia yace callada en su cama y el sueño la domina de nuevo tan rápidamente que no es consciente de haberse vuelto a dormir. De pronto le parece que ya no está en su cama sino en un parque; un parque de un verdear imposible, con un verde que supera al verde —una visión platónica de un parque, a la vez doméstico y misterioso, en la que está implícito (como sucede en todos los parques) que mientras la vieja con el pañolón cabecea en el banco de listones, algo vivo y antiguo prevalece, algo que no es ni amable ni odioso, que sólo se regocija con el aplazamiento, y que reúne en su tejido el verde mundo de las granjas y de las praderas, de los bosques y de los parques. Virginia se mueve a través del parque sin caminar propiamente; flota a través de él como una pluma de percepción, incorpórea. El parque le revela sus camas de lirios y de peonías, sus caminos de grava bordeados de rosas color crema. Una doncella de piedra, desgastada por la intemperie, se levanta al borde de un lago de agua clara y deja caer sus reflexiones al agua. Virginia se mueve a través del parque como si la empujara un colchón de aire; comienza a entender que debajo de este parque yace otro, un parque del infierno, más maravilloso y terrible que éste; es la raíz de donde crecen estos prados y estos pérgolas. Es la idea real del

parque y allí no hay nada tan sencillo como la belleza. Ahora puede ver gente: un hombre chino que se agacha a recoger algo del prado, una niña que espera. Más adelante, en un círculo de tierra recién removida, canta una mujer.

Virginia se despierta de nuevo. Está aquí, en su cuarto en Hogarth House. Una luz grisácea inunda la habitación: muda, acorada; yace con vida líquida, gris blancuzca, sobre su cobertor. Platea las paredes verdes. Soñó con un parque y soñó con una frase para su libro nuevo —¿qué era? Flores; tenía algo que ver con flores. ¿O con un parque? ¿Alguien cantaba? La frase se fue y no importa porque conserva la sensación que dejó tras de sí. Sabe que puede levantarse y escribir.

Abandona la cama y se dirige al baño. Leonard ya se levantó; quizás ya está trabajando. En el baño, se lava la cara. No mira directamente al espejo ovalado que cuelga sobre el lavamanos. Es consciente del reflejo de sus movimientos en el espejo pero no se permite mirar. El espejo es peligroso; a veces le muestra la aparición oscura de aire que se acomoda a su cuerpo, que toma su forma pero permanece detrás, observándola, con ojos porcinos y respiración mojada, silenciosa. Se lava la cara y no mira; no esta mañana, en la que el trabajo la espera y está ansiosa de reunirse con él como se uniría a una fiesta que ya empezó en el primer piso, una fiesta llena de ingenio y de belleza, sin duda, pero llena, también, de algo mejor que el ingenio y la belleza; algo misterioso y dorado; una chispa de celebración profunda, de la vida misma, mientras las sedas se deslizan sobre los pisos brillantes y se susurran secretos bajo la música. Ella, Virginia, podría ser una muchacha con un vestido nuevo, lista para bajar a una fiesta, lista para aparecer en las escaleras, fresca y llena de esperanza. No, no mirará en el espejo. Se lava la cara.

Cuando ha terminado en el baño, desciende hacia el oscuro silencio matinal del corredor. Lleva puesta su bata azul pálido de

estar en casa. Aquí todavía reside la noche. Hogarth House siempre es nocturna, aun con su caos de papeles y de libros, sus cojines de colores brillantes y sus tapetes persas. No es oscura pero parece iluminada contra la oscuridad, incluso cuando el pálido sol de las primeras horas brilla a través de las cortinas y los carros y los coches pasan retumbando por Paradise Road.

Virginia se sirve una taza de café en el comedor y baja las escaleras silenciosamente pero no va a buscar a Nelly a la cocina. Esta mañana quiere ir derecho a trabajar sin correr el riesgo de exponerse a las negociaciones y los agravios de Nelly. Podría ser un buen día; hay que manejarlo con cuidado. Sosteniendo la taza en equilibrio sobre su plato, entra a la sala de la imprenta. Leonard está en su escritorio leyendo pruebas. Es demasiado temprano para Ralph o Marjorie.

Leonard levanta la mirada hacia ella conservando, por un instante, el ceño fruncido que usa con las pruebas. Es un semblante en el que ella confía y que teme: los ojos encendidos e impenetrablemente oscuros bajo las cejas pesadas y las comisuras de los labios hacia abajo, en una expresión sentenciosa y severa pero nunca petulante ni trivial —el ceño de una deidad omnipresente y cansada que espera lo mejor para la humanidad, que sabe exactamente qué esperar. Es la expresión que aporta a todo el trabajo escrito, incluyendo (especialmente) el suyo. No obstante, mientras levanta la mirada la expresión se desvanece y casi inmediatamente es reemplazada por el rostro más dulce, más amable, de un marido que la ha cuidado en sus peores épocas, que no exige de ella lo que no puede dar y que todas las mañanas a las once insiste, a veces con éxito, en que se tome un vaso de leche.

—Buenos días —dice ella.

—Buenos días. ¿Cómo estuvo tu sueño?

Cómo *estuvo* tu sueño, pregunta, como si dormir no fuera un acto sino una criatura dócil o feroz.

—Sin novedad. ¿Son las de Tom?

—Sí.

—¿Y cómo están?

Frunce el ceño de nuevo.

—Ya encontré un error y no he terminado la segunda página.

—Un error al comienzo probablemente no es más que eso. ¿No crees que es un poco temprano para insistir tanto en la irritación?

—¿Ya te desayunaste? —pregunta él.

—Sí.

—Mentirosa.

—Voy a desayunar un café con crema. Es suficiente.

—No es para nada suficiente. Le voy a decir a Nelly que te lleve un panecillo y un poco de fruta.

—Si haces que Nelly me interrumpa no seré responsable de mis actos.

—Tienes que comer —dice él—. Con un poco basta.

—Más tarde como. Ahora voy a trabajar.

Él duda y después asiente a regañadientes. No piensa, no debe, interferir con su trabajo. Pero no es una buena señal que Virginia se niegue a comer.

—Vas a almorzar —dice él—. Un almuerzo de verdad, con sopa y pudín y todo. A la fuerza, si es necesario.

—Almorzaré —responde ella, impaciente pero sin verdadero enojo. Se queda allí, alta, demacrada, maravillosa con su bata de estar en casa, el café humeante en la mano. A veces aún lo sorprende. Es probable que sea la mujer más inteligente que haya en Inglaterra, piensa. Es probable que sus libros se lean durante siglos. Él cree esto con más fervor que nadie. Y es su esposa. Es Virginia Stephen, pálida y alta, extraordinaria como un Rembrandt o un Velázquez, que aparece hace veinte años en las habitaciones de su hermano en Cambridge con un vestido blanco,

y es Virginia Woolf, de pie ante él en este instante. Ha envejecido dramáticamente este último año, como si una capa de aire se estuviera escapando de debajo de su piel. Sus facciones se han marcado mucho y parece cansada. Empieza a verse como esculpida en un mármol gris blancuzco, muy poroso. Aun es majestuosa, exquisitamente formada, aún está en posesión de su formidable resplandor lunar, pero de pronto ya no es hermosa.

—Está bien —dice él—. Yo seguiré aquí al pie del cañón.

Vuelve a subir a hurtadillas para no llamar la atención de Nelly (¿por qué siempre se siente tan llena de secretos cuando está con los sirvientes, tan culpable de crímenes?). Llega a su estudio y cierra la puerta sin hacer ruido. A salvo. Abre las cortinas. Afuera, más allá del vidrio, Richmond sigue soñando consigo mismo, un sueño pacífico y decente. Se riegan las flores y los setos, se repintan los postigos antes de tiempo. Los vecinos, a quienes no conoce, se dedican a lo que sea que hagan tras las persianas y los postigos de su villa de ladrillo rojo. Sólo puede pensar en habitaciones mal iluminadas y en un olor lúgubre y sobrecocinado. Se aleja de la ventana. Si se las arregla para permanecer fuerte y con la cabeza despejada, si no baja de sesenta kilos, Leonard se convencerá de que deben volver a Londres. Se anunciará que la cura de descanso, estos años entre las camas de delfinios y las rojas villas suburbanas, fue un éxito y que de nuevo puede ser considerada apta para la ciudad. Almorzará, sí. Debería desayunarse pero no soporta la interrupción que ello supondría, el contacto con el humor de Nelly. Va a escribir una hora más o menos y después comerá algo. No comer es un vicio, una especie de droga: con el estómago vacío se siente limpia y veloz, con la cabeza despejada, lista para la pelea. Toma un sorbo de café, baja la taza, estira los brazos. Levantarse a lo que parece ser un buen día, prepararse para trabajar pero no embarcarse todavía, resulta una de las experiencias más singulares. En este mo-

mento las posibilidades son infinitas, tiene muchas horas por delante. Su mente canturrea. Es posible que esta mañana logre atravesar el ofuscamiento, las tuberías atascadas, y llegar al oro. Lo siente en su interior, un segundo yo prácticamente indescriptible, o más bien un yo paralelo, más puro. Si fuera religiosa, lo llamaría el alma. Es más que la suma de su intelecto y de sus emociones, más que la suma de sus experiencias, aunque corre por los tres como venas de metal brillante. Es una facultad interior que reconoce los misterios que animan el mundo porque está hecha de la misma sustancia y cuando es muy afortunada es capaz de escribir directamente a través de esa facultad. La satisfacción más profunda que conoce es escribir en ese estado, pero su capacidad de hacerlo viene y se va sin previo aviso. A veces levanta la pluma y la sigue con su mano mientras se mueve por el papel; a veces levanta la pluma y descubre que es sólo ella, una mujer con una bata de estar en casa y una pluma en la mano, temerosa e incierta, apenas competente, sin ninguna idea de dónde empezar o qué escribir.

La señora Dalloway dijo que compraría las flores ella misma.

La señora Brown

La señora Dalloway dijo que compraría las flores ella misma.

Pues Lucy ya tiene trabajo más que suficiente. Había que desmontar las puertas; los hombres de Rumpelmayer iban a venir. Y después, Clarissa Dalloway pensó, qué mañana: fresca, como hecha a la medida de los niños en la playa.

Es la ciudad de Los Angeles. El año de 1949.

Laura Brown está tratando de perderse. No, no es eso exactamente: está tratando de conservarse ganando acceso a un mundo paralelo. Pone el libro boca abajo sobre su pecho. Su habitación (más bien la de ellos) ya se siente más densamente poblada, más real, porque hay un personaje llamado la señora Dalloway que va a comprar flores. Laura mira el reloj en la mesa de noche. Son bastante más de las siete. ¿Cómo pudo haber comprado este reloj, esta cosa horrenda de cara cuadrada y verde entre un sarcófago rectangular de baquelita negra? ¿Cómo se le pudo ocurrir que era de buen gusto? No debería darse el lujo de leer, al menos no esta mañana, de todas las mañanas; no el día del cumpleaños de Dan. Ya debería estar levantada, bañada y vestida y debería estar preparando el desayuno de Dan y de Richie. Los oye abajo: su esposo se prepara su propio desayuno y atiende a Richie. Debería estar allá, ¿verdad? Debería estar de pie frente a la estufa, con su bata nueva, plena de palabras sencillas y estimulantes. Pero cuando abrió los ojos hace unos minutos (¡ya son más de las siete!) —cuando aún no acababa de salir de su sueño, una especie de maquinaria latiendo en la lejanía, un golpeteo regular, como un corazón mecánico gigante, que aparentemente se acercaba— la rodeó la sensación de frío y humedad, la sensación de ninguna parte, y supo que iba a ser un día difícil. Supo que

tendría problemas creyendo en ella misma, en las habitaciones de su casa, y cuando vio este nuevo libro sobre su mesa de noche, apilado sobre el que había terminado la noche anterior, estiró la mano automáticamente, como si leer fuera la primera y única tarea evidente del día, la única forma viable de negociar el tránsito del sueño al deber. Estos deslices se le permiten porque está embarazada. Por ahora se le permite leer excesivamente, quedarse en la cama, llorar o ponerse furiosa por nada.

Para compensar lo del desayuno, le hará a Dan una torta de cumpleaños perfecta; planchará la ropa buena; pondrá un enorme ramo de flores (¿rosas?) en la mesa y lo rodeará de regalos. Eso debería bastar, ¿verdad?

Leerá una página más. Una página más, para calmarse y ubicarse, y después se levantará.

¡Qué diversión! ¡Qué zambullida! O así se lo parecía a ella cada vez que, con un chillido de los goznes, que podía oír ahora, abría las puertaventanas y se zambullía en Bourton en el aire libre. Qué fresco, qué calmado, tanto más tranquilo que éste por supuesto, era el aire en las primeras horas de la mañana; como el aleteo de una ola; el beso de una ola; frío y cortante y sin embargo (para la muchacha de dieciocho que era en ese entonces) solemne, sentir como lo hacía ella en ese momento, de pie ante la puertaventana abierta, que algo terrible estaba a punto de suceder; mirar las flores, los árboles de los cuales se desprendía el humo serpenteante y los grajos levantándose, cayendo; mirar, de pie, hasta que Peter Walsh dijo “¿Meditas sobre los vegetales?” —¿fue eso lo que dijo?— “Prefiero los hombres a los coliflores” —¿fue eso lo que dijo? Seguramente lo dijo a la hora del desayuno una mañana en la que ella había salido a la terraza— Peter Walsh. Regresaría de la India uno de estos días, en junio o en julio, no recordaba cuando, porque sus cartas eran increíblemente aburridas; lo que uno recordaba eran sus dichos; sus ojos, su navaja de bolsillo, su sonrisa, su mal humor y, después de

que miles de otras cosas se perdieron —¡qué extraño era eso!, unos cuantos dichos como éste sobre los repollos.

Inhala profundamente. Es tan hermoso; resulta superior a... bueno, a casi cualquier cosa, en realidad. En otro mundo, podría haber pasado toda su vida leyendo. Pero éste es el nuevo mundo, el mundo salvado —no hay espacio para el ocio. Se arriesgó y se perdió tanto; murieron tantos. Hace menos de cinco años creyeron que el mismo Dan había muerto, en Anzio, y cuando descubrieron dos días después que seguía vivo (él y un pobre muchacho de Arcadia tenían el mismo nombre), fue como si hubiera resucitado. Era como si hubiera regresado, con la misma dulzura, con el mismo olor, del reino de los muertos (en ese entonces uno oía historias de Italia, de Saipan y Okinawa, de madres japonesas que preferían matar a sus hijos y suicidarse a caer prisioneras) y cuando regresó a California lo recibieron como si no fuera un héroe común y corriente. Hubiera podido (en palabras de su propia y preocupada madre) escoger a cualquiera, a cualquiera que hubiera ganado un concurso de belleza, a cualquier muchacha vivaz y complaciente, pero por una especie de influencia maligna y posiblemente perversa, había besado, cortejado y pedido la mano de la hermana mayor de su mejor amigo, del ratón de biblioteca, la de apariencia de extranjera con esos ojos oscuros y entrecerrados y el perfil romano, la que nunca había sido solicitada o deseada; la que siempre habían dejado sola, para que leyera. ¿Cómo responder que no? ¿Cómo negarle algo a un muchacho apuesto y de buen corazón que prácticamente era un miembro de la familia y que había regresado de entre los muertos?

De manera que ahora es Laura Brown. Laura Zielski, la muchacha solitaria, la que leía incesantemente, se ha ido y en su lugar está Laura Brown.

Una página, decide; sólo una. Todavía no está lista; las tareas

que la esperan (ponerse la bata, cepillarse el pelo, bajar a la cocina) aún resultan poco convincentes, esquivas. Se dará el lujo de otro minuto en la cama antes de ingresar al día. Se dará un poco más de tiempo. La invade una oleada de sentimiento, de mar, que se origina bajo su pecho y la saca a flote, la mantiene en la superficie suavemente, como si ella fuera una criatura marina de vuelta de la arena donde había encallado —como si la hubieran regresado de un reino de gravedad aplastante a su verdadero medio, la corriente y el oleaje del agua salada, ese resplandor ingrátido.

Se quedó un poco tensa en el andén mientras esperaba que pasara el camión de Durtnall. Es un mujer encantadora, pensó Scrope Purvis (conociéndola como se conoce a quienquiera que viva en la casa de al lado en Westminster); hay algo como de pájaro en ella, de arrendajo, azul verdoso, liviano, vivaz, aunque ya pasó de los cincuenta y había empalidecido mucho desde su enfermedad. Hela allí parada en el borde, sin verlo nunca, esperando para cruzar, muy derecha.

Pues habiendo vivido en Westminster —¿desde hace cuántos años? más de veinte— uno siente, aún en medio del tráfico, o al despertarse en la noche, Clarissa estaba segura, un silencio o solemnidad particular; una pausa indescriptible; un suspenso (pero eso podría ser su corazón, afectado, dijeron, por la influenza) antes de que suene el Big Ben. ¡Helo ahí, resonando! Primero una advertencia, musical; después la hora, irrevocable; los círculos plomizos se disolvieron en el aire. Qué tontos somos, pensó, mientras atravesaba Victoria Street. Porque sólo Dios sabe por qué la amamos tanto, cómo hacemos para asumirla así, inventándola, construyéndola alrededor de uno, derribándola, creándola de nuevo a cada momento; pero las más auténticas antiguallas, los más abatidos miserales sentados en los umbrales (beben su perdición) hacen lo mismo; por esa misma razón no es posible manejarla, de eso no tiene ninguna duda, con una ley del parlamento; aman la vida. En los ojos

de la gente, en el balanceo, la marcha, el caminado; en el bramido y la barahúnda, los coches, los automotores, los omnibuses, los camiones, los hombres-anuncio, el rastrillo de sus pies, su balanceo; las bandas de cobre; los organillos; en el triunfo y el tintineo y el extraño canto agudo de algún aeroplano sobre nuestras cabezas estaba lo que ella amaba; la vida; Londres; este momento de junio.

Laura se pregunta cómo es que alguien capaz de escribir una oración como esa —capaz de sentir todo lo que contiene una oración como esa— llegó a suicidarse. ¿Qué le pasa a la gente? Haciendo acopio de valor, como si se dispusiera a zambullirse en agua fría, Laura cierra el libro y lo deja en la mesa de noche. No siente antipatía por su hijo, no siente antipatía por su marido. Se va a levantar y va a estar contenta.

Al menos, piensa, no lee libros de misterio o novelas rosa. Al menos sigue mejorando su mente. En este momento está leyendo a Virginia Woolf, todo Virginia Woolf, libro por libro. Está fascinada con la idea de una mujer como ésa, una mujer tan brillante, tan extraña, tan inconmensurablemente triste. Una mujer que a pesar de su genialidad se metió una piedra en el bolsillo y caminó río adentro. A ella, a Laura, le gusta imaginar (es uno de sus secretos mejor guardados) que ella misma tiene una pincelada de genialidad, sólo una pincelada, aunque sabe que la mayoría de las personas probablemente andan por ahí con ilusiones similares guardadas como un puño en su interior, jamás divulgadas. Se pregunta, mientras empuja el carrito en el supermercado o la peinan en la peluquería, si todas las otras mujeres no están pensando, hasta cierto punto, la misma cosa: he aquí a un espíritu brillante, a la mujer de las tristezas, la mujer de las alegrías trascendentales, que preferiría estar en otra parte, que ha consentido en llevar a cabo estas tareas simples y esencialmente tontas, como examinar los tomates, sentarse debajo de un secador, porque ese es su arte y ese es su deber. Porque la guerra terminó, el

mundo sobrevivió y estamos aquí, todos nosotros, construyendo hogares, teniendo hijos y educándolos, creando no sólo libros o pinturas sino todo un mundo, un mundo de orden y armonía en el que los niños están a salvo (si no felices), en el que los hombres que fueron testigos de horrores que no podemos imaginar, que se portaron bien y valientemente, vuelven a una casa de ventanas iluminadas, perfume, platos y servilletas.

¡Qué diversión! ¡Qué zambullida!

Laura se levanta. La mañana de junio es caliente y blanca. Oye a su esposo moviéndose de aquí para allá en el primer piso. Una tapa metálica besa el borde de su sartén. Toma la bata, de dulce abrigo verde agua, que reposa sobre la silla recién retapizada, y aparece la silla, bajita y gorda, con faldas, y la tela salmón anudada, sujeta en su sitio con cordón y botones color salmón en forma de diamante. En el calor matinal de junio, habiendo sido despojada de la bata, la silla forrada con su atrevida tela nueva parece sorprendida de descubrir que aún es una silla.

Se cepilla los dientes, se cepilla el pelo y empieza a bajar. Hace una pausa cuando aún le faltan varios escalones para llegar, escucha y espera; de nuevo la invade (parece cada vez peor) la sensación de estar soñando, como si estuviera entre bastidores, a punto de entrar a escena y participar en una obra de teatro para la cual no se ha vestido apropiadamente y para la cual no ha ensayado lo suficiente. Qué le pasa, se pregunta. Es su esposo el que está en la cocina; y su hijito. Todo lo que el hombre y el niño exigen de ella es su presencia y, por supuesto, su amor. Domina el deseo de devolverse silenciosamente escaleras arriba, a su habitación y a su libro. Domina su irritación ante el sonido de la voz de su esposo diciéndole algo a Richie sobre una servilleta (¿por qué su voz le recuerda una papa en el rallo?). Desciende los tres últimos escalones, atraviesa el estrecho recibidor, entra a la cocina.

Piensa en la torta que va a hacer, en las flores que va a comprar. Piensa en rosas rodeadas de regalos.

Su esposo preparó el café y se sirvió su cereal y el de su hijo. Sobre la mesa, una docena de rosas blancas ofrece su belleza compleja, ligeramente siniestra. A través del florero de vidrio transparente Laura puede ver las burbujas, pequeñas como granos de arena, agarradas de los tallos. Al lado de las rosas se levantan la caja de cereal y el cartón de leche, con sus palabras y sus fotografías.

—Buenos días —le dice su esposo levantando las cejas como si estuviera sorprendido pero encantado de verla.

—Feliz cumpleaños —dice ella.

—Gracias.

—Rosas, Dan. En tu cumpleaños. Es demasiado.

Ella lo ve darse cuenta de que está enfadada. Sonríe.

—No tendría mucho sentido sin ti, ¿no es así? —dice él.

—Pero has debido despertarme. De veras.

Él mira a Richie y levanta las cejas otro centímetro, de manera que su frente se arruga y su lustroso pelo negro tiembla ligeramente.

—Pensamos que sería mejor que durmieras otro poco, ¿no es así?

Richie, de tres años de edad, asiente con entusiasmo:

—Sí —dice.

Tiene pijama azul. Está feliz de verla, y más que feliz; el amor lo salva, lo resucita, lo transporta. Laura busca un cigarrillo en el bolsillo de su bata, cambia de idea, dirige la mano hacia el pelo. Es casi perfecto, es casi suficiente, ser una madre joven en una cocina amarilla, una madre embarazada de otro bebé, que toca su cabello grueso y negro. Hay sombras de hojas en las cortinas; hay café fresco.

—Buenos días, Gusano —le dice a Richie.

—Estoy desayunando cereal —dice él. Sonríe. Podría decirse que con lascivia. Es obvio que está loco por ella; resulta cómico y trágico en su amor sin esperanzas. A veces la hace pensar en un ratón que canta baladas de amor bajo la ventana de una giganta.

—Bien —responde ella—. Qué bien.

Él asiente de nuevo, como si compartieran un secreto.

—En serio —le dice a su esposo.

—¿Por qué habría de despertarte? —responde—. ¿Por qué no habrías de dormir?

—Es *tu* cumpleaños —dice ella.

—Necesitas descansar.

Él le da una palmadita a la barriga, con cuidado pero con una cierta fuerza, como si fuera la cáscara de un huevo duro. Todavía no se ve nada; las únicas manifestaciones son una cierta aprehensión y un nudo interior sutil pero definido. Ella y su esposo y su hijo están en una casa en la que nadie sino ellos ha vivido. Afuera de la casa hay un mundo de estanterías colmadas, de ondas radiales llenas de música, en el que los hombres jóvenes caminan de nuevo por las calles, hombres que han conocido la penuria y un miedo peor que la muerte, que cedieron voluntariamente su juventud y ahora, al borde de los treinta y más, ya no tienen tiempo que perder. Su entrenamiento de guerra les resulta útil. Son delgados y fuertes. Se levantan al amanecer sin una queja.

—Me gusta prepararte el desayuno —dice Laura—. Me siento bien.

—Yo puedo preparar el desayuno. El hecho de que yo me tenga que levantar con el sol no quiere decir que tú también tengas que hacerlo.

—Pero yo quiero.

El refrigerador canturrea. Una abeja golpea pesada e insisten-

temente contra la ventana. Laura saca el paquete de Pall Mall del bolsillo de la bata. Es tres años mayor que él (y eso es vagamente humillante, vagamente embarazoso); es una mujer de hombros anchos, angulosa, oscura, con apariencia de extranjera, aunque su familia ha tratado inútilmente de prosperar en esta tierra desde hace más de cien años. Saca un cigarrillo del paquete, cambia de idea, lo guarda de nuevo.

—Está bien —dice él—. Si eso es lo que realmente quieres, mañana te despierto a las seis.

—Bueno.

Se sirve una taza del café que él preparó. Regresa a su lado con la taza humeante en la mano, le besa la mejilla. Él le da una palmadita en el trasero, afectuosa y distraídamente. Ya no está pensando en ella. Piensa en el día que lo espera, en el viaje al centro, el letárgico silencio dorado de Wilshire Boulevard, donde las tiendas aún estarán cerradas y sólo las figuras más entusiastas y dedicadas, los jóvenes madrugadores como él mismo, se mueven a través de la luz del sol, aún inocente de la polución del día. Su oficina estará en silencio, las máquinas en los puestos de las secretarías seguirán cubiertas, y él y unos cuantos hombres de su edad tendrán una hora o más para ponerse al día con el papeleo antes de que los teléfonos empiecen a sonar. A veces le parece imposible todo lo bueno que tiene: una oficina y una casa nueva de dos habitaciones, responsabilidades y decisiones, almuerzos rápidos y divertidos con los otros hombres.

—Las rosas son hermosas —le dice Laura—. ¿Cómo las conseguiste tan temprano?

—La señora Gar llega a la tienda a las seis. Golpeo en su ventana hasta que me abre —mira el reloj, aunque sabe qué hora es—. Hola. Me tengo que ir.

—Que tengas un buen día.

—Tú también.

—Feliz cumpleaños.

—Gracias.

Se levanta. Por un momento todos se concentran en el ritual de su partida: la recolección del saco y el maletín; la ráfaga de besos; los adioses con la mano, él sobre el hombro mientras cruza el césped hacia la entrada al garaje, Laura y Richie desde detrás de la puerta de anejo. El pasto frente a su casa, extravagantemente regado, es de un verde brillante, casi de otro mundo. Laura y Richie se quedan parados como espectadores en un desfile mientras el hombre conduce su Chevrolet azul hielo lejos de la entrada y hacia la calle. Se despide por última vez con desenfado desde detrás del manubrio.

—Bien —dice ella cuando el carro ha desaparecido. Su hijo la mira con adoración, expectante. Ella es el principio que anima la vida de la casa. A veces sus cuartos son más grandes de lo debido; a veces, de pronto, contienen cosas que él nunca ha visto antes. La mira y espera.

—Pues bien —dice ella.

Esta es la transición diaria. Cuando su esposo está presente, ella se siente más nerviosa pero menos temerosa. Sabe cómo actuar. A solas con Richie, a veces se siente a la deriva: es tan completa, tan insistentemente él mismo. Quiere lo que quiere con tanta avidez. Lloro misteriosamente, le hace exigencias indescifrables, la corteja, le ruega, la ignora. Parece, casi siempre, como si estuviera esperando a ver qué va a hacer. Ella sabe, o al menos sospecha, que otras madres de niños pequeños mantienen un conjunto de reglas o, más bien, un yo materno consistente que las guía a lo largo del día que pasan a solas con el niño. Cuando su esposo está aquí, ella se las arregla. Ella lo ve mirándolo y sabe casi instintivamente cómo tratar al niño con mano firme y con gentileza, con una afectuosa aspereza maternal que parece na-

tural. Pero cuando se queda a solas con el niño pierde el norte. No siempre logra recordar cómo actuaría una madre.

—Debes terminar tu desayuno —le dice.

—Está bien.

Regresan a la cocina. Su esposo lavó su taza, la secó y la guardó. El niño se dedica a comer con una cierta persistencia tractoril más relacionada con la obediencia que con el apetito. Laura se sirve otra taza de café, se sienta a la mesa. Enciende un cigarrillo.

...en el triunfo y el tintineo y el extraño canto agudo de algún aeroplano sobre nuestras cabezas estaba lo que ella amaba; la vida; Londres; este momento de junio.

Exhala una columna de humo densa y gris. Está tan cansada. Se quedó despierta hasta las dos, leyendo. Se toca la barriga —¿será malo para el nuevo bebé que ella duerma tan poco? No le ha preguntado al doctor; teme que él le diga que deje de leer del todo. Promete leer menos esta noche. Se dormirá a la medianoche a más tardar.

—Adivina qué vamos a hacer hoy —le dice a Richie—. Vamos a hacer una torta para el cumpleaños de tu papá. ¡Tenemos mucho trabajo por delante!

Él asiente con la cabeza, grave, cautelosamente. Hay algo que no lo convence del todo.

—Vamos a hacerle la mejor torta que jamás hayas visto —dice ella—. La mejor de todas. ¿No crees que es buena idea?

De nuevo, Richard asiente con la cabeza. Espera a ver qué va a pasar. Laura lo observa a través de la columna serpenteante del humo del cigarrillo. No va a subir, no va a volver a los brazos del libro. Se quedará. Hará todo lo que sea necesario, y más.

La señora Dalloway

Clarissa sale a Spring Street con los brazos llenos de flores. Se imagina que Barbara se queda en la frescura de la sombra, lejos de la puerta, viviendo en lo que Clarissa no puede dejar de considerar el pasado (tiene que ver, de alguna manera, con la tristeza de Barbara y el estante de cintas en la pared de atrás), mientras que ella se adentra en el presente, en todo esto: el niño chino que pasa a toda velocidad en su bicicleta; el número 281 escrito en dorado sobre un vidrio oscuro; el reguero de palomas con patas del color de los borradores de los lápices (un pájaro había entrado volando por la ventana abierta de su salón de clase en cuarto elemental, violento, terrible); Spring Street; y aquí está ella, con un enorme ramo de flores. Va a pasar por el apartamento de Richard, a ver cómo anda (es inútil llamar: jamás contesta), pero primero se acerca, aunque no demasiado, tímida, expectante, al remolque del cual emergió la cabeza famosa. Se ha reunido una pequeña multitud, casi toda de turistas, y Clarissa se ubica cerca de dos muchachas jóvenes, una con el pelo pintado de amarillo canario y la otra con el pelo pintado de platino. Se pregunta si querían sugerir el sol y la luna.

Sol le dice a Luna:

—Era Meryl Streep. Estoy segurísima.

Clarissa se emociona a pesar de sí misma. Tenía razón. La satisfacción de saber que otro compartió su visión resulta sorprendentemente poderosa.

—Ni de riesgos. Era Susan Sarandon.

No era Susan Sarandon, piensa Clarissa. Pudo haber sido Vanessa Redgrave, pero no era Susan Sarandon de ninguna manera.

—No —dice Sol—. Era Streep. Créame.

—No era Meryl Streep.

—Claro que sí. La mierda si no.

Clarissa se siente culpable, abrazada a sus flores, esperando que la estrella se muestre de nuevo, avergonzada de su propio interés. No es muy dada a adular celebridades, no más que la mayoría de la gente, pero no puede evitar sentirse atraída por el aura de fama —y más que la fama, por la inmortalidad— implícita en la presencia de una estrella de cine en la esquina de MacDougal y Spring. Estas dos muchachas paradas al lado de Clarissa, de veinte si no menores, desafiantemente fornidas, recostadas la una en la otra, cargadas de bolsas de colores brillantes de las tiendas de descuento; estas dos muchachas crecerán hasta llegar a la edad madura y después a la vejez, y se marchitarán o se hincharán; los cementerios donde serán enterradas eventualmente se volverán ruinas donde la hierba crecerá salvaje y los perros merodearán de noche; y cuando no quede más de estas muchachas que unas cuantas calzas perdidas bajo tierra, la mujer en el remolque, ya sea que se trate de Meryl Streep o de Vanessa Redgrave o incluso de Susan Sarandon, aún será conocida. Existirá en archivos, en libros; se guardarán las grabaciones de su voz con otros objetos preciosos y venerados. Clarissa se da el lujo de quedarse allí unos minutos más, tonta como una fanática, con la esperanza de ver aparecer a la estrella. Sí, sólo unos minutos más, antes de que la humillación se vuelva sencillamente insoportable. Se queda parada delante del remolque con sus flores. Observa la puerta. Cuando han pasado varios minutos (casi diez, aunque odia admitirlo), se va de pronto, indignada como si la hubieran plantado, y camina hacia el norte las pocas cuadras que le faltan para llegar al apartamento de Richard.

Este vecindario fue alguna vez el centro de algo nuevo y salvaje; algo de mala reputación; una zona de la ciudad donde el

sonido de las guitarras salía flotando la noche entera de bares y cafés; donde las tiendas que vendían libros y ropa olían a lo que ella imaginaba que debían oler los bazares árabes: incienso y polvo espeso y lleno de bosta, alguna madera (¿cedro? ¿alcanfor?), algo afrutado que se pudre en aras de la fertilidad; y donde pudo haber sido posible, más que posible, encontrarse con un destino si uno atravesaba la puerta equivocada o se metía por el callejón equivocado: y no se trataba tan sólo de la amenaza de robo y daño físico sino de algo mas perverso y transformador, más permanente. Aquí, justo aquí, en esta esquina, se había detenido con Richard cuando Richard tenía diecinueve —cuando Richard era un muchacho no del todo hermoso de facciones firmes, ojos duros y cabello oscuro con un cuello muy pálido, imposiblemente largo y elegante—, aquí se habían detenido y habían discutido... ¿por qué? ¿Por un beso? ¿Acaso Richard la había besado o ella, Clarissa, sólo había creído que Richard estaba a punto de besarla y lo había eludido? Aquí en esta esquina (frente a lo que solía ser una peluquería y ahora es una salsamentaria) se habían besado o no se habían besado, sin duda habían discutido, y aquí o en alguna parte un poco más adelante habían puesto punto final a su pequeño experimento porque Clarissa quería su libertad y Richard quería, bueno, quería demasiado, ¿no fue siempre así? Él quería demasiado. Ella le había dicho que lo sucedido en el verano era exactamente eso, algo que había sucedido en el verano. ¿Por qué la querría él a ella, una muchacha malencarada, insegura y sin tetas (¿cómo esperar de ella que confiara en el deseo de él?), cuando él conocía tan bien como ella la inclinación de sus más profundos anhelos y cuando tenía a Louis, el venerable Louis, de extremidades gruesas, poco de tonto, un muchacho a quien Miguel Ángel habría dibujado con placer? ¿Acaso la idea que Richard tenía de ella no era en realidad más que otra presunción poética? La suya no fue una gran pelea, una pelea

espectacular; no fue más que una riña en una esquina —ni siquiera entonces pensaron que su amistad hubiera sufrido daños graves— y sin embargo cuando ella mira hacia atrás, parece definitiva; parece como el momento en el que un futuro posible llegó a su fin y otro empezó. Ese día, después de la pelea (o quizás antes), ella compró un paquete de incienso y un saco gris de alpaca de segunda mano, con botones de hueso en forma de rosa. Eventualmente Richard se fue a Europa con Louis. ¿Qué pasó, se pregunta Clarissa ahora, con el saco de alpaca? Es como si lo hubiera tenido durante años y años y después de pronto ya no lo tuviera más. Da la vuelta en Bleecker, sube por Thompson. El vecindario hoy es una imitación de sí mismo, un carnaval lavado para turistas, y Clarissa sabe, a los cincuenta y dos, que tras estas puertas y al final de estos callejones no hay más que gente viviendo sus vidas. Algunos de los bares y cafés permanecen, grotescamente redecorados para parecerse a sí mismos en beneficio de los alemanes y de los japoneses. Todas las tiendas venden básicamente lo mismo: camisetas de recuerdo, joyería de plata barata, chaquetas de cuero baratas.

Ella misma abre la puerta del vestíbulo en el edificio de Richard y piensa, como siempre lo hace, en la palabra “sórdido”. Es casi chistoso cómo la entrada al edificio de Richard resulta una representación perfecta del concepto de sordidez. Es tan obvia y terriblemente sórdida que después de tantos años la sigue sorprendiendo un poco. La sorprende como la sorprendería un objeto raro y extraordinario, una obra de arte; por la sencilla razón de que sigue siendo, a través del tiempo, pura y simplemente él mismo. Una vez más aparecen, sorpresivamente, las paredes beige amarillosas, desteñidas, más o menos del color de una galleta de arrurruz; aparece el panel en el techo que emite una luz acuosa, chisporroteante. Hace diez años redecoraron el vestíbulo pequeño y estrecho con poca plata y menos entusiasmo

y ahora es peor, mucho peor. El sucio linóleo blanco imitación ladrillo y el ficus artificial hacen que el vestíbulo sea más deprimente de lo que pudo haber sido en su decrepitud original. Sólo el antiguo revestimiento en mármol —un mármol rucio, con venas azules y grises y una capa de un amarillo intenso, ahumado, como el de un espléndido queso maduro, que ahora imitan asquerosamente las paredes amarillosas— indica que éste fue alguna vez un edificio de cierta importancia; que aquí se alimentaron esperanzas; que se esperaba que la gente que ingresara al vestíbulo sintiera que se dirigía con cierto orden hacia un futuro en donde había algo que valía la pena tener.

Se sube al ascensor, una cámara diminuta de un brillo intenso y descolorido, cubierta de paneles metálicos con apariencia de madera, y presiona el botón del quinto piso. La puerta del ascensor suspira y se cierra traqueteando. No pasa nada. Claro. Sólo funciona intermitentemente; de hecho puede ser un alivio abandonarlo y subir en cambio por las escaleras. Clarissa presiona el botón blanco y desportillado de abrir y, tras una pausa nerviosa, la puerta se abre traqueteando de nuevo. Siempre teme quedar atrapada entre pisos en este ascensor —imagina con facilidad la larga, larga espera; los gritos de ayuda a los inquilinos que quizás hablen inglés o quizás no y que quizás quieran intervenir o quizás no; el extraño miedo adormecedor, como de muerte, de quedarse allí, sola, durante mucho tiempo, en el vacío brillante y con olor a viejo, mirando o no su reflejo distorsionado en el opaco espejo circular atornillado a la esquina superior derecha. Realmente es mejor descubrir que el ascensor francamente no funciona y caminar cinco pisos. Es mejor ser libre.

Sube las escaleras sintiéndose a la vez cansada y virginal —como una novia— con su brazado de flores. Los escalones, desportillados y gastados en el centro, son de una sustancia peculiar, como de caucho negro blancuzco. En cada uno de los

cuatro descansos una ventana ofrece una vista diferente de ropa tendida: sábanas de flores, ropa de bebé, pantalones de sudadera; es toda tan nueva y tan barata que resulta vulgar; no es la clase de ropa anticuada —medias oscuras y ropa interior femenina muy elaborada, vestidos desteñidos de entrecasa, camisas blancas luminosas— que harían que el conducto de ventilación pareciera algo ordinario pero maravilloso, un sobreviviente de otra época. Sórdido, piensa de nuevo. Simplemente sórdido.

El corredor de Richard, pintado del mismo color de galleta de arrurruz, tiene los azulejos que probablemente tuvo a comienzos del siglo (el linóleo desaparece misteriosamente en el segundo piso); sobre el piso, bordeado por un mosaico amarillo pálido de flores geométricas, hay una sola colilla de cigarrillo manchada de pintalabios rojo. Clarissa golpea a la puerta de Richard, se detiene, golpea de nuevo.

—¿Quién es?

—Yo.

—¿Quién?

—Clarissa.

—Ah, la señora D. Pasa.

¿No va siendo hora, piensa ella, de abandonar el sobrenombre? Si él está en un buen día, lo va a mencionar. Richard, ¿no crees que es hora de llamarme sólo Clarissa?

Abre la puerta con su llave. Puede oírlo hablando en la otra habitación en voz baja, divertida, como si estuviera revelando secretos escandalosos. No entiende lo que dice; apenas distingue la palabra “tiró” seguida de una de las carcajadas graves y estruendosas de Richard, un sonido ligeramente afligido, como si la risa fuera algo filudo que se le hubiera atragantado.

Otro de esos días, piensa Clarissa; no es el momento para discutir el tema de los nombres.

No puede evitar el resentimiento que le provocan Evan y los

otros a quienes las nuevas drogas les llegaron a tiempo, todos los hombres y las mujeres que tuvieron la suerte (“suerte” es, por supuesto, un término relativo) de que el virus no hubiera carcomido su mente. No puede evitar la rabia en nombre de Richard, cuyos músculos y órganos han sido revividos por los nuevos descubrimientos pero cuya mente parece estar más allá de toda salvación posible y apenas da para unos cuantos días buenos entre los malos.

Como siempre, el apartamento está oscuro y cerrado, recalentado, invadido con el incienso de salvia y enebro que Richard quema para tapar los olores de la enfermedad. Es un apartamento increíblemente atiborrado, habitado aquí y allá por tenues círculos de no oscuridad pulverizada que emanan de las lámparas de caperuzas carmelitas en las que Richard no tolera un bombillo más potente de quince vatios. Más que cualquier otra cosa, el apartamento parece estar debajo del agua. Clarissa lo atraviesa como si fuera la bodega de un barco hundido. No se sorprendería del todo si un pequeño banco de peces plateados pasara volando en la medialuz. Estas habitaciones no tienen ninguna relación seria con el edificio en el cual aparecieron por azar y siempre que Clarissa entra y cierra tras de sí la gran puerta chirriante con los cuatro cerrojos (dos de ellos dañados), siente como si hubiera llegado a otra dimensión —como si hubiera atravesado el espejo; como si el vestíbulo, la escalera y el corredor existieran en otro mundo, en otra época.

—Buenos días —anuncia.

—¿Sigue siendo de día?

—Sí, todavía es de mañana.

Richard está en la segunda habitación. El apartamento sólo tiene dos cuartos: la cocina (por donde uno entra) y el otro cuarto grande en donde se desarrolla la vida de Richard (lo que queda de ella). Clarissa atraviesa la cocina, la estufa vetusta y la gran

tina blanca (con su ligera luminosidad de mármol en medio de la eterna oscuridad de la habitación), el débil olor a gas y a comida preparada hace tiempo, las pilas de cajas de cartón llenas de... ¿quién sabe qué?, el espejo oval de marco dorado que le devuelve (siempre se sobresalta un poco, aunque se prepare concienzudamente) su pálido reflejo. Con los años se ha acostumbrado a ignorar el espejo.

Allí está la cafetera italiana que ella le compró, toda cromo y acero negro, que empieza a participar de la apariencia general de polvoriento abandono. Allí están las sartenes de cobre que ella compró.

Richard, en el otro cuarto, permanece en su sillón. Las persianas están cerradas y las seis o siete lámparas están encendidas, aunque su tenue producto apenas iguala el poder de iluminación de una lámpara de escritorio ordinaria. En el rincón más alejado, Richard, con su absurda bata de franela (una versión adulta de una bata de niño, azul medianoche, cubierta de cohetes y de astronautas con cascos), se ve tan desolado y majestuoso como una reina ahogada que no se ha movido de su trono.

Ya dejó de susurrar. Está sentado con la cabeza ligeramente echada hacia atrás y los ojos cerrados, como si escuchara música.

—Buenos días, querido —repite Clarissa.

Él abre los ojos.

—Mira todas esas flores.

—Son para ti.

—¿Me morí?

—Son para la fiesta. ¿Cómo está el dolor de cabeza esta mañana?

—Mejor. Gracias.

—¿Dormiste?

—No me acuerdo. Sí. Creo que sí. Gracias.

—Es una hermosa mañana de verano, Richard. ¿Qué tal que dejáramos entrar un poco de luz?

—Si quieres.

Ella se dirige a la más cercana de las tres ventanas y abre la cortina de hule con cierta dificultad. En la habitación cae la luz del día que logra colarse por entre el edificio de Richard y su hermano de color chocolate, a quince pies de distancia. Al otro lado del callejón está la ventana de una viuda vieja y quisquillosa, las figuras de porcelana y vidrio que adornan el antepecho (un burro que jala de una carreta, un payaso, una ardilla que sonríe) y las persianas. Clarissa se voltea. El rostro de Richard —sus concavidades y sus pliegues profundos y carnosos, su frente alta y brillante y su nariz aplastada de boxeador— parece surgir de la oscuridad como una estatua hundida que es izada a la superficie.

—Horriblemente brillante —dice.

—La luz es buena para ti.

Se acerca a él y besa la curva de su frente. A esta distancia, puede oler sus diversos humores. Sus poros no sólo exudan el sudor habitual (con un olor que a ella siempre le ha gustado, a almidón y fermento, penetrante como el vino) sino el olor de sus remedios, un olor polvoroso, dulzón. También huele a franela usada (aunque la ropa se lava una vez a la semana o con más frecuencia) y ligera y horriblemente (es su único olor repelente) al sillón en el que pasa los días.

El sillón de Richard, en particular, es demencial; o, más bien, es el sillón de alguien que quizás no sea un demente pero que ha dejado que las cosas lleguen tan lejos, ha renunciado desde hace tanto a los cuidados normales —la higiene usual, la alimentación diaria— que resulta difícil establecer la diferencia entre la insania y la desesperanza. El sillón —un sillón de brazos cuadrado, viejo y con demasiado relleno que se balancea como un obeso sobre

unas delgadas patas de madera rubia— está ostentosamente roto e inservible. Fue tapizado con una cosa nudosa, sin color, lanuda, cruzada (y de alguna manera esta es su característica más siniestra) de hilos plateados. Sus brazos cuadrados y su espalda están tan gastados, tan oscurecidos por la fricción continua y por el contacto permanente con los aceites humanos, que parecen las partes tiernas de la piel de un elefante. Los resortes —hileras perfectas de anillos oxidados y pálidos— son visibles no sólo a través del cojín sino a través de la delgada toalla amarilla con la que Richard lo cubrió. El sillón huele a fetidez, a humedad profunda, a falta de limpieza; huele a putrefacción irreversible. Si estuviera botado en la calle (cuando sea botado a la calle), nadie lo recogería. Richard no quiere ni oír hablar de reemplazarlo.

—¿Hoy están aquí? —pregunta Clarissa.

—No —responde Richard con la inocencia renuente de un niño—. Ya se fueron. Son muy hermosas y terribles.

—Sí —dice ella—. Lo sé.

—Pienso en ellas como si fueran fundiciones de fuego negro; lo que quiero decir es que son oscuras y brillantes al mismo tiempo. Había una que se parecía un poquito a una medusa negra, electrizada. Justo ahora cantaban en una lengua extranjera. Tal vez era griego; me parece que era griego arcaico.

—¿Les temes?

—No. A veces.

—Quizás debería hablar con Bing y decirle que te suba la dosis. ¿Estás de acuerdo con eso?

Él suspira cansadamente.

—El hecho de que a veces no las oiga o no las vea no quiere decir que se hayan ido —dice él.

—Pero si no las oyes ni las ves —dice Clarissa— puedes descansar. Anoche no dormiste nada, ¿verdad?

—Un poco. Dormir no me preocupa tanto. Tú me preocupas mucho más. Te ves muy flaca hoy; ¿cómo estás tú?

—Yo estoy bien. No me puedo quedar sino un minuto. Tengo que poner las flores en agua.

—Cierto, cierto. Las flores. La fiesta. Cómo no.

—Cuando venía para acá vi una actriz de cine —dice Clarissa—. Ese es un buen augurio, ¿no crees?

Richard sonríe con añoranza.

—Ah, los augurios —dice—. ¿Tú crees en los augurios? ¿Crees que alguien ha notado que nosotros estamos aquí? ¿Crees que alguien se preocupa por nosotros? Sería maravilloso. Y a lo mejor es así.

No pregunta el nombre de la actriz de cine; en realidad no le importa. Richard —el único entre los conocidos de Clarissa— no siente ningún interés esencial por los famosos. Su incapacidad de admitir distinciones de ese tipo es genuina. Es como una combinación, piensa Clarissa, entre un ego monumental y una especie de erudición. Richard no puede imaginar una vida más interesante o más merecedora de ser vivida que las que viven sus conocidos y él mismo y por esa razón, en su presencia, uno suele sentirse exaltado, expandido. Él no es uno de esos ególatras que miniaturiza a los demás. Es de la clase opuesta de ególatras, de esos a quienes anima la magnificencia en vez de la codicia, y si él insiste en una versión de uno que es más graciosa, más extraña, más excéntrica y profunda de lo que sospechamos en nosotros mismos —una versión capaz de hacer cosas mejores y cosas peores de las que uno jamás imaginó—, resulta prácticamente imposible no creer, por lo menos en su presencia y un rato después de haberlo dejado, que sólo él logra ver nuestra esencia, sopesar nuestras verdaderas cualidades (no todas necesariamente halagadoras —parte de su estilo es una cierta descortesía infantil) y

apreciarnos más cabalmente que ninguna otra persona. Sólo después de conocerlo durante un tiempo es que uno empieza a darse cuenta de que, para él, uno es un personaje ficticio que él ha dotado de una capacidad prácticamente ilimitada para la tragedia y para la comedia no porque esa sea nuestra verdadera naturaleza sino porque él, Richard, necesita vivir en un mundo habitado por figuras extremas e imponentes. Algunos prefirieron terminar su relación con él a seguir siendo figuras en el poema épico sobre su vida y sus pasiones que siempre está componiendo en la cabeza; pero otros (entre los cuales se cuenta Clarissa) disfrutaban de la sensación de hipérbole que aporta a sus vidas, han llegado a depender de ella como dependen del café matinal para despertarse y de uno o dos tragos para desconectarse por la noche.

—Las supersticiones a veces son un consuelo —dice Clarissa—. No sé por qué te niegas tan rotundamente todos los consuelos.

—¿Yo hago eso? Pues no lo hago intencionalmente. Me gustan los consuelos. Algunos de ellos. Algunos me gustan mucho.

—¿Cómo te estás sintiendo de verdad?

—Bien. Bastante bien. Un poco efímero. Sueño una y otra vez que estoy sentado en una habitación.

—¿Recuerdas que la fiesta es a las cinco? La fiesta es a las cinco y la ceremonia es después, a las ocho, en el norte. No lo has olvidado, ¿verdad?

—No —responde él. Después dice—: Sí.

—¿Cuál de las dos? —pregunta ella.

—Perdóname. Es que todo el tiempo estoy pensando que las cosas ya sucedieron. Cuando preguntaste si yo recordaba la fiesta y la ceremonia pensé que me estabas preguntando si recordaba haber asistido a ellas. Y lo recordaba. Es como si estuviera fuera del tiempo.

—La fiesta y la ceremonia son esta noche. En el futuro.

—Entiendo. De alguna manera lo entiendo. Pero, verás, aparentemente ya fui al futuro también. Tengo un recuerdo vívido de la fiesta que no ha sucedido. Recuerdo la ceremonia del premio perfectamente.

—¿Te trajeron el desayuno esta mañana?

—Qué pregunta. Lo trajeron.

—¿Y te lo comiste?

—Recuerdo que me lo comí. Pero es posible que sólo haya pensado en hacerlo. ¿Hay un desayuno por ahí?

—Hasta donde puedo ver, no.

—Entonces supongo que me las arreglé para comérmelo. La comida no es muy importante, ¿o sí?

—La comida es muy importante, Richard.

—No sé si pueda soportarlo, Clarissa.

—Soportar qué.

—Actuar con orgullo y valentía delante de todo el mundo. Lo recuerdo vívidamente. Heme allí, un despojo enfermo y demente que estira la mano temblorosa para recibir su trofeo.

—No necesitas el orgullo, amor. No necesitas el valor. No es una actuación.

—Claro que lo es. Recibí un premio por mi actuación, eso lo sabes bien. Recibí un premio por tener sida y por haberme vuelto loco y haber sido valiente; eso no tuvo nada que ver con mi obra.

—No más. Por favor. Tiene todo que ver con tu obra.

Richard respira, una inspiración y una exhalación húmedas y poderosas. Clarissa piensa en sus pulmones, unas relucientes píldoras rojas intrincadamente bordadas con venas. Entre los órganos menos comprometidos están, perversamente, sus pulmones: por razones desconocidas, el virus básicamente no los ha tocado. La potente respiración parece lograr que sus ojos se enfoquen, que sus abismos se tornen más verdes.

—Tú no crees que me lo darían si estuviera sano, ¿o sí? —dice él.

—Pues sí, de hecho pienso que sí.

—Por favor.

—Si crees eso, tal vez deberías rechazarlo.

—Eso es lo que es horrible —dice Richard—. Que quiero el premio. De verdad. Sería mucho más fácil si ganar premios me importara más o me importara menos. ¿Está por ahí en alguna parte?

—Qué.

—El premio. Me gustaría mirarlo.

—Todavía no lo has recibido. Es esta noche.

—Es cierto. Esta noche.

—Richard, amor, óyeme. Esto es muy fácil. Puedes sentirte simplemente complacido, sin más arandelas. Yo voy a estar contigo todo el tiempo.

—Eso me gustaría.

—Es una fiesta. No es más que una fiesta. Sólo habrá personas que te respetan y te admiran.

—¿En serio? ¿Como quién?

—Tú sabes quién. Howard. Elisa. Martín Campo.

—¿Martín Campo? Por Dios.

—Pensé que te gustaba. Siempre dijiste que te gustaba.

—Pues sí; supongo que al león también le gusta el encargado de su jaula.

—Martín Campo ha publicado tus libros ininterrumpidamente durante más de treinta años.

—¿Quién más va a ir?

—Lo discutimos varias veces. Tú sabes quién va a ir.

—Dime otro nombre, ¿quieres? Dime el nombre de alguien heroico.

—¿No crees que Martín Campo sea heroico? Enterró su for-

tuna familiar en la publicación de libros importantes y difíciles a sabiendas de que no se van a vender.

Richard cierra los ojos, apoya la cabeza demacrada en los nudos gastados y grasosos del sillón.

—Muy bien.

—No tienes que ser encantador ni divertido. No se trata de un espectáculo. Estas personas creen en ti desde hace mucho, mucho tiempo. Todo lo que tienes que hacer es llegar, sentarte en el sofá con o sin un trago en la mano, escuchar o no, sonreír o no. No es más. Yo estaré cuidándote.

Quisiera agarrarlo de los hombros huesudos y sacudirlo, con fuerza. Es posible (aunque tal vez uno no quisiera pensar en estos términos) que Richard esté empezando a formar parte del canon; es posible que en los últimos momentos de su paso por esta tierra perciba las primeras señales de un reconocimiento que se extenderá hacia el futuro (suponiendo, por supuesto, que haya un futuro). Un premio de éstos es más significativo que la atención de un congreso de poetas y académicos; significa que la literatura misma (cuyo futuro se define en este instante) necesita la contribución particular de Richard, de sus lamentos, desafiantemente prolijos, por un mundo en extinción o completamente desaparecido. Aunque no hay garantías, sí parece posible, e incluso más que posible, que Clarissa y el reducido grupo de los otros hayan estado en lo correcto todo el tiempo. Richard el denso, el nostálgico, el escrudiñador, Richard el observador minucioso y exhaustivo que pretendió fisurar el átomo con palabras sobrevivirá cuando otros nombres, más famosos, hayan sido olvidados.

Y Clarissa, la amiga más vieja de Richard, su primera lectora —Clarissa que lo sigue viendo todos los días, cuando algunos de sus amigos más recientes incluso piensan que ya murió— le ofrece una fiesta. Clarissa va a llenar su casa de flores y de velas. ¿Por qué no querría que él estuviera allá?

—Realmente no me necesitan, ¿verdad? —dice Richard—. La fiesta puede continuar con la idea de mí. En realidad la fiesta ya sucedió, conmigo o sin mí.

—Estás insoportable. Voy a perder la paciencia.

—No, por favor. No te enojés conmigo. La verdad es que me da vergüenza ir a esa fiesta, señora D. He fracasado tan miserablemente.

—No hables así.

—No, no. Es muy amable de tu parte, muy gentil, pero me temo que fracasé y no hay más que hablar. Fue demasiado para mí. Pensé que era más grande de lo que en realidad era. ¿Puedo contarte un secreto embarazoso? ¿Algo que nunca le he dicho a nadie?

—Claro que puedes.

—Yo pensaba que era un genio. De hecho esa era la palabra que usaba en privado, hablando conmigo mismo.

—Pues...

—Ah, el orgullo. Estaba tan equivocado... Me derrotó. Sencillamente resultó infranqueable. Era tanto, ay, era demasiado para mí. Quiero decir, el clima, el agua y la tierra, los animales, y los edificios, y el pasado y el futuro, el espacio, la historia. El hilo o lo que sea atrapado entre mis dientes, la mujer del edificio de enfrente, ¿notaste que cambió el burro y la ardilla de lugar en el antepecho? Y está el tiempo, por supuesto. Y el lugar. Y tú, señora D. Yo quería contar parte de la historia de una parte de ti. Hubiera querido tanto hacer eso.

—Richard. Escribiste todo un libro.

—Pero todo se quedó por fuera, casi todo. Y además me quedé atascado con ese final sorprendente. Pero en realidad no estoy buscando compasión. Hay tantas cosas que queremos, ¿no es cierto?

—Sí. Supongo que sí.

—Me besaste al lado de un lago.

—Hace diez mil años.

—Sigue sucediendo.

—En cierto sentido, sí.

—En la realidad. Está sucediendo en ese presente. Esto está sucediendo en este presente.

—Estás cansado, amor. Debes descansar. Voy a llamar a Bing para lo de tus drogas, ¿te parece bien?

—No puedo, no puedo descansar. Ven acá, acércate, ¿quieres?

—Estoy aquí.

—Más cerca. Toma mi mano.

Clarissa toma una de las manos de Richard. Aún ahora la sorprende su fragilidad, el palpable parecido con un atado de ramitas.

—Estamos aquí. ¿No crees tú?

—¿Perdón?

—Ya somos mayores y somos dos amantes jóvenes al pie de una laguna. Lo somos todo a la vez. ¿No es fascinante?

—Sí.

—En realidad no me arrepiento de nada excepto de eso. Quería escribir sobre ti, sobre nosotros en realidad. ¿Me entiendes? Quería escribir sobre todo, sobre la vida que tenemos y las vidas que hubiéramos podido tener. Quería escribir sobre todas las formas posibles de morir.

—No te arrepientas de nada, Richard —dice Clarissa—. No es necesario. Has hecho tanto.

—Es muy gentil de tu parte decirlo.

—Lo que necesitas en este momento es una siesta.

—¿Tú crees?

—Yo creo.

—Muy bien, pues.

—Yo te ayudo a vestirte. ¿Te parece bien que vuelva a las tres y media?

—Verte siempre es maravilloso, señora Dalloway.

—Ahora me voy. Tengo que poner las flores en agua.

—Sí, claro. Sí.

Ella toca su hombro flaco con las puntas de los dedos. ¿Cómo es posible que sienta esta pesadumbre? ¿Cómo es posible que todavía piense que hubieran podido tener una vida juntos? Hubieran podido ser marido y mujer, almas gemelas, con amantes. Siempre hay formas de arreglárselas.

Alguna vez Richard fue alto y ávido, vigoroso, brillante y pálido como la leche. Alguna vez caminó por Nueva York hablando excitadamente, con un viejo abrigo militar, y el rostro impacientemente despejado de la oscura maraña de su pelo gracias a un pedazo de cinta azul que se encontró.

—Hice la cosa esa de cangrejo —dice Clarissa—. Por supuesto que no creo que eso sea un verdadero aliciente.

—Tú sabes que adoro la cosa de cangrejo. Es importante, claro que es importante. ¿Clarissa?

—¿Sí?

Él levanta su desolada e imponente cabeza. Clarissa voltea el rostro y recibe el beso de Richard en la mejilla. No es buena idea besarlo en los labios: un resfriado común sería un desastre para él. Clarissa recibe el beso en la mejilla y aprieta el hombro flaco de Richard con las puntas de los dedos.

—Nos vemos a las tres y media —dice ella.

—Maravilloso —dice Richard—. Maravilloso.

La señora Woolf

Mira el reloj sobre la mesa. Han pasado casi dos horas. Aún se siente poderosa pero sabe que es posible que mañana revise lo que escribió y lo encuentre frívolo y pomposo. Uno siempre tiene en la mente un libro mejor del que se las arregla para poner en el papel. Toma un sorbo de café frío y se permite leer lo que ha escrito hasta ahora.

No está mal; hay partes que de hecho parecen muy buenas. Obviamente, sus esperanzas son excesivas —quiere que este sea su mejor libro, el que finalmente responda a sus expectativas. ¿Pero acaso se puede extraer de un solo día en la vida de una mujer lo suficiente para una novela? Virginia golpea sus labios con el dedo gordo. Clarissa Dalloway morirá, de eso está segura, pero es demasiado pronto para decir cómo o incluso exactamente por qué. Virginia cree que se quitará la vida. Sí, eso es lo que hará.

Virginia deja la pluma. Quisiera escribir todo el día, llenar treinta páginas en lugar de tres, pero después de las primeras horas algo dentro de ella titubea y teme que si excede sus límites toda el proyecto peligrará. Este vagará hacia el reino de la incoherencia, del cual quizás no regrese jamás. Al mismo tiempo, odia pasar una sola de sus horas hábiles haciendo algo diferente de escribir. Trabaja combatiendo el temor de una recaída. Primero aparecen los dolores de cabeza, que no son de ninguna manera un dolor ordinario (“dolor de cabeza” siempre le ha parecido un término inadecuado para designarlos, pero sería demasiado melodramático llamarlos por otro nombre). La infiltran. La habitan en lugar de sólo afligirla, como los virus que se alojan dentro de su huésped. Los ramalazos de dolor se anuncian, arrojan

fogonazos de luz en sus ojos con tanta insistencia que debe recordarse a sí misma que los otros no los ven. El dolor la coloniza, velozmente remplace a la antigua Virginia con más y más de sí mismo, y su avance es tan feroz, sus mellados contornos tan nítidos, que no puede evitar imaginarlo como una entidad con vida propia. Casi lo puede ver mientras camina con Leonard por la plaza: es una resplandeciente masa plateada blancuzca que flota sobre el empedrado, con púas que aparecen sin orden alguno, fluida pero entera, como una medusa. “¿Qué es eso?”, preguntaría Leonard. “Es mi dolor de cabeza”, respondería ella. “Por favor ignóralo”.

El dolor de cabeza siempre está ahí, esperando, así que los periodos de libertad siempre parecen provisionales, sin importar su duración. A veces el dolor simplemente se instala por una tarde o un día o dos y después retrocede. A veces se queda y aumenta hasta que ella misma cede. En esos momentos el dolor se expande por el mundo desde su cráneo. Todo brilla y pulsa. Todo se infecta de resplandor, late con él, y ella suplica por un poco de oscuridad como un vagabundo que en el desierto suplicara por agua. Todos los rincones del mundo están tan desprovistos de oscuridad como el desierto de agua. No hay oscuridad en la habitación con los postigos cerrados, no hay oscuridad tras sus párpados. Sólo una mayor o menor luminosidad. Cuando cruza el umbral de este reino de brillo incesante, empiezan las voces. A veces son gruñidos débiles, incorpóreos, que surgen y se aglutinan a partir del aire mismo; a veces emanan de detrás de los muebles o del interior de las paredes. Son confusas pero llenas de significado, innegablemente masculinas, obscenamente viejas. Son rabiosas, acusatorias, desilusionadas. A veces parece que conversaran entre sí, en susurros; a veces parece que recitaran un texto. A veces, muy débilmente, puede distinguir una palabra. “Lanza”, una vez; “tras” en otras dos ocasiones. Una bandada de

gorriones una vez cantó indiscutiblemente en griego frente a su ventana. En este estado, se siente infernalmente miserable; en este estado, es capaz de gritarle a Leonard o a cualquiera que se acerque (chisporroteando de luz, como un demonio); y sin embargo cuando este estado se prolonga empieza a envolverla, hora tras hora, como una crisálida. Eventualmente, cuando han pasado suficientes horas, ella surge exánime, temblando, pero llena de ideas y lista, después de descansar, para trabajar de nuevo. Teme las recaídas en el dolor y la luz y sospecha que son necesarias. Hace ya tiempo que no la aquejan, años, en realidad. Sabe que el dolor de cabeza puede regresar de pronto pero cuando está con Leonard lo ignora, actúa como si su salud fuera más sólida de lo que realmente es. Regresará a Londres. Prefiere morir loca de atar en Londres que evaporarse en Richmond.

Decide, aunque no sin renuencia, que ha terminado por hoy. Las dudas nunca la abandonan. ¿Debería intentarlo una hora más? ¿Está siendo sensata o perezosa? Sensata, se responde, y casi lo cree. Ya tiene sus doscientas cincuenta palabras, más o menos. Que eso baste por hoy. Tendrá que confiar en que mañana estará aquí de nuevo, reconocible para sí misma.

Toma la taza con la borra fría, sale de la habitación y baja las escaleras hacia la sala de la imprenta, donde Ralph está leyendo las pruebas a medida que Leonard las termina.

—Buenos días —le dice Ralph a Virginia con entusiasmo y nerviosismo. Su cara ancha, plácida y bien parecida está colorada, tanto que la frente parece encendida, y ella se da cuenta inmediatamente de que para él no es un buen día en absoluto. Lo más probable es que Leonard se haya quejado por alguna ineficiencia, reciente o de ayer, y ahora Ralph está sentado leyendo pruebas y diciendo “Buenos días” con la vehemencia abochornada de un niño regañado.

—Buenos días —responde ella con voz cordial pero delibera-

damente indiferente. Estos jóvenes, estos asistentes, vienen y se van; ya fue contratada Marjorie (con esa terrible forma de hablar; ¿y dónde está?) para hacer los trabajos que Ralph considera indignos de él. No pasará mucho tiempo antes de que Ralph y después Marjorie sigan su camino y ella, Virginia, emerja de su estudio y se encuentre a alguien nuevo deseándole unos buenos días de cara roja y regañada. Sabe que Leonard puede ser desagradable y tacaño y exigente casi hasta lo imposible. Sabe que a estos jóvenes con frecuencia se los critica injustamente pero ella no se va a poner de su lado y en contra de él. No será la madre que intervenga a su favor, aunque se lo rueguen sus sonrisas ansiosas y sus ojos lastimeros. Después de todo, Ralph es problema de Lytton y Lytton bien puede venir a ocuparse. Ralph seguirá adelante, como los hermanos y hermanas que lo sucedan, y hará lo que sea que deben hacer en el gran mundo —nadie espera que hagan carrera como asistentes de imprenta. Leonard puede ser autocrático, puede ser injusto, pero es su compañero y cuidador y no lo traicionará, ciertamente no por cuenta del apuesto e inexperto Ralph o de Marjorie, con su voz de perico.

—Hay diez errores en ocho páginas —dice Leonard. Los paréntesis alrededor de su boca son tan profundos que cabría una moneda.

—Qué suerte que los encontraste —dice Virginia.

—Parecen estar concentrados en la mitad. ¿Tú crees que la mala escritura atrae una mayor incidencia del infortunio?

—Cómo quisiera vivir en un mundo en el que eso fuera cierto. Voy a caminar para despejar la cabeza y cuando vuelva, ayudo.

—Estamos progresando —dice Ralph—. A este paso terminaremos al finalizar el día.

—Nos podremos considerar afortunados —dice Leonard— si a esta hora la semana entrante hemos terminado.

Hay cólera en su voz; el color de Ralph se torna más sutil y

preciso. Por supuesto, piensa ella. Ralph levantó el texto y fue descuidado al hacerlo. La verdad, piensa, está tranquila y rollizamente sentada, con un vestido gris de matrona, entre estos dos hombres. No está con Ralph, el joven soldado de infantería que aprecia la literatura pero que aprecia, con el mismo fervor o quizás más, el brandy y las galletas que lo esperan al final de la jornada; que tiene buen corazón y es común y corriente y difícilmente se podría contar con él para perpetuar, en el periodo que le ha sido asignado, los asuntos ordinarios del mundo ordinario. Pero la verdad tampoco está (ay) con Leonard, el brillante e incansable Leonard, que se niega a distinguir entre un retraso y la catástrofe; que venera el éxito sobre cualquier cosa y que resulta insoportable para los demás porque cree genuinamente que puede arrancar de raíz y reformar todas las manifestaciones de la irresponsabilidad y la mediocridad humanas.

—Estoy segura —dijo— de que entre todos podemos lograr que el libro quede tolerablemente decoroso y además celebrar Navidad.

Ralph le sonríe con un alivio tan evidente que siente ganas de abofetearlo. Sobrestima su simpatía: ella no hablaba a su favor sino en el de Leonard, muy de la misma forma como su madre le hubiera restado importancia a la torpeza de un sirviente durante la cena, declarando para tranquilidad de su esposo y de los demás presentes que la sopera rota no significaba nada; que el círculo de amor y tolerancia no podía romperse; que todos estaban a salvo.

La señora Brown

La vida, Londres, este instante de junio.

Empieza a cernir la harina en un tazón azul. Al otro lado de la ventana está el interludio de pasto que separa esta casa de la de los vecinos; la sombra de un pájaro pasa volando sobre el estuco enneguecedoramente blanco del garaje de al lado. Laura se siente breve, profundamente complacida por la sombra del pájaro, por las franjas de blanco brillante y verde. El tazón que hay frente a ella es de un azul pálido, calizo, ligeramente desteñido, y tiene una franja delgada de hojas blancas en el borde. Las hojas son todas idénticas, estilizadas, ligeramente acartonadas, con una inclinación desenfadada, y resulta perfecto e inevitable que una de ellas tenga una muesquita impecablemente triangular a un lado. Una lluvia fina y blanca cae en el tazón.

—Ya está —le dice a Richie—. ¿Quieres ver?

—Sí —le responde.

Se arrodilla para mostrarle la harina cernida.

—Bien. Ahora tenemos que medir cuatro tazas: Ah, ¿sabes cuántas son cuatro?

Él le muestra cuatro dedos.

—Bien —dice ella—. Muy bien.

En este momento podría devorarlo, no con voracidad sino con adoración, con infinita gentileza, como solía hacerlo al recibir la hostia en la boca, antes de casarse y de convertirse (su madre nunca la perdonará, nunca). Se siente tan plena de un amor tan fuerte, tan unívoco, que parece apetito.

—Eres un niño tan bueno, tan inteligente —le dice.

Richie sonríe; mira su rostro intensamente. Ella le devuelve la mirada. Hacen una pausa y se quedan quietos, mirándose, y

por un instante ella es exactamente lo que parece: una mujer embarazada, arrodillada en una cocina con su hijo de tres años, que se sabe el número cuatro. Es ella misma y es su perfecto retrato: no hay diferencia. Fabricará una torta de cumpleaños —sólo una torta, pero en su mente en este instante la torta es satinada y resplandeciente como una fotografía en una revista; es incluso mejor que las fotografías de las tortas en las revistas. Se imagina haciendo, con los más humildes ingredientes, una torta con toda la armonía y la presencia de una urna o de una casa. La torta transmitirá la sensación de prodigalidad y deleite, como una buena casa transmite la sensación de comodidad y de seguridad. Así, piensa, deben de sentirse los artistas o los arquitectos (es una comparación horriblemente grandilocuente, lo sabe, incluso un poco tonta, y sin embargo) frente a la tela, la piedra, los óleos o el cemento fresco. ¿Acaso un libro como *La señora Dalloway* no fue alguna vez sólo papel vacío y un frasco de tinta? No es más que una torta, se dice a sí misma. Y sin embargo. Hay tortas y hay tortas. En este instante, con un tazón lleno de harina cernida entre las manos, en una casa en orden bajo el cielo californiano, desea sentirse tan satisfecha y llena de anticipación como un escritor que pone por escrito su primera oración, un constructor que empieza a dibujar los planos.

—Muy bien —le dice a Richie—. Tú sacas la primera.

Le entrega una taza de medir de aluminio brillante. Es la primera vez que le confían un trabajo de esta naturaleza. Laura pone a su lado, en el piso, un segundo tazón vacío. Él agarra la taza de medir con ambas manos.

—Aquí va —dice ella.

Guía la mano de Richie con las suyas y le ayuda a hundir la taza entre la harina. La taza penetra con facilidad y a través de su pared delgada él puede sentir la textura leve y sedosa de la harina cernida. Al paso de la taza se levanta una nubecita. Madre

e hijo la sacan de nuevo, llena de harina. La harina se derrama por los bordes plateados. Laura le dice al niño que sostenga la taza con firmeza, cosa que él logra nerviosamente, y con un gesto rápido hace desaparecer el montoncito granuloso que hay encima y crea una impecable superficie blanca, exactamente nivelada con el borde de la taza. Él sigue sosteniendo la taza con ambas manos.

—Bien —dice ella—. Ahora la ponemos en el otro tazón. ¿Crees que puedes hacerlo solo?

—Sí —responde, aunque no está del todo seguro. Cree que esta taza de harina es única e irremplazable. Una cosa es que le pidan a uno que lleve un repollo al otro lado de la calle y otra muy diferente que le pidan que lleve la cabeza recientemente desenterrada del Apolo de Rilke.

—Aquí vamos, pues —dice ella.

Él mueve la taza cuidadosamente y la sostiene, paralizado, sobre la blanca y reluciente concavidad del tazón (el siguiente en orden descendente de un juego de tazones verde pálido con la misma franja de hojas blancas en el borde). Entiende que se supone que derrame la harina en el tazón pero podría ser que haya malinterpretado las instrucciones y lo arruine todo; podría ser que al derramar la harina provoque una catástrofe mayor, perturbe un precario equilibrio. Quiere mirar el rostro de su madre pero no puede quitar los ojos de la taza.

—Voltéala —le dice ella.

Él la voltea con un solo movimiento apresurado y temeroso. La harina titubea por una fracción de segundo y después se derrama, cae pesadamente formando un montón que recuerda vagamente la forma de la taza de medir. Se levanta una nube más grande que casi le toca el rostro y después se desvanece. Mira fijamente lo que ha hecho: una colina blanca, ligeramente granular, salpicada de sombras precisamente ubicadas, que se

levanta desde el interior satinado, de un blanco más cremoso, de la taza.

—Ayayay —dice su madre.

Él la mira aterrorizado. Sus ojos se llenan de lágrimas.

Laura suspira. ¿Por qué es tan delicado, tan proclive a ataques de remordimiento injustificado? ¿Por qué tiene que ser tan cuidadosa con él? Por un momento —un momento— la forma de Richie cambia sutilmente. Se torna más grande, más brillante. Su cabeza se expande. Un resplandor blanco opaco parece rodearlo brevemente. Por un momento ella sólo desea irse —no hacerle daño, eso nunca lo haría, pero sí ser libre, intachable, irresponsable.

—No, no —dice Laura—. Está bien. Muy bien. Era exactamente así.

Él sonríe entre lágrimas, súbitamente orgulloso de sí mismo, casi demencialmente aliviado. Así que no era más: bastaban unas cuantas palabras dulces, tranquilizadoras. Suspira y le acaricia el pelo con gentileza.

—Vamos, pues —dice ella—. ¿Estás listo para la siguiente?

Él asiente con un entusiasmo tan cándido y tan desprevenido que su garganta se constriñe en un espasmo de amor. Súbitamente parece fácil hornear una torta, criar un niño. Ama a su hijo limpiamente, como aman las madres —no la molesta, no quiere irse. Ama a su marido y esta contenta de estar casada. Es posible (no parece imposible) que se haya deslizado al otro lado de una línea invisible, la línea que siempre la ha separado de lo que preferiría sentir, de lo que preferiría ser. No parece imposible que haya sufrido una sutil pero profunda transformación aquí, en esta cocina, en este, el más ordinario de los momentos: se ha puesto al día consigo misma. Ha luchado tanto, durante tanto tiempo, con tan buena fe, y ahora por fin aprendió a vivir felizmente, como ella misma, de la misma forma como un niño aprende en un momento específico a mantener el equilibrio so-

bre una bicicleta. Parece que va a estar bien. No debe perder las esperanzas. No debe sentir pena por las posibilidades perdidas, los talentos inexplorados (¿y si después de todo no tiene talento?). Seguirá dedicada a su hijo, a su esposo, a su hogar y a sus deberes, a sus bendiciones. Deseará este segundo bebé.

La señora Woolf

Camina por Mt. Ararat Road planeando el suicidio de Clarissa Dalloway. Clarissa habrá tenido un amor: una mujer. O más bien una muchacha; sí, una muchacha que conoció en su propia juventud; una de esas pasiones que se encienden cuando uno es joven —cuando el amor y las ideas nos parecen un descubrimiento personal, algo que nunca había sido percibido de esta manera; durante ese breve período de la juventud en el que nos sentimos libres de hacer o de decir cualquier cosa; de escandalizar, de fracasar; de rechazar el futuro que nos han ofrecido y exigir otro, mucho más grandioso y extraño, diseñado y poseído enteramente por uno mismo, sin deberle nada a la vieja tía Helena, que se sienta todas las noches en el sillón de costumbre y se pregunta en voz alta si Platón y Morris son lecturas adecuadas para una mujer joven. En su primera juventud, Clarissa Dalloway amará a otra muchacha, piensa Virginia; Clarissa creará que frente a ella se extiende un futuro desenfrenado y suntuoso, pero finalmente (¿cómo se llevará a cabo este cambio con exactitud?) prevalecerá la sensatez, como siempre sucede con las mujeres jóvenes, y se casará con el hombre adecuado.

Sí, ella optará por la sensatez y se casará.

Morirá en la madurez. Lo más probable es que se mate a sí misma, por una nadería (¿cómo hacerlo convincente, trágico y no cómico?).

Por supuesto que eso sucederá más tarde en el libro y Virginia espera que cuando llegue a ese punto su verdadera naturaleza ya se le haya revelado. Por ahora, mientras camina por Richmond, concentra sus pensamientos en la cuestión del primer amor de Clarissa. Una muchacha. La joven, piensa, será desenvuelta y

cautivante. Escandalizará a las tías cortando las cabezas de las dalias y de las malvarrosas y dejándolas flotar en grandes tazones de agua, como siempre lo ha hecho Vanessa, la hermana de Virginia.

Aquí en Mt. Ararat Road, Virginia pasa al lado de una mujer robusta, una figura que reconoce de las tiendas, una comadre suspicaz y saludable que pasea dos perros chatos con correas color brandy, que carga una inmensa bolsa de tela de tapicería en la otra mano y quien, al ignorar ostentosamente a Virginia, le indica sin lugar a dudas que de nuevo ha estado hablando en voz alta sin darse cuenta. Sí, prácticamente puede oír sus propias palabras murmuradas, *escandalizará a las tías*, fluyendo tras ella como una bufanda. ¿Y qué? Cuando la mujer pasa, Virginia se da vuelta descaradamente, lista a desafiar la mirada subrepticia de la mujer a sus espaldas. Los ojos de Virginia se topan con los de uno de los perros, que la observa sobre uno de sus hombros color de cervato con una expresión de perplejidad húmeda y resollante.

Llega hasta Queen Road y se devuelve hacia su casa pensando en Vanessa, en flores decapitadas que flotan en tazones de agua.

Aunque es uno de los mejores, Richmond es, en últimas e innegablemente, un suburbio, sólo eso, con todo lo que la palabra supone en materia de setos y jardineras en las ventanas; de comadres que pasean perros; de relojes que dan la hora en habitaciones vacías. Virginia piensa en el amor de la muchacha. Desprecia Richmond. Tiene hambre de Londres; a veces sueña con los corazones de las ciudades. Aquí, donde la trajeron a vivir hace ocho años precisamente porque no es extraño ni maravilloso, la han abandonado casi del todo los dolores de cabeza y las voces, los ataques de rabia. Aquí, todo lo que desea es regresar a los peligros de la vida en la ciudad.

Se detiene por un instante en las escaleras de Hogarth House

para recordarse a sí misma. Ha aprendido a lo largo de los años que la salud mental supone un cierto grado de impostura y no sólo para beneficio del esposo y de los sirvientes sino, lo primero y lo más importante, por sus propias convicciones. Ella es la autora; Leonard, Nelly, Ralph y los otros son los lectores. Esta novela en particular se ocupa de una mujer serena e inteligente dotada de una sensibilidad dolorosamente susceptible, que alguna vez estuvo enferma pero que ya se ha recuperado; que se prepara para la temporada en Londres, donde ofrecerá fiestas y asistirá a ellas, escribirá por las mañanas y leerá por las tardes y se vestirá inmaculadamente. Es un verdadero arte, el manejo del té y de las mesas de comedor; tan estimulante corrección. Los hombres pueden preciarse de escribir honesta y apasionadamente sobre los movimientos de las naciones; pueden pensar que la guerra y la búsqueda de Dios son los únicos temas de la gran literatura; pero si la posición de los hombres en el mundo tambaleara por un sombrero mal escogido, la literatura inglesa cambiaría dramáticamente.

Piensa que Clarissa Dalloway se matará por algo que en la superficie no parece gran cosa. Su fiesta será un fracaso, o su esposo se negará una vez más a admitir algún logro en relación con ella misma o con su hogar. El truco estará en transmitir intacta la diminuta pero muy real desesperación de Clarissa; en convencer al lector sin lugar a dudas de que para ella las derrotas domésticas son tan devastadoras como las batallas perdidas para un general.

Virginia atraviesa la puerta. Siente que domina a cabalidad ese personaje que es Virginia Woolf, y en calidad de tal se quita la capa, la cuelga, y baja a la cocina a hablar con Nelly sobre el almuerzo.

En la cocina, Nelly está amasando hojaldre. Nelly es ella misma, siempre es ella misma; siempre grande y colorada, imperio-

sa, indignada, como si su vida hubiese transcurrido en una época de gloria y decoro que hubiera llegado a su fin, para siempre, unos diez minutos antes de que uno entrara a la habitación. Virginia se maravilla. ¿Cómo lo recuerda? ¿Cómo se las arregla para ser tan exactamente la misma todos los días y a todas horas?

—Hola, Nelly —le dice Virginia.

—Buenas tardes, señora.

Nelly se concentra en el hojaldre como si el rodillo de amasar revelara un texto muy tenue pero legible en la masa.

—¿Es para el almuerzo?

—Sí señora. Pensé en pastel de cordero porque hay un poco de cordero que sobró y usted estaba tan concentrada en su trabajo esta mañana que no hablamos.

—Pastel de cordero suena delicioso —dice Virginia, aunque debe hacer un esfuerzo para seguir siendo consistente con su personaje. Se recuerda a sí misma: la comida no es siniestra. No pienses en putrefacción ni en heces; no pienses en el rostro en el espejo.

—Tengo la sopa de berros —dice Nelly—. Y el pastel. Y pensé en algunas de esas peras amarillas para el postre, a menos que usted quiera algo más elaborado.

Helo aquí, pues: el reto. *A menos que usted quiera algo más elaborado.* Como una subyugada amazona de pie a la orilla del río, envuelta en la piel de los animales que mató y desolló, deja caer una pera frente a las zapatillas doradas de la reina y dice: “He aquí lo que traje. A menos que usted quisiera algo más elaborado”.

—Las peras están bien —dice Virginia, aunque obviamente las peras no están nada bien; no ahora. Si Virginia se hubiera comportado adecuadamente y hubiera aparecido en la cocina por la mañana a ordenar el almuerzo, el postre podría haber sido cualquier cosa. Habría sido crema inglesa o un suflé; de hecho po-

dría haber sido peras. Virginia hubiera podido entrar despreocupadamente a la cocina a las ocho de la mañana y decir: "Hoy no pensemos en el postre; peras me parece perfecto". Pero en cambio se fue a hurtadillas derecho al estudio, temerosa de que la escritura del día (ese frágil impulso, ese huevo balanceándose sobre una cuchara) se disolviera ante uno de los cambios de humor de Nelly. Nelly lo sabe, claro que lo sabe, y al ofrecerle peras le está recordando a Virginia que ella, Nelly, es poderosa; que conoce algunos secretos; que las reinas que se preocupan más por resolver crucigramas en sus habitaciones que por el bienestar de su gente deben aceptar lo que quieran darles.

Virginia toma un poco de hojaldre de la tabla de amasar, lo moldea entre sus dedos. Dice:

—Recuerde que Vanessa y los niños vienen a las cuatro.

—Sí señora, no se me ha olvidado.

Nelly levanta la masa con elaborada eficiencia y envuelve el molde para el pastel. El movimiento suave y experto le recuerda a Virginia el de ponerle los pañales a un bebé, y por un instante se siente como una niña que observa, con asombro y furia, la impenetrable eficiencia de una madre. Dice:

—Deberíamos servir té chino. Y jengibre azucarado.

—¿Té chino, señora? ¿Y jengibre?

—Vanessa no viene desde hace más de dos semanas. Me gustaría darle para el té algo mejor que las sobras de ayer.

—Té chino y jengibre quieren decir Londres; no venden de eso acá.

—Hay trenes cada media hora y buses cada hora. ¿No necesitamos nada más de Londres?

—Siempre se necesita algo. Es sólo que ya son más de las once y media y tengo que preparar el almuerzo. La señora Bell llega a las cuatro. Usted dijo que a las cuatro, ¿no es así?

—Sí, y cuando digo las cuatro de la tarde quiero decir las cuatro

de la tarde para las que faltan casi cinco horas, siendo exactamente las once y ocho minutos. En el tren de las doce y media llegaría a Londres a la una pasadas. El de las dos y treinta la depositaría aquí de regreso justo después de las tres, puntualmente y sin percance, con el té y el jengibre en la mano. ¿Estaré equivocada en mis cálculos?

—No —dice Nelly. Toma un nabo del tazón y corta un extremo con un giro experto del cuchillo. Así es como le gustaría cortarme la garganta, piensa Virginia; justo así, con un golpe intempestivo, como si matarme fuera una de las tareas domésticas que se interponen entre ella y el sueño. Así es como Nelly asesinaría, con precisión y eficiencia, de la misma forma como cocina, usando recetas aprendidas hace tanto tiempo que ya ni siquiera las percibe como conocimiento. En este momento le encantaría degollar a Virginia como si fuera un nabo porque Virginia descuidó sus propios deberes y ahora ella, Nelly Boxal, una mujer mayor, debe pagar por querer servir peras. ¿Por qué es tan difícil manejar a los sirvientes? La madre de Virginia se las arreglaba a la perfección. Vanessa se las arregla a la perfección. ¿Por qué le resulta tan difícil manejar a Nelly con firmeza y dulzura, ganarse su respeto y su afecto? Virginia sabe exactamente cómo debería entrar a la cocina, en qué posición deberían estar sus hombros, cómo hacer que su voz suene maternal pero no confianzuda, como la de un aya hablándole a su adorado niño. *¿No podríamos pensar en otra cosa que no sean peras, Nellie? El señor Woolf está de mal humor hoy y me temo que las peras no bastarán para endulzarle el ánimo.* Debería ser fácil.

Dotará a Clarissa Dalloway de una gran habilidad para el manejo de los sirvientes, de una forma de ser complicadamente gentil y dominante. Sus sirvientes la van a adorar. Harán más de lo que ella les pide.

La señora Dalloway

Cuando entra al corredor con las flores, Clarissa se encuentra con Sally que va de salida. Por un instante —menos de un instante— ve a Sally como lo haría si no se conocieran. Sally es una mujer pálida, de pelo gris, facciones duras, impaciente, con diez libras menos de las que debería tener. Por un momento, al ver a esta desconocida en el corredor, Clarissa se ve invadida de ternura y de una desaprobación indefinida, clínica. Clarissa piensa: Es tan inquieta y encantadora. Clarissa piensa: No debería usar amarillo, ni siquiera este tono mostaza profundo.

—Hola —dice Sally—. Qué flores.

Se besan apresuradamente, en los labios. Siempre son generosas con los besos.

—¿A dónde vas? —le pregunta Clarissa.

—Al norte. Tengo almuerzo con Oliver St. Ives. ¿No te dije? No me acuerdo si te dije.

—No me dijiste.

—Lo siento. ¿Te importa?

—En absoluto. Suena divertido almorzar con una estrella de cine.

—Limpié como una posesa.

—¿Papel higiénico?

—Hay suficiente. Vuelvo en un par de horas.

—Adiós.

—Las flores están sensacionales —dice Sally—. ¿Por qué estoy tan nerviosa?

—Supongo que porque vas a almorzar con una estrella de cine.

—Es sólo Oliver. Siento como si te estuviera abandonando.

—No me estás abandonando. No hay ningún problema.

—¿Estás segura?

—Anda. Diviértete.

—Adiós.

Se besan de nuevo. Cuando haya un momento adecuado Clarissa hablará con Sally sobre prescindir de la chaqueta color mostaza.

Mientras avanza por el corredor se pregunta por el placer que sintió —¿qué habrá sido?— hace poco más de una hora. En este instante, a las once y media de una mañana tibia de junio, el corredor de su edificio se siente como una entrada al reino de los muertos. La urna reposa en su nicho y las baldosas vidriadas de marrón reflejan silenciosa, fangosamente, la luz ocre y vieja de los apliques. No, no es el reino de los muertos exactamente; hay algo peor que la muerte, con su promesa de liberación y sueño apacible: el polvo que se levanta, los días interminables, y un corredor que permanece para siempre inundado de la misma luz marrón y el olor húmedo y ligeramente químico que habrá de servir, hasta que algo más preciso aparezca, como el olor de la vejez y de la pérdida, del fin de la esperanza. Richard, su amante perdido, su amigo más cierto, se desvanece entre la enfermedad y la demencia. Richard no la va a acompañar hasta la vejez, como estaba planeado.

Clarissa entra al apartamento y de inmediato, curiosamente, se siente mejor. Un poco mejor. Tiene que ocuparse de la fiesta. Al menos hay eso. Este es su hogar; suyo y de Sally; y aunque han vivido aquí juntas por más de quince años, todavía la impresiona la belleza del lugar y su increíble buena suerte. ¡Dos pisos y jardín en el West Village! Son ricas, por supuesto; obscenamente ricas, para los estándares mundiales; pero no *ricas* ricas, no ricas de Nueva York. Contaban con una suma determinada y tuvieron la suerte de toparse con estos pisos de tablones de pino, este tesoro de ventanas que se abren a un patio de ladrillo donde crece

musgo verde esmeralda en abrevaderos pandos de piedra y donde una fuentecita redonda, con un bandeja de agua clara, borbotea con solo tocar un interruptor. Clarissa lleva las flores a la cocina, donde Sally dejó una nota (“Almuerzo con Oliver –¿no te había dicho?– vuelvo a más tardar a las tres, besos”). De pronto, Clarissa se ve invadida por una sensación de dislocación. Esta no es su cocina. Esta es la cocina de un conocido, muy bonita, sí, pero no es de su gusto y está llena de olores extraños. Ella vive en otra parte. Vive en una habitación donde un árbol golpea suavemente la ventana mientras alguien pone la aguja sobre un disco. En esta cocina los platos están inmaculadamente apilados tras las puertas de vidrio de la alacena. Sobre el mesón de granito hay una hilera de viejas teteras de barro vidriado en diferentes tonos de amarillo resquebrajado. Clarissa reconoce estos objetos pero guarda su distancia de ellos. Siente la presencia de su propio fantasma; de esa parte de ella que es a la vez más indestructiblemente vital y menos diferenciada; la parte que no posee nada; que observa con curiosidad y desapego, como un turista en un museo, una hilera de teteras amarillas vidriadas y un mesón con una sola migaja sobre él, y un grifo cromado en el cual una gota única tiembla, gana peso y cae. Ella y Sally compraron estas cosas; ella recuerda cada una de las transacciones, pero ahora siente que todas son arbitrarias: el grifo y el mesón y las teteras, los platos blancos. No son más que decisiones, una cosa y después otra, sí o no, y se da cuenta de cuán fácilmente podría abandonar esta vida, estas comodidades vacías y arbitrarias. Podría sencillamente dejarla y regresar a su otro hogar, donde ni Sally ni Richard existen; donde lo único que hay es la esencia de Clarissa, una niña que creció hasta volverse mujer, llena de esperanza, capaz de cualquier cosa. Le es revelado que toda su tristeza y su soledad, todo el andamio desvencijado, se origina sencillamente en la pretensión de vivir en este apartamento entre estos objetos, con

la dulce y nerviosa Sally, y que si se va será feliz, o mejor que feliz. Se siente breve, maravillosamente sola, con todo por delante.

Entonces la sensación sigue su camino; no se colapsa; no le es arrebatada. Sencillamente sigue su camino, como un tren que se detiene en una pequeña estación rural, se queda allí un rato y después sigue su camino hasta perderse de vista. Clarissa le quita el papel a las flores y las pone en el fregadero. Está decepcionada y más que un poco aliviada. De hecho, éste es su apartamento, ésta su colección de teteras de arcilla, ésta su compañera, ésta su vida. No quiere otra. Sintiéndose normal, ni eufórica ni deprimida, sencillamente presente como Clarissa Vaughan, una mujer afortunada, profesionalmente bien establecida que le ofrece una fiesta a un artista reconocido y mortalmente enfermo, regresa a la sala a oír los mensajes en la contestadora. La fiesta será un éxito o un fracaso. En cualquier caso, ella y Sally cenarán después. Se irán a la cama.

Oye al encargado de la comida (tiene un acento imposible de rastrear; ¿y si resulta un incompetente?), que confirma el envío a las tres de la tarde. Una de las invitadas pide permiso para traer a alguien más y otro anuncia que tuvo que salir de la ciudad esa mañana a ver a un amigo de infancia cuyo sida ha provocado inesperadamente una leucemia.

La máquina se apaga. Clarissa presiona un botón para devolver la cinta. Lo más probable es que si Sally olvidó mencionar su almuerzo con Oliver St. Ives fue porque la invitación era sólo para Sally. Oliver St. Ives, el escándalo, el héroe, no invitó a Clarissa a almorzar. Oliver St. Ives, a quien después de una confesión espectacular en *Vanity Fair* le quitaron el papel principal en un costoso *thriller*, ha adquirido más notoriedad como activista *gay* de la que jamás hubiera deseado si hubiera seguido posando de heterosexual, dedicado a las películas malas y costosas. Sally conoció a Oliver cuando este fue invitado al muy serio, muy intelectual

programa de entrevistas que ella coproduce (y que nunca lo hubiera tenido en cuenta cuando no era más que un héroe de películas de acción y ni siquiera de primera línea). Sally se convirtió en alguien a quien él invita a almorzar, aunque él y Clarissa han coincidido en varias oportunidades y tuvieron lo que Clarissa recuerda como una conversación larga y sorprendentemente íntima en una cena para reunir fondos. ¿Acaso no cuenta que ella sea la mujer en el libro? (Aunque el libro por supuesto fue un fracaso y aunque Oliver por supuesto no debe de leer gran cosa). Oliver no le dijo a Sally. “Y no te olvides de traer a esa mujer tan interesante que vive contigo”. Quizás pensó que Clarissa era una esposa; nada más que una esposa. Clarissa regresa a la cocina. No está celosa de Sally, no es algo tan mezquino, pero no puede evitar sentir, ante el hecho de que Oliver St. Ives la haya ignorado, la decadencia del interés del mundo por ella y, sobre todo, la vergüenza de que a ella le importe incluso ahora, mientras prepara una fiesta para un hombre que quizás es un gran artista y que quizás no llegue vivo al año entrante. Qué banal soy, qué infinitamente banal soy, piensa. Y sin embargo. Siente que el hecho de que no la hayan invitado es de alguna manera una demostración secundaria de la capacidad del mundo de seguir adelante sin ella. Ser ignorada por Oliver St. Ives (quien con seguridad no la excluyó intencionalmente sino que simplemente no pensó en ella) se parece a la muerte como el diorama de un acontecimiento histórico hecho por un niño con una caja de zapatos se parece al acontecimiento mismo. Es una cosita minúscula, brillante y torpe, puro fieltro y pegamento. De todas maneras. No es fracasar, se dice a sí misma. Estar en estos cuartos, en esta piel, cortando los tallos de las flores, no es fracasar. No es fracasar, pero es más exigente; el esfuerzo de estar ahí, de estar agradecido; de estar feliz (terrible palabra). La gente ya no te mira en la calle y si lo hace no es con pretensiones sexuales de ninguna

especie. No estoy invitada a almorzar con Oliver St. Ives. Al otro lado de la estrecha ventana de la cocina, la ciudad avanza a toda vela y retumba. Los amantes discuten; los cajeros registran; hombres y mujeres jóvenes compran ropa nueva mientras la mujer bajo el arco de Washington Square canta *iiiiii* y tú cortas el extremo del tallo de una rosa y la pones en un florero lleno de agua caliente. Tratas de asir el momento, justo este, en la cocina con las flores. Tratas de habitarlo, de amarlo, porque te pertenece y porque lo que te espera justo al otro lado de estos cuartos es el corredor, con sus baldosas marrón y sus tenues lámparas marrón, perpetuamente encendidas. Porque incluso si la puerta del remolque se hubiese abierto, la mujer que había adentro, ya fuera Meryl Streep o Vanessa Redgrave, o incluso Susan Sarandon, no hubiera sido más que eso, una mujer en un remolque y tú no hubieras podido hacer lo que hubieras querido. No hubieras podido acogerla, allí, en la calle; recibirla en tus brazos; y llorar con ella. Sería tan maravilloso llorar así, en los brazos de una mujer que es a la vez inmortal y una persona cansada y asustada que acaba de salir de un remolque. Lo que tú eres, más que cualquier otra cosa, es un ser vivo, justo aquí en tu cocina, igual que Meryl Streep y Vannesa Redgrave, que están vivas en alguna parte mientras el tráfico resuena en la Sexta Avenida y las hojas plateadas de las tijeras cortan a través de un jugoso tallo verde oscuro.

Ese verano cuando ella tenía dieciocho era como si cualquier cosa pudiera pasar, cualquier cosa. Como si pudiera besar a su solemne y formidable mejor amigo junto al lago, como si pudieran dormir juntos en una extraña mezcla de deseo e inocencia y no preocuparse de lo que aquello pudiera significar, si es que significaba algo. En realidad fue la casa, piensa ella. Sin la casa no hubieran sido más que tres estudiantes de pregrado que fumaban marihuana y discutían en los dormitorios en Columbia. Fue la cadena de acontecimientos que echara a andar el fatal

encuentro de los viejos tíos con un camión lleno de vegetales en las afueras de Plymouth, y el ofrecimiento que los padres de Louis le hicieron a él y a sus amigos de que usaran durante todo el verano la casa, súbitamente desocupada, en la que la lechuga aún estaba fresca en el refrigerador y un gato salvaje buscaba, con creciente impaciencia, las sobras que siempre había encontrado afuera de la puerta de la cocina. Fueron la casa y el clima —la extática irrealidad de todo aquello— los que hicieron que la amistad de Richard se convirtiera en un amor más voraz, y en realidad fueron esos mismos elementos los que trajeron a Clarissa aquí, a esta cocina en Nueva York, en donde está parada sobre pizarra italiana (un error: es fría y se mancha) cortando flores y luchando con éxito moderado para dejar de preocuparse porque Oliver St. Ives, activista y estrella de cine arruinada, no la invitó a almorzar.

No era una traición, había insistido ella; no era más que una expansión de lo posible. No le exigía fidelidad a Richard —¡dios no lo quiera!— y de ninguna manera estaba robando la propiedad de Louis. Louis no lo creía tampoco (o por lo menos no admitía que lo pensaba, pero, en serio, ¿acaso fue por azar que se cortó tantas veces ese verano, con diferentes herramientas y cuchillos de cocina, y que fue necesario llevarlo en dos ocasiones diferentes al doctor de la localidad para que le pusieran puntos?). Era 1965; el amor bien empleado podría engendrar más de lo mismo. Al menos parecía posible. ¿Por qué no tener relaciones sexuales con todo el mundo, mientras uno los deseara y ellos lo desearan a uno? Así que Richard siguió con Louis y empezó a andar también con ella, y se sentía bien; simplemente bien. No es que el sexo y el amor fueran descomplicados. Los intentos de Clarissa con Louis, por ejemplo, fracasaron miserablemente. Él no estaba interesado en ella ni ella en él, a pesar de su célebre belleza. Ambos amaban a Richard, ambos deseaban a Richard, y eso tendría

que bastar como lazo entre ellos. No todas las personas pueden ser amantes entre sí y ellos no fueron tan ingenuos como para forzarlo después del fracaso rotundo en la cama que Louis compartiría el resto del verano sólo con Richard, en las noches en que Richard no estaba con Clarissa.

Cuántas veces desde entonces se ha preguntado qué habría pasado si ella hubiera intentado seguir con él; si hubiera respondido al beso de Richard en la esquina de Bleeker y MacDougal, si se hubiera ido con él a alguna parte (¿a dónde?), si nunca hubiera comprado el paquete de incienso o el saco de alpaca con los botones en forma de rosa. ¿Acaso no es posible que hubieran descubierto algo... más grande y más extraño que lo que tienen? Es imposible no imaginar ese otro futuro, ese futuro rechazado, en Italia o en Francia, en medio de enormes habitaciones soleadas y jardines; lleno de infidelidades y de grandes batallas; como un vasto y perdurable romance tendido sobre una amistad tan punzante y profunda que los acompañaría a la tumba y quizás más allá. Hubiera podido, piensa, entrar a otro mundo. Hubiera podido tener una vida tan potente y peligrosa como la literatura misma.

Aunque por otra parte tal vez no, se dice Clarissa. Así es como yo era. Así es como yo soy: una mujer decente, con un buen apartamento, con un matrimonio estable y afectuoso, que ofrece una fiesta. Si uno se aventura demasiado lejos por cuenta del amor, se dice, renuncia a la ciudadanía del país que uno se ha fabricado para uno mismo. Acaba navegando de puerto en puerto.

Y sin embargo persiste la sensación de la oportunidad perdida. Quizás no hay nada, nunca, equiparable al recuerdo de haber sido jóvenes juntos. Quizás es tan sencillo como eso. Richard fue la persona que Clarissa amó en su momento más optimista. Richard había estado de pie a su lado junto al lago en el ocaso, con jeans cortados y sandalias de caucho. Richard la había llama-

do señora Dalloway y se habían besado. Su boca se había abierto en la de ella; su lengua (excitante y absolutamente conocida; nunca la olvidaría) había buscado tímidamente el camino hasta que ella había salido a su encuentro con la suya. Se habían besado y habían caminado juntos alrededor del lago. Dentro de una hora cenarían y beberían grandes cantidades de vino. La copia de Clarissa de *The Golden Notebook* yacía en la mesita de noche blanca y descascarada de la habitación del ático donde todavía dormía sola; donde Richard todavía no había empezado a pasar una noche sí y otra no.

Había sido como el comienzo de la felicidad y Clarissa aún a veces siente el impacto, más de treinta años después, de darse cuenta de que *era* la felicidad; de que toda la experiencia residía en un beso y en una caminata, en la anticipación de la cena y de un libro. La cena ya fue olvidada; Lessing fue opacada por otros escritores hace mucho tiempo; e incluso el sexo, cuando ella y Richard llegaron a ese punto, resultó ardiente pero raro, insatisfactorio, más gentil que apasionado. Lo que sigue intacto en la mente de Clarissa más de tres décadas después es un beso al ocaso en un parche de pasto seco y una caminata alrededor del lago mientras los mosquitos zumbaban en el aire que se oscurecía. Esa perfección singular sigue estando ahí, y es perfecta en parte porque en ese momento claramente parecía prometer mucho más. Ahora lo sabe: ése fue el momento, justo entonces. No hubo otro.

La señora Brown

La torta no es todo lo que ella había esperado que fuese. Trata de no preocuparse por eso. Sólo es una torta, se dice. Sólo es una torta. Ella y Richie le pusieron la cubierta y ella, culposamente, se inventó algo para que él hiciera mientras ella exprime rosas amarillas de una boquilla de repostería y escribe "Feliz cumpleaños Dan" con glaseado blanco. No quiere el desorden que su hijo haría. Sin embargo, no ha resultado como ella se la había imaginado; no, no está ni cerca. No hay nada malo con la torta, pero ella se había imaginado algo más. Se la había imaginado más grande, más llamativa. Había querido (lo admite) que se viera más exuberante y hermosa, más maravillosa. Esta torta que ella hizo se siente pequeña, no sólo en el sentido físico sino como entidad. Se ve poco profesional; como hecha a mano. Está bien, se dice a sí misma. Es una buena torta, a todo el mundo le va a gustar. Sus torpezas (el reguero de boronas en la cubierta, la *n* aplastada en Dan porque se acercó demasiado a una rosa) son parte de su encanto. Lava los platos. Piensa en el resto del día. Tenderá las camas y aspirará la alfombra. Envolverá los regalos que le compró a su marido: una corbata y una camisa, ambas más costosas y elegantes que las que él se compra a sí mismo; un cepillo de cerdas de jabalí; un estuchito de cuero grueso que contiene cortauñas, una lima y pinzas para que se lleve consigo cuando viaje para la agencia, como debe hacerlo de vez en cuando. Se sentirá feliz con todos estos regalos, o aparentará estarlo; silbará y dirá "Pero mira esto" cuando destape la camisa y la corbata. La besará con entusiasmo a cada regalo y le dirá que es demasiado, que no ha debido, que él no merece cosas tan finas. Ella se pregunta por qué cualquier cosa que ella le dé, cualquier

cosa que pueda darle, provoca esencialmente la misma reacción. ¿Cómo es que no desea nada además de lo que ya tiene? Sus ambiciones y sus satisfacciones, su amor por su trabajo y por su hogar son insondables. Se recuerda a sí misma que esto es una virtud. Es parte de su encanto (ella nunca usaría ese término en su presencia, pero en privado piensa en él con esa palabra, encantador, un hombre encantador, porque lo ha visto en sus momentos más íntimos gimoteando durante el sueño, sentado en la bañera con el sexo encogido como una colilla, flotando, tan inocente que le rompe a uno el corazón). Es bueno, se recuerda a sí misma; es encantador que lo efímero no logre conmover a su esposo; que su felicidad sólo dependa de esa realidad que es ella, aquí en esta casa, viviendo su vida, pensando en él.

Su torta es un fracaso, pero ella, al fin y al cabo, es una mujer amada. La ama, piensa, más o menos de la misma forma como agradecerá los regalos: porque le fueron dados con buenas intenciones, porque existen, porque forman parte de un mundo en el que uno desea lo que uno recibe.

¿Y entonces qué es lo que ella quiere? ¿Acaso preferiría que rechacen sus regalos, que se burlen de su torta? Claro que no. Quiere ser amada. Quiere ser una madre eficiente que le lee con serenidad a su hijo; quiere ser una esposa que pone la mesa a la perfección. No quiere, de ninguna manera, ser la mujer extraña, la criatura patética, llena de caprichos y de rabias, solitaria, enfurruñada, tolerada pero no amada.

Virginia Woolf se metió una piedra en el bolsillo de su abrigo, caminó hacia el río y se ahogó.

Laura no se va a dejar llevar por la morbosidad. Tenderá las camas, aspirará, preparará la cena de cumpleaños. No se preocupará, por nada.

Alguien golpea en la puerta de atrás. Laura está lavando los últimos platos y ve la silueta pálida de Kitty a través de la diáfana

cortina blanca. Allí está el halo anublado de su cabello castaño claro, el borrón limpio y rosado de su rostro. Laura siente una punzada de agitación y de algo más fuerte que la excitación, algo que se parece al pánico. Está a punto de recibir una visita de Kitty. Prácticamente no se ha cepillado el pelo, todavía tiene puesta la bata. Se parece demasiado a la mujer de las lamentaciones. Quiere volar a la puerta y quiere quedarse aquí, en el lavaplatos, hasta que Kitty desista y se vaya. Y quizás eso es lo que hubiera hecho, quedarse allí inmóvil, sin respirar (¿Kitty puede ver hacia adentro? ¿Se daría cuenta?), si no fuera por Richard, testigo de todo, quien ahora entra corriendo a la cocina con un camión rojo de plástico en una mano y gritando con una mezcla de deleite y alarma que hay alguien en la puerta.

Laura se seca las manos en un limpión cubierto de gallos rojos y abre la puerta. Sólo es Kitty, se dice. Sólo es su amiga que vive a dos casas y esto obviamente es lo que la gente hace. Pasan a saludar y son recibidos; la bata y el pelo no importan. La torta no importa.

—Hola, Kitty —dice.

—¿Interrumpo? —pregunta Kitty.

—Claro que no. Pasa.

Kitty pasa, y trae consigo un aura de limpieza y una filosofía doméstica; todo un vocabulario de movimientos ávidos y nerviosos. Es una mujer atractiva, robusta, abundante de carnes y de cabeza grande, varios años más joven que Laura (de pronto parece que todo el mundo es por lo menos un poco más joven que ella). Los rasgos de Kitty, sus ojos pequeños y su nariz delicada, se concentran en el centro de su cara redonda. En la escuela, era una de varias muchachas mandonas, agresivas y no demasiado bonitas a quienes la seguridad atlética y el dinero les conferían tanto poder que ocupaban su lugar sin inmutarse y esperaban que la noción local de lo deseable se modificara para incluirlas a

ellas. Kitty y sus amigas —estables, sólidas, de facciones firmes y espíritu amplio, capaces de profundas lealtades y de crueldades terribles— eran las reinas de los diversos festivales, las porristas, las estrellas de las obras de teatro.

—Necesito un favor —dice Kitty.

—Claro —dice Laura—. ¿Me puedes esperar un minuto?

—Ajá.

Kitty se sienta en la mesa de la cocina. Saluda con un hola amistoso y ligeramente despedidor al niño, que la mira con suspicacia, incluso con rabia (¿a qué vino?), desde un sitio relativamente seguro cerca de la estufa. Kitty, que no tiene hijos propios (la gente empieza a hacerse preguntas), no trata de seducir a los niños de los demás. Pueden acercarse a ella si así lo desean; ella no los va a buscar.

—Hay café —dice Laura—. ¿Quieres?

—Claro.

Le sirve una taza de café a Kitty y se sirve una para ella. Mira nerviosamente hacia la torta, deseando poder esconderla. Hay boronas atrapadas en la cubierta. La *n* de Dan está aplastada contra una rosa. Kitty sigue la dirección de los ojos de Laura y dice:

—Mira, hiciste una torta.

—Es el cumpleaños de Dan.

Kitty se levanta, se acerca y se queda de pie al lado de Laura. Está vestida con una blusa blanca de mangas cortas, *shorts* verdes de cuadros y sandalias de paja que crujen un poquito cuando camina.

—Ah, mira —dice.

—Uno de mis primeros ensayos —dice Laura—. Escribir con glaseado es más difícil de lo que parece.

Desea ser indiferente, festiva, encantadoramente despreocu-

pada. ¿Por qué puso las rosas primero cuando cualquier idiota sabría que había que empezar con el mensaje? Encuentra un cigarrillo. Ella es de esas personas que fuman y toman café por las mañanas, que están criando una familia, que son amigas de Kitty, a quien no le importa si su torta es menos que perfecta. Enciende su cigarrillo.

—Está simpática —dice Kitty y desinfla el yo temerario, de cigarrillo, de Laura. La torta está simpática, le dice Kitty, como el dibujo de un niño. Es dulce y conmovedora en su discrepancia genuinamente sentida, dolorosamente sincera, entre la ambición y el talento. Laura comprende: sólo hay dos opciones: o se es capaz o se es despreocupado. Uno puede producir una torta magistral con sus propias manos o encender un cigarrillo, declararse un caso perdido en proyectos de esa índole, servirse otra taza de café y ordenar una torta en la pastelería. Laura es un artesano que hizo un intento público y fracasó. Ha fabricado algo simpático, cuando lo que deseaba (es embarazoso, pero es cierto) era fabricar algo bello.

—¿Cuándo es el cumpleaños de Ray? —dice, porque tiene que decir algo.

—Septiembre —responde Kitty. Regresa a la mesa de la cocina. ¿Qué más se puede decir de la torta?

Laura la sigue con las tazas de café. Kitty necesita amigas (el encanto intenso, ligeramente atolondrado de su propio marido no funciona muy bien en el mundo real y está el asunto de la falta de hijos) y Laura es alguien a quien visitar, alguien a quien pedirle favores. Pero ambas saben cuán inexorablemente la habría rechazado Kitty en la secundaria si hubieran sido de la misma edad. En otra vida, no muy diferente de ésta, habrían sido enemigas, pero en esta vida, con sus sorpresas y perversidades cronológicas, Laura está casada con un muchacho célebre, un

héroe de guerra que se graduó con Kitty, y se ha unido a la aristocracia, como una princesa alemana casera y no muy joven que de pronto se hallara sentada en el trono al lado de un rey inglés.

Lo que la sorprende —ocasionalmente la horroriza— es el deleite que le produce la amistad de Kitty. Kitty es apreciada, así como el marido de Laura es encantador. Su valor, su quietud dorada, la sensación de momento memorable que trae consigo cuando entra a una habitación son como los de una estrella de cine. Tiene la singularidad de una estrella de cine, la belleza imperfecta y la idiosincrasia de una actriz famosa; como una estrella de cine, parece a la vez común y elevada, como una Olivia de Havilland o una Barbara Stanwyck. Es intensa, casi profundamente popular.

—¿Y cómo está Ray? —pregunta Laura mientras pone la taza frente a Kitty—. Hace rato que no lo veo.

El esposo de Kitty le permite a Laura corregir el desequilibrio entre ellas, ofrecerle a Kitty su compasión. Ray no es exactamente una vergüenza —no es un fracaso total— pero de alguna manera es la versión de Kitty, en palabras mayores, de la torta de Laura. Era el novio de Kitty en la secundaria. Jugaba de centro en el equipo de baloncesto y cuando se graduó se fue para la Universidad de Carolina del Sur, donde le fue bien pero no espectacularmente bien. Pasó siete meses como prisionero de guerra en Filipinas. Ahora es una especie de misterioso funcionario de la Empresa de Acueducto y Electricidad y a los treinta ya está empezando a demostrar que los muchachos heroicos se metamorfosean, en un grado infinitesimal y sin razón aparente, en unos pesados de edad madura. Ray tiene el pelo cortado al rape, es confiable y miope; está lleno de líquidos. Suda copiosamente. Se le forman burbujitas de babas transparentes en las comisuras de la boca cuando habla durante largo rato. Laura se imagina (es imposible no hacerlo) que cuando hacen el amor debe arrojar ríos, en compara-

ción con el burbujeo modesto de su propio esposo. ¿Entonces por qué no han podido tener hijos?

—Está bien —dice Kitty—. Es Ray. Está igual.

—Lo mismo Dan —dice Laura dulcemente con simpatía—. Qué cosa con estos hombres, ¿no?

Piensa en los regalos que le compró a su esposo; los regalos que apreciará e incluso guardará con afecto pero que de ninguna manera quiere. ¿Por qué se casó con él? Se casó con él por amor. Se casó con él porque se sentía culpable; porque tenía miedo de estar sola; por patriotismo. Simplemente era demasiado bueno, demasiado gentil, demasiado intenso, olía demasiado bien para no casarse con él. Había sufrido demasiado. La quería a ella.

Se toca la barriga.

—Dímelo a mí —dice Kitty.

—¿No te preguntas a veces qué los conmueve? Quiero decir, Dan es como una tractomula. Nada lo saca de quicio.

Kitty encoge los hombros teatralmente, voltea los ojos. En este momento ella y Laura podrían ser estudiantes de secundaria, mejores amigas, quejándose de unos muchachos que pronto serán reemplazados por otros. Laura quisiera hacerle una pregunta a Kitty, una que no sabe muy bien cómo formular. La pregunta tiene que ver con los subterfugios y, menos claramente, con la genialidad. Quisiera saber si Kitty se siente rara, si se siente poderosa y desequilibrada como dicen que son los artistas, llena de ideas, llena de rabia, comprometida por encima de todo con la creación de... ¿de qué? De esto. Esta cocina, esta torta de cumpleaños, esta conversación. Este mundo redivivo.

—En serio, tenemos que reunirnos. Hace tiempos que no lo hacemos —dice Laura.

—Qué buen café —dice Kitty sorbiendo—. ¿Qué marca es ésta?

—No sé. No, claro que sí sé. Folgers. ¿Qué marca usas tú?

—Maxwell House. También es bueno.

—Sí.

—Y sin embargo, estoy pensando en cambiar. Pero en realidad no sé por qué.

—Pues este es Folgers.

—Sí. Es bueno.

Kitty mira su taza de café con una concentración elaboradamente falsa, tonta. Por un instante parece una mujer simple, común y corriente, sentada a la mesa de la cocina. Su magia se evapora; se puede ver cómo será a los cincuenta: gorda, hombruna, correosa, burlona e irónica cuando habla de su matrimonio, una de esas mujeres de las cuales la gente dice: *Solía ser muy bonita, sabes*. El mundo ya está empezando a dejarla atrás, sutilmente. Laura aplasta su cigarrillo, piensa en encender otro, resuelve no hacerlo. Prepara buen café despreocupadamente; cuida bien de su esposo y de su hijo; vive en esta casa en la que nadie desea, nadie debe, nadie sufre. Está embarazada. ¿Qué importa si no es fascinante, si no es un parangón de eficiencia doméstica?

—¿Y? —le dice a Kitty. Se sorprende con el poder que hay en su voz; con la insinuación del acero.

—Pues... —dice Kitty.

—¿Qué pasa? ¿Hay algún problema?

Kitty permanece inmóvil por un instante, sin mirar a Laura pero sin alejar la vista de ella. Se recoge. Se sienta como uno se sentiría entre extraños en un tren.

—Tengo que quedarme en el hospital un par de días —dice.

—¿Por qué?

—No lo saben exactamente. Tengo una especie de tumor.

—Dios mío.

—Es un tumor en, tú sabes. Ahí adentro.

—¿Perdón?

—El útero. Van a abrirme para mirar.

—¿Cuándo?

—Esta tarde. El doctor Rich dice que entre más pronto mejor. Necesito que alimentes el perro.

—Por supuesto. ¿Qué dijo el doctor exactamente?

—Sólo que hay algo ahí y que tienen que descubrir de qué se trata. Lo más probable es que ése haya sido el problema. Para quedar embarazada.

—Pues entonces que se deshagan de él.

—Él dice que tienen que ver. Dice que no tiene sentido preocuparse, ni un poquito, pero que tienen que ver.

Laura observa a Kitty, que no se mueve ni habla, que no llora.

—Todo va a estar bien —dice Laura.

—Sí. Es lo más probable. Yo no estoy preocupada. ¿Qué sentido tendría preocuparse?

La ternura y la tristeza invaden a Laura. He aquí a Kitty la poderosa, Kitty la Reina de Mayo, enferma y asustada. He aquí el bonito reloj de pulsera de Kitty; he aquí el veloz desenlace de su vida. Laura, como casi todo el mundo, supuso siempre que el problema era Ray —Ray y su oscuro trabajo en una oficina municipal; sus burbujas de babas; sus corbatines; su whisky. Hasta este momento, Kitty le parecía una figura con una dignidad resplandeciente y trágica: una mujer al pie de su hombre. Tantos de estos hombres no son todo lo que fueron (nadie quiere hablar de ello); tantas de estas mujeres conviven sin quejarse con los caprichos y los silencios, las depresiones, la bebida. Kitty parecía simplemente heroica.

Sin embargo ahora resulta que después de todo la que tiene problemas es Kitty. Laura sabe, o cree que sabe, que de hecho sí hay razones para preocuparse. Se da cuenta de que el infortunio ha caído sobre Kitty y Ray, sobre su casita hecha a la medida, y ya ha empezado a consumirlos. Ahora resulta que es posible que Kitty no se convierta en esa cincuentona robusta y correosa.

—Ven aquí —dice Laura como se lo diría su hijo y, como si se tratara de su hijo, no espera a que Kitty la obedezca sino que se acerca a ella. Toma a Kitty por los hombros y, después de un momento en el que no sabe qué hacer, se agacha hasta quedar prácticamente de rodillas. Es consciente de su tamaño, de lo alta que resulta al lado de Kitty. La abraza.

Kitty vacila y después se deja abrazar. Se rinde. No llora. Laura puede sentirla abandonándose; puede sentir a Kitty entregándose. Así es como se siente un hombre cuando abraza a una mujer, piensa.

Kitty desliza los brazos alrededor de la cintura de Laura. El sentimiento la inunda. Aquí, entre sus brazos, están el temor y el coraje de Kitty, la enfermedad de Kitty. Aquí están sus pechos. Aquí está el corazón fuerte y práctico que late debajo; aquí están las luces acuosas de su ser —luces intensamente rosa, luces doradas rojizas, titilantes, vacilantes; luces que se reúnen y se dispersan—; aquí están las profundidades de Kitty, el corazón debajo del corazón; la esencia intocable con la cual sueña un hombre (¡Ray, precisamente!), que anhela, que busca con tanta desesperación durante la noche. Aquí está, en plena luz del día, en los brazos de Laura. Sin que ésa sea verdaderamente su intención, sin decidirlo, besa a Kitty largamente en lo alto de la frente. Está llena del perfume de Kitty y de la esencia fresca, limpia, del cabello castaño rubio de Kitty.

—Estoy bien —susurra Kitty—. De verdad.

—Lo sé —responde Laura.

—Lo único que me preocupa es Ray. La verdad es que no lo maneja muy bien; no puede con algo así.

—Olvídate de Ray por un minuto —dice Laura—. Sólo olvídate de él.

Kitty asiente apoyada contra los pechos de Laura. Parece como si el interrogante hubiera sido formulado en silencio y

respondido en silencio. Ambas han padecido y han sido bendecidas, ambas están llenas de secretos compartidos, ambas luchan por cada momento. Cada una de ellas suplanta a alguien más. Están cansadas y sitiadas; la suya es una labor agobiante.

Kitty levanta la cara y sus labios se tocan. Ambas saben lo que están haciendo. Dejan reposar sus bocas, la una en la otra. Sus labios se tocan pero no es del todo un beso.

Es Kitty la que se separa.

—Qué dulce eres —dice.

Laura libera a Kitty. Da un paso atrás. Ha ido demasiado lejos, ambas han ido demasiado lejos, pero es Kitty la que se aleja primero. Es Kitty, cuyos terrores la impulsaron por un instante, hicieron que ella actuara extraña y desesperadamente. Laura es la depredadora de ojos oscuros. Laura es la rara, la extranjera, la que no es confiable. Laura y Kitty coinciden, silenciosamente, en la verdad de esto.

Laura mira a Richie. Él sigue con el camión rojo en la mano. Sigue observando.

—Por favor no te preocupes — le dice Laura a Kitty—. Vas a estar bien.

Kitty se levanta graciosamente, sin apuro.

—Conoces la rutina, ¿verdad? Sólo tienes que darle media lata por la tarde y revisar el agua de tanto en tanto. Ray puede alimentarlo por la mañana.

—¿Ray te va a llevar al hospital?

—Ajá.

—No te preocupes. Yo me encargo de todo por aquí.

—Gracias.

Kitty mira brevemente a su alrededor con expresión de cansada aprobación, como si de pronto hubiera decidido, aunque sabe que no debería, comprar esta casa después de todo y ver qué puede hacer para arreglarla.

—Adiós —dice.

—Te llamo mañana al hospital.

—Bueno.

Con una sonrisa renuente, una pequeña compresión de los labios, Kitty se da la vuelta y se marcha.

Laura enfrenta a su hijito, que la mira con nerviosismo, con suspicacia, con adoración. Ella se siente sobre todo cansada; quiere más que nada regresar a su cama y a su libro. De pronto siente que el mundo, este mundo, está aturdido y atrofiado, lejos de todo. Por el calor que cae parejo en las calles y las casas; por la cadena de tiendas conocidas localmente como el centro; por el supermercado y la droguería y la lavandería; el salón de belleza y la papelería y la tienda de baratijas; por la librería estucada de un solo piso, con sus periódicos en palos de madera y sus estantes de libros soñolientos.

...la vida; Londres; este momento de junio.

Laura acompaña a su hijo de vuelta a la sala y a su torre de bloques de madera coloreados. Lo deja instalado y regresa a la cocina y, sin dudarle un instante, levanta el plato de vidrio esmerilado con la torta y lo voltea en la caneca de la basura. Aterrizza con un ruido sorprendentemente sólido; una de las rosas amarillas queda untada en la pared curva de la caneca. Inmediatamente siente alivio, como si le hubieran quitado las cuerdas de acero que le oprimían el pecho. Según el reloj en la pared, apenas son las 10:30. Tiene tiempo de sobra para hacer otra torta. Esta vez evitará que las boronas caigan al glaseado. Esta vez trazará las letras con un palillo de dientes, para que queden centradas, y dejará las rosas para el final.

La señora Woolf

Está leyendo pruebas con Leonard y Ralph cuando Lottie anuncia que la señora Bell y los niños ya llegaron.

—No puede ser —dice Virginia—. Todavía no son las dos y treinta. Iban a venir a las cuatro.

—Están aquí, señora —dice Lottie con tono ligeramente pasmado—. La señora Bell se fue directamente a la sala.

Marjorie levanta la vista del paquete de libros que ha estado amarrando con cordel (ella, a diferencia de Ralph, envuelve paquetes y ordena los tipos obedientemente, cosa que es una bendición y una decepción). “¿Ya son las dos y treinta? Esperaba haber enviado los paquetes a esta hora”, dice. Virginia no se sobresalta, al menos no perceptiblemente, al oír la voz de Marjorie.

Leonard le dice a Virginia con tono severo:

—No puedo abandonar el trabajo. Apareceré a las cuatro como habíamos convenido y si Vanessa decide quedarse todo ese tiempo, entonces la veré.

—No te preocupes. Yo atenderé a Vanessa —dice Virginia, y cuando se levanta se da cuenta de su desaliñado vestido de entre casa, del lacio desorden de su cabello. Sólo es mi hermana, piensa, y sin embargo, después de todo este tiempo, después de todo lo que ha sucedido, quiere provocar en Vanessa una cierta admiración sorprendida. Todavía quiere que su hermana piense, “La tontarrona no se ve nada mal, ¿verdad?”

Virginia no se ve particularmente bien y no hay mucho que pueda hacer al respecto, pero a las cuatro al menos se hubiera arreglado el pelo y cambiado de vestido. Sigue a Lottie escaleras arriba y cuando pasa frente al espejo ovalado que cuelga en el vestíbulo siente por un instante la tentación de mirar su reflejo.

Pero no puede hacerlo. Endereza los hombros y entra a la sala. Vanessa será su espejo, como siempre lo ha sido. Vanessa es su barco, su franja de costa verde donde zumban las abejas en medio de las uvas.

Le da un sobrio beso en la boca a Vanessa.

—Querida —dice Virginia mientras toma los hombros de su hermana entre sus manos—, si te dijera lo encantada que estoy de verte ahora imagina lo feliz que me hubiera sentido de verte a la hora en la que te esperaba.

Vanessa se ríe. Vanessa tiene la cara firme y su piel es de un rosado brillante y limpio. Aunque es tres años mayor, parece más joven que Virginia y ambas lo saben. Virginia tiene la belleza austera y seca de un fresco del Giotto mientras que Vanessa parece más una figura esculpida en mármol rosa por un escultor talentoso pero menor del barroco tardío. Es una figura claramente terrenal e incluso decorativa, toda ondulados y arabescos, su rostro y su cuerpo volcados hacia el intento afectuoso y ligeramente sentimental de representar un estado de abundancia humana tan pródigo que se desborda hacia lo etéreo.

—Perdóname —dice Vanessa—. Terminamos lo que teníamos que hacer en Londres mucho antes de lo que había pensado y nuestra única otra opción era dar vueltas alrededor de Richmond hasta que fueran las cuatro.

—¿Dónde dejaste a los niños? —pregunta Virginia.

—Se fueron al jardín. Quentin se encontró un pájaro moribundo en la carretera y aparentemente creen que tiene que estar en el jardín.

—Su anciana tía Virginia no podría competir con eso. ¿Vamos a buscarlos?

Cuando salen de la casa, Vanessa toma la mano de Virginia como lo haría con uno de sus hijos. Resulta casi tan irritante como satisfactorio que Vanessa sea tan posesiva; tan segura de

que puede llegar hora y media antes de lo planeado. Hela aquí, pues; he aquí su mano. Si sólo Virginia hubiera tenido tiempo de hacer algo con su pelo.

—Mandé a Nelly a Londres por jengibre azucarado para el té —dice—. Y eso es lo que recibirás más o menos en una hora, junto con un traguito de la sangre del corazón de Nelly.

—Nelly tendrá que sobrellevarlo —dice Vanessa. Sí, piensa Virginia, ése es, justo ese tono de benevolencia severa y compungida: así es como uno le habla a los sirvientes y a las hermanas. Es un arte, eso como casi todo, y gran parte de la sabiduría de Vanessa reposa en esos gestos aparentemente fáciles. Uno llega temprano o tarde alegando con ligereza que no había nada que hacer. Uno ofrece su mano con aplomo maternal. Uno dice que Nelly tendrá que sobrellevarlo y al hacerlo perdona tanto al sirviente como a la señora.

En el jardín, los hijos de Vanessa están arrodillados en círculo en el pasto cerca de los rosales. Qué asombrosos resultan: tres seres vestidos de pies a cabeza salidos de la nada. Antes había dos jóvenes hermanas aferradas la una a la otra, pecho contra pecho, labios prestos, y un minuto después, o así parece, hay dos mujeres casadas de edad madura de pie en un modesto pedacito de césped ante un grupo de niños (de Vanessa, por supuesto; todos de Vanessa; ninguno es de Virginia y no habrá ninguno). He aquí al serio y apuesto Julian; he aquí al rubicundo Quentin con el pájaro (un petirrojo) en sus manos enrojecidas; he aquí a la pequeña Angelica, acurrucada un poco lejos de sus hermanos, asustada, fascinada por esta manotada de plumas grises. Años atrás, cuando Julian era un bebé, cuando Virginia y Vanessa pensaban en nombres para sus hijos y para personajes de novelas, Virginia había sugerido que Vanessa llamara a su futura hija Clarissa.

—Hola, criaturas —los llama Virginia.

—Encontramos un pájaro —anuncia Angelica—. Está enfermo.

—Eso oí —le responde Virginia.

—Esta vivo —le dice Quentin con seriedad académica—. Creo que quizás lo salvemos.

Vanessa le aprieta la mano a Virginia. Ay, piensa Virginia, la muerte, justo antes del té. ¿Qué, exactamente, se le dice a un niño, o a cualquiera?

—Podemos ponerlo cómodo —dice Vanessa—. Pero al pájaro le ha llegado la hora de morir y no podemos cambiar eso.

La costurera corta el hilo con precisión. Tanto así, niños, ni más ni menos. Vanessa no le hace daño a los niños pero tampoco les dice mentiras, ni siquiera en aras de la misericordia.

—Deberíamos arreglarle una caja —dice Quentin— y llevarlo adentro.

—No lo creo —responde Vanessa—. Es una criatura salvaje y querrá morir afuera.

—Tendremos un funeral —dice Angelica alegremente—. Yo puedo cantar.

—Aún vive —le dice Quentin con brusquedad.

Bendito seas, Quentin, piensa Virginia. Quizás seas tú quien un día me tome de la mano y me acompañe hasta que realmente llegue a mi último suspiro, mientras todos los demás ensayan en secreto los discursos que pronunciarán durante los servicios fúnebres.

—Deberíamos hacerle una cama de hierba —dice Julian—. Angie, ¿recoges un poco?

—Voy, Julian —dice Angelica. Y obedientemente se dedica a arrancar manotadas de hierba.

Julian; ay, Julian. ¿Puede haber acaso una prueba más contundente de la injusticia esencial de la naturaleza que Julian, el mayor de Vanessa, a los quince? Julian es franco y robusto, majestuoso; está dotado de una belleza equina, garbosamente muscular, tan

natural que sugiere que la belleza misma es una condición humana esencial y no una mutación del diseño general. Quentin (bendito sea), a pesar de su intelecto y su ironía, ya podría, a los trece años, ser un coronel corpulento y colorado de la Caballería Real, y Angelica, perfectamente formada, revela a los cinco una hermosura lechosa, nerviosamente fraguada, que casi con certeza no durará más allá de su juventud. Sin necesidad de hacer esfuerzo alguno, Julian, el primogénito, es claramente el héroe de la historia de esta familia, el depositario de sus más grandiosas esperanzas; ¿cómo culpar a Vanessa por favorecerlo?

—¿Quizás deberíamos cortar algunas rosas? —le pregunta Virginia a Angelica.

—Sí —responde Angelica, que sigue ocupada con el pasto—. Las amarillas.

Antes de acompañar a Angelica al jardín de rosas, Virginia se detiene un momento, aún tomada de la mano de Vanessa, y observa a sus hijos como si fueran un pozo en el cual ella podría o no hundirse. Éste es el verdadero logro, piensa Virginia; esto vivirá después de que los experimentos literarios de oropel hayan sido empacados y guardados, junto con las fotografías viejas y los vestidos elegantes y los platos de porcelana en los cuales la abuela pintaba sus paisajes nostálgicos, inventados.

Suelta su mano y se dirige al jardín, donde se arrodilla al lado de Angelica y le ayuda a hacer un lecho en el cual el petirrojo pueda morir. Quentin y Julian se acercan, pero Angelica es ostentosamente el miembro más entusiasta del grupo que organiza el funeral y son sus gustos en decoración y en decoro los que deben prevalecer. De alguna manera la viuda en este caso es Angelica.

—Así está bien —dice Virginia mientras ella y Angelica hacen un montoncito ondulante con el pasto—. Ella debería estar cómoda así.

—¿Es una ella? —pregunta Angelica.

—Sí. Las hembras son más grandes y un poquito menos vistosas.

—¿Tiene huevos?

Virginia duda.

—No lo sé —dice—. En realidad no hay manera de saberlo, ¿o sí?

—Cuando haya muerto, voy a buscar sus huevos.

—Si quieres. Quizás haya un nido en alguna parte entre los aleros.

—Y cuando los encuentre los voy a empollar —dice Angelica. Quentin se ríe.

—¿Y te vas a sentar sobre ellos? —le dice.

—No, tonto. Voy a empollarlos.

—Ah —dice Quentin y Virginia sabe sin mirarlos que él y Julian se están riendo en silencio de Angelica y quizás, por extensión, de ella. Incluso ahora, en esta época tardía, los machos siguen tomando la muerte entre sus manos eficaces y riéndose afectuosamente de las hembras que disponen lechos mortuorios y hablan de resucitar a los petirrojos de vida incipiente abandonados en el paisaje por medio de la magia o de la pura fuerza de voluntad.

—Muy bien —dice Virginia—. Estamos listos para tenderlo.

—No —dice Angelica—. Faltan las rosas.

—Cierto —responde Virginia. Casi exige que primero se tienda el pájaro y las rosas se ordenen alrededor de su cuerpo. Obviamente así es como debería hacerse. Lo haría, piensa: discutir con una niña de cinco años sobre cosas de esa índole. Lo haría, si Vanessa y los niños no estuvieran mirando.

Angelica toma una de las rosas amarillas que cortaron y la coloca cuidadosamente en el borde del montículo de pasto. Pone

otra y otra hasta que forma un círculo desigual de capullos de rosa, tallos espinosos y hojas.

—Quedó bonito —dice, y sorprendentemente es así. Virginia mira con un placer que no había anticipado este modesto círculo de espinas y flores; este salvaje lecho mortuario. A ella le gustaría yacer allí.

—¿La tendemos aquí? —le dice con dulzura a Angelica. Virginia se inclina hacia Angelica como si compartieran un secreto. Hay una fuerza que fluye entre ellas, una complicidad que no es ni maternal ni erótica pero que contiene elementos de ambas. Hay aquí un entendimiento. Una especie de entendimiento demasiado grande para el lenguaje. Virginia puede sentirlo, con la misma certeza con la que siente la temperatura exterior en la piel, pero cuando escruta profundamente el rostro de Angelica puede ver en sus ojos brillantes y desenfocados que ya se está impacientando con el juego. Ya terminó su lecho de pasto y rosas; ahora quiere salir del pájaro lo más rápidamente posible e ir a buscar el nido.

—Sí —dice Angelica. Tiene cinco años y ya es capaz de fingir un entusiasmo solemne por la tarea que está a punto de emprender cuando lo que verdaderamente quiere es que todos admiren su obra y la dejen en libertad. Quentin se arrodilla con el pájaro y suavemente, con una suavidad inconmensurable, lo coloca en el pasto. Ay, si los hombres fueron los brutos y las mujeres, los ángeles... si fuera tan simple como eso. Virginia piensa en Leonard mirando las pruebas con el ceño fruncido, empeñado en depurar no sólo los errores de composición sino cualquier asomo de mediocridad implícito en los errores. Piensa en Julian el verano pasado, remando por el Ouse con las mangas enrolladas más arriba de los codos, y en cómo fue evidente que ese día, en ese momento, se convirtió en un hombre y dejó de ser un niño.

Cuando Quentin retira las manos, Virginia se da cuenta de que el pájaro yace compacto sobre el pasto, con las alas dobladas contra el cuerpo. Sabe que ya murió, en las manos de Quentin. Parece haber querido convertirse en el bulto más pequeño posible. Su ojo, una cuenta negra y perfecta, está abierto y los pies grises, más grandes de lo que uno supondría, están enrollados sobre sí mismos.

Vanessa se acerca por detrás de Virginia.

—Ya, dejémosla, todos —dice—. Hicimos lo que pudimos.

Angelica y Quentin se dispersan de buena gana. Angelica empieza a caminar alrededor de la casa, buscando en los aleros. Quentin se limpia las manos en el jersey y entra a la casa a lavarse. (¿Acaso cree que el pájaro le ha dejado un residuo de muerte en las manos? ¿Acaso cree que un buen jabón inglés y una de las toallas de la tía Virginia lo lavarán?). Julian se queda con Vanessa y Virginia y sigue cuidando el cuerpito.

—Angie estaba tan emocionada con lo del nido que se le olvidó cantar su himno —dijo.

—¿Nos van a negar el té por haber llegado tan temprano? —pregunta Vanessa.

—No —responde Virginia—. Estoy perfectamente equipada para preparar el té sin ayuda de Nelly.

—Vamos, pues —dice Vanessa, y ella y Julian regresan a la casa, mientras Julian desliza su mano en el interior del codo de su madre. Antes de seguirlos, Virginia prolonga por un momento su permanencia al lado del pájaro muerto y su círculo de rosas. Podría ser una especie de sombrero. Podría ser el eslabón perdido entre los sombreros de señora y la muerte.

Quisiera yacer en su lugar. No puede negarlo, eso es lo que quisiera. Vanessa y Julian pueden dedicarse a lo suyo, al té y a los viajes, mientras ella, Virginia, una Virginia del tamaño de un pájaro, se permite la metamorfosis de una mujer difícil y

angulosa a un adorno en un sombrero; una cosa tonta e indiferente.

Después de todo, piensa, Clarissa no es la novia de la muerte. Clarissa es el lecho en el cual yace la novia.

La señora Dalloway

Clarissa pone una docena de rosas amarillas en un florero. Lo lleva a la sala, lo coloca sobre la mesa de café, retrocede un paso y lo mueve varios centímetros a la izquierda. Le va a ofrecer a Richard la mejor fiesta posible. Intentará crear algo temporal, incluso trivial, pero perfecto a su manera. Se encargará de que las personas a su alrededor lo respeten y lo admiren genuinamente (¿Por qué invitó a Walter Hardy? ¿Cómo pudo haber sido tan pusilánime?); se cerciorará de que no se canse demasiado. Ése será su tributo, su regalo. ¿Qué más puede ofrecerle?

Va de regreso a la cocina cuando suena el intercomunicador. ¿Quién podrá ser? Un pedido que olvidó, probablemente, o el encargado de la comida que vino a dejar algo. Presiona el botón y habla.

—¿Quién es? —pregunta.

—Louis. Es Louis.

—¿Louis? ¿De verdad?

Clarissa lo deja pasar. Claro que es Louis. Nadie más, sobre todo si es de Nueva York, timbraría a la puerta sin llamar primero. Nadie hace eso. Abre la puerta y sale al corredor con una anticipación enorme, casi vertiginosa, una sensación tan fuerte y tan peculiar, tan desconocida en cualquier otra circunstancia, que decidió darle el nombre de Louis. Es la sensación Louis, atravesada de devoción y culpa, de atracción, de un poco de miedo escénico y de una esperanza pura y sin mancha, como si cada vez que Louis apareciera existiera la posibilidad de que por fin trajese consigo una noticia tan maravillosa que resultara imposible predecir sus consecuencias o incluso su naturaleza exacta.

Un momento después, doblando la esquina en el corredor,

aparece Louis. Han pasado, qué, más de cinco años pero él está exactamente igual: la misma cerda eléctrica de pelo blanco, la misma forma de caminar ávida y graciosa, las mismas ropas descuidadas que de alguna manera se ven bien; su antigua belleza, su talante leonino y corpulento que se desvaneció de forma sorprendentemente súbita hace casi dos décadas y emergió este Louis —de pelo blanco, vigoroso, lleno de emociones simples y furtivas—, un hombrecito inconspicuo que salta de la torreta de un tanque y anuncia que fue él, no la máquina, el que arrasó con el pueblo. Y resulta que Louis, el antiguo objeto del deseo, siempre ha sido esto: un profesor de teatro, una persona inocua.

—Qué tal —dice.

Él y Clarissa se abrazan. Cuando ella se aparta se da cuenta de que los grises ojos miopes de Louis están húmedos. Siempre ha sido de lágrima fácil. Clarissa, la más sentimental, la más indignada, prácticamente nunca llora, aunque con frecuencia quiere hacerlo.

—¿Cuándo llegaste? —le pregunta ella.

—Anteayer. Salí a caminar y me di cuenta de que estaba en tu calle.

—Estoy tan feliz de verte.

—Yo también estoy feliz de verte —dice Louis, y sus ojos se llenan de lágrimas de nuevo.

—Tu sentido de la oportunidad es increíble. Esta noche hay una fiesta para Richard.

—¿De verdad? ¿Y qué se celebra?

—Le van a dar el Carrouthers. ¿No lo sabías?

—¿El qué?

—Es un premio para poetas. Es una cosa importante. Me sorprende que no hayas oído nada.

—Pues, felicitaciones para Richard.

—Espero que vengas. A él le encantaría verte.

—¿Tú crees?

—Claro que sí. ¿Qué hacemos aquí parados en el corredor? Entra.

Se ve más vieja, piensa Louis mientras entra tras Clarissa al apartamento (ocho pasos, vuelta, tres pasos más). Se ve más vieja, piensa Louis sorprendido. Finalmente está sucediendo. Qué asombrosas, las conexiones de este recorrido genético, la forma como un cuerpo funciona sin alteraciones esenciales década tras década y en unos pocos años capitula a la edad. Louis se sorprende de lo triste que se siente, de lo insatisfecho, ante la desaparición relativamente abrupta de la juventud absurdamente prolongada de Clarissa. ¿Cuánto tiempo fantaseó al respecto? Es su venganza, la única forma de que el marcador quede empatado. Todos esos años con Richard, todo ese amor y ese esfuerzo para que Richard pase los últimos años de su vida escribiendo sobre una mujer que vive en una casa en West Tenth Street. Richard produce una novela que medita exhaustivamente sobre una mujer (¡hay un capítulo de más de cincuenta páginas sobre la escogencia de un esmalte de uñas que finalmente decide no comprar!) y el viejo Louis W. queda relegado al coro. Louis W. tiene una escena, una relativamente corta, en la que se queja de la escasez de amor en el mundo. Eso fue lo que quedó; ésa fue su recompensa después de más de doce años; después de vivir con Richard en seis apartamentos diferentes, de abrazarlo, de tirar con él hasta caer exánime; después de miles de comidas compartidas; después del viaje a Italia y de esa hora bajo el árbol. Después de todo, Louis aparece, y así será recordado, como un pobre hombre que se queja del amor.

—¿Dónde te estás quedando? —pregunta Clarissa.

—Con James en el hotel de cucarachas.

—¿Sigue ahí?

—Parte de su *comida* sigue ahí. Vi una caja de *farfalle* que re-

cuerto haber recogido en la tienda hace cinco años. Él trató de negar que fuera la misma caja, pero tiene un golpe en una esquina que recuerdo perfectamente.

Louis se toca la nariz con la punta del dedo (lado izquierdo, lado derecho). Clarissa se voltea hasta quedar frente a él. "Mírate", dice, y se abrazan de nuevo. Permanecen abrazados casi un minuto (los labios de él rozan el hombro izquierdo de ella y él cambia de lado para que sus labios también rocen su hombro derecho). Clarissa es la que se desprende.

—¿Quieres tomar algo? —pregunta.

—No. Sí. ¿Un vaso de agua?

Clarissa se dirige a la cocina. Qué impenetrable sigue siendo, qué exasperantemente bien portada. Clarissa ha permanecido aquí todo el tiempo, piensa Louis. Ha estado aquí, en estas habitaciones, con su novia (o compañera, o como quiera que se llamen), y va al trabajo y vuelve a casa de nuevo. Vive un día y después otro y va a teatro y a fiestas.

Qué poco amor hay en el mundo, piensa.

Louis camina cuatro pasos hacia la sala. Helo aquí de nuevo en esta habitación grande y fresca con el jardín, el gran sofá y las alfombras finas. Le echa la culpa del apartamento a Sally. Es la influencia de Sally, el gusto de Sally. Sally y Clarissa viven en una réplica perfecta de un apartamento de clase alta del West Village, donde no es difícil imaginar a un asistente dando zancadas de aquí para allá con una tablilla y un pisapapeles: sillones franceses de cuero, ya; mesa Stickle, ya; paredes de color lino con grabados de plantas, ya; estantes salpicados de tesoritos adquiridos en el exterior, ya. Hasta las excentricidades —el marco de espejo cubierto de conchas marinas, comprado en el mercado de las pulgas, y el viejo baúl suramericano cubierto de sirenas de mirada lasciva— parecen calculadas, como si al apreciar el conjunto

el director de arte hubiese exclamado: “Le falta convicción; necesitamos más cosas que nos digan quién es esta gente realmente”.

Clarissa regresa con dos vasos de agua (con gas, hielo y limón) y al verla Louis huele el aire —pino y pasto, agua ligeramente salobre— de Wellfleet hace más de treinta años. Su corazón se acelera. Está más vieja pero —para qué negarlo— conserva su encanto riguroso; ese atractivo aristocrático, ligeramente masculino. Sigue delgada. Aún exuda, de alguna manera, un aire de romance frustrado y, al verla ahora, a los cincuenta y pico, en esta habitación próspera y en penumbra, Louis piensa en fotografías de soldados jóvenes, muchachos de facciones firmes serenamente enfundados en sus uniformes; muchachos que murieron antes de los veinte y que perviven, como personificación de las promesas desperdiciadas, en los álbumes de fotografías o en las mesas auxiliares, hermosos y confiados, imperturbables a pesar de su muerte, como los vivos que sobreviven a los trabajos y a los recados, a las vacaciones decepcionantes. En este momento Clarissa le recuerda a un soldado. Ella parece estar observando el mundo que envejece desde un reino en el pasado; parece tan triste e inocente e invencible como los muertos en las fotografías.

Le da a Louis uno de los vasos de agua. “Te ves bien”, dice. La cara de hombre maduro de Louis siempre parece incipiente en su rostro más joven: la nariz picuda y los ojos pálidos y asombrados; las cejas hirsutas; el cuello poderosamente surcado de venas bajo una mandíbula ancha y huesuda. Tenía que haber sido un granjero, fuerte como la mala hierba, estragado por el clima, y la edad ha logrado en cincuenta años lo que arar y cosechar hubieran hecho en la mitad del tiempo.

—Gracias —dice Louis.

—Parece que vinieras de muy lejos.

—Estuve muy lejos. Estoy contento de haber regresado.

—Cinco años —dice Clarissa—. No puedo creer que no hayas venido a Nueva York ni una sola vez.

Louis toma tres sorbos de agua. Vino varias veces a Nueva York en los últimos cinco años pero no llamó. Aunque nunca decidió específicamente no ver a Clarissa o a Richard, el hecho es que no llamó. Todo parecía más fácil así.

—He vuelto para quedarme —dice Louis—. Ya me cansé de enseñar: estoy demasiado viejo y soy demasiado ruin. Soy demasiado pobre. Estoy pensando en conseguir un trabajo honesto.

—¿En serio?

—No sé. No te preocupes. No es que esté pensando en volver a la universidad a hacer una maestría.

—Pensé que te ibas a enamorar de San Francisco. Pensé que nunca te íbamos a volver a ver.

—Todo el mundo espera que uno se enamore de San Francisco. Es deprimente.

—Richard es muy diferente de lo que solía ser, Louis.

—¿Es horrible?

—Sólo quiero que estés preparado.

—Has seguido a su lado todos estos años —dice Louis.

—Sí.

Es una mujer buena moza y ordinaria, resuelve Louis. Eso es exactamente lo que es, ni más ni menos. Clarissa se sienta en el sofá y, después de titubear un instante, Louis da cinco pasos y se sienta a su lado.

—Obviamente leí el libro —dice.

—¿Lo leíste? Qué bueno.

—¿No es raro?

—Sí. Lo es.

—Ni siquiera se molestó en cambiarte el nombre.

—Ésa no soy yo —dice ella—. Es una fantasía de Richard sobre una mujer que se me parece vagamente.

—Es un libro condenadamente raro.

—Eso piensa todo el mundo.

—Parece como si tuviera diez mil páginas. No pasa nada. Y después, pum. Ella se suicida.

—La madre de él.

—Lo sé. Y con todo y eso. Parece salir de la nada.

—Estás completamente de acuerdo con casi todos los críticos. Esperaron todo ese tiempo, ¿y para qué? En realidad son más de novecientas páginas de escarceos amorosos con una muerte súbita al final. La gente ha dicho que está bellamente escrita.

Louis desvía la mirada.

—Las rosas están hermosas —dice.

Clarissa se inclina hacia adelante y mueve el florero ligeramente a la izquierda. Dios mío, piensa Louis, es peor que un ama de casa; se ha convertido en su madre.

Clarissa se ríe.

—Mírame —dice—. Una vieja necia con su florero de rosas.

Siempre lo sorprende a uno así: sabe más de lo que uno piensa. Louis se pregunta si esas pequeñas demostraciones de autococimiento que condimentan la actuación sabia y acogedora de Clarissa son calculadas. A veces parece que leyera el pensamiento. Lo desarma a uno diciendo, básicamente, yo sé lo que estás pensando y estoy de acuerdo, soy ridícula, soy mucho menos de lo que hubiera podido ser y quisiera que no fuera así pero no puedo evitarlo. Uno se descubre pasando, contra su voluntad, de estar molesto con ella a consolarla y ayudarla a recuperar su papel para que pueda volver a sentirse cómoda y uno pueda seguir sintiéndose molesto.

—Así que Richard está muy enfermo —dice Louis.

—Sí. Físicamente ya no está en tan mala forma pero su mente divaga. Me temo que lo suyo estaba demasiado avanzado para que los inhibidores de proteasa le sirvieran como a otros.

—Debe de ser terrible.

—Sigue siendo él mismo. Quiero decir, esa calidad constante sigue ahí, esa especie de Richardidad... eso no ha cambiado nada.

—Eso es bueno. Eso ya es algo.

—¿Te acuerdas de la duna en Wellfleet? —pregunta ella.

—Claro.

—El otro día estaba pensando que cuando me muera quiero que esparzan mis cenizas allá.

—Eso suena horriblemente morboso —le dice Louis.

—Pero yo sí pienso en esas cosas. ¿Cómo podría evitarlo?

Clarissa creía entonces y sigue creyendo ahora que la duna de Wellfleet de alguna manera la acompañará para siempre. No importa lo que pase, siempre tendrá eso. Siempre será ella allí, de pie sobre una duna en el verano. Siempre habrá estado sobre esa duna, joven e indestructiblemente sana, ligeramente enguayabada, con un suéter de algodón de Richard y la mano de él envolviendo cómodamente su cuello mientras Louis permanece un poco alejado, mirando las olas.

—Estaba furioso contigo —le dice Louis—. Tanto que a veces me costaba trabajo mirarte.

—Lo sé.

—Traté de ser bueno. Traté de ser abierto y tolerante.

—Todos lo intentamos. Yo no estoy segura de que el organismo sea del todo capaz.

—Una vez manejé hasta allá —dice Louis—. Hasta la casa. Tal vez no te conté.

—No. No lo hiciste.

—Fue justo antes de irme para California. Estaba en una mesa redonda en Boston, una cosa horrible sobre el futuro del teatro con un camionado de dinosaurios pomposos que llevaron hasta allá para que los estudiantes de posgrado tuvieran algo de qué

burlarse y eso me dejó tan deprimido que arrendé un carro y fui hasta Wellfleet. No me costó ningún trabajo encontrarla.

—No quiero saber.

—Pero no, la casa sigue ahí y se ve prácticamente igual. La han remozado un poco. Pintura nueva, tú sabes, y alguien le añadió un antejardín que se ve un poco raro en el bosque, como un tapete de pared a pared. Pero sigue en pie.

—Cómo te parece —dice Clarissa.

Permanecen en silencio por un momento. De alguna manera es peor que la casa siga en pie. Es peor que el sol y después la noche y después el sol hayan entrado y salido de esas habitaciones todos los días, que la lluvia haya seguido cayendo en ese techo, que se pueda visitar todo otro vez.

—Debería ir un día de éstos —dice Clarissa—. Me gustaría pararme en esa duna.

—Si es allá donde crees que quieres que esparzan tus cenizas, pues sí, deberías ir y confirmarlo.

—Tienes razón. Es morboso. Es el verano el que me pone así. No tengo ni idea de dónde quiero que esparzan mis cenizas.

De pronto Clarissa quiere mostrarle toda su vida a Louis. Quiere regarlo todo en el piso a sus pies, todos esos momentos vívidos e inútiles que no se pueden convertir en historias. Quiere sentarse con Louis y escoger.

—Pues sí —dice—. Háblame más de San Francisco.

—Es una ciudad chiquita y bonita con restaurantes espléndidos en donde no pasa nada. Mis estudiantes son unos imbéciles casi todos. De verdad pienso regresar a Nueva York tan pronto pueda.

—Qué bueno. Sería bueno tenerte de vuelta.

Clarissa toca el hombro de Louis y parece que ambos piensan levantarse sin decir palabra, subir a la habitación y desves-

tirse juntos. Parece que piensan ir a la habitación y desvestirse, no como amantes sino como gladiadores que han sobrevivido al circo y descubren que sangran y están heridos pero milagrosamente vivos aunque todos los demás murieron. Sentirán un poco de escalofrío mientras se quitan el peto de la armadura y las canilleras. Se mirarán el uno al otro con ternura y respeto; se abrazarán suavemente mientras Nueva York ruge al otro de la ventana; mientras Richard permanece en su silla oyendo voces y Sally almuerza al norte de la ciudad con Oliver St. Ives.

Louis deja el vaso sobre la mesa, lo levanta, lo vuelve a dejar. Da tres golpecitos en la alfombra con el pie.

—Podría ser un poco complicado. Es que —le dice— estoy enamorado.

—¿De veras?

—Se llama Hunter. Hunter Craydon.

—Hunter Craydon. Qué bien.

—Fue mi estudiante el año pasado —dice Louis.

Clarissa se deja caer hacia atrás, suspira con impaciencia. Éste sería el cuarto, o por lo menos el cuarto de los que ella conoce. Le gustaría agarrar a Louis y decirle: “Tienes que envejecer con un poco más de gracia. No soporto ver cómo te crees la gran cosa sólo para ofrecérselo todo después a un muchachito sólo porque es joven y lindo”.

—Es el estudiante más talentoso que haya tenido nunca —dice Louis—. Sus piezas sobre su vida de niño blanco y homosexual en Suráfrica son sobresalientes. Tienen una fuerza increíble.

—Qué bueno —dice Clarissa y no se le ocurre qué más decir. Siente lástima por Louis y una profunda impaciencia, y sin embargo, piensa, él está enamorado. Está enamorado de un hombre joven. Tiene cincuenta y tres años y todas esas expectativas, el sexo y las peleas ridículas, la angustia.

—Es maravilloso —dice Louis. Para su sorpresa, empieza a llo-

rar. El llanto simplemente empieza, como un calor detrás de los ojos y la visión que se nubla. Estos espasmos de emoción lo invaden constantemente. Le suceden con una canción; a veces basta con un perro viejo. Pasan. Usualmente pasan. Esta vez, sin embargo, las lágrimas empiezan a salir casi antes de que se dé cuenta de que está sucediendo y por un instante una porción de su ser (la misma porción que cuenta pasos, que prueba las bebidas, que aplaude) se dice a sí mismo: está llorando, qué raro. Louis se inclina hacia adelante, se cubre la cara con las manos. Solloza.

La verdad es que no ama a Hunter y que Hunter no lo ama a él. Es una aventura; nada más que una aventura. Se le olvida pensar en él durante horas. Hunter tiene otros novios, un futuro por delante, y Louis no puede menos que admitir, en privado, que cuando haya partido no extrañará su risa chillona, su diente desportillado, sus silencios petulantes.

Qué poco amor hay en el mundo.

Clarissa le frota la espalda a Louis con el dorso de la mano. ¿Qué fue lo que dijo Sally? Nunca peleamos. Fue en una cena en alguna parte, hace un año o más. Había pescado, no recuerda cuál, medallones gruesos sumergidos en una salsa amarilla brillante (en ese momento aparentemente todo venía en una salsa de colores brillantes). Nunca peleamos. Es verdad. Discuten, se enfurruñan, pero nunca explotan, nunca gritan o lloran, nunca rompen un plato. Siempre da la impresión de que no han peleado *todavía*; de que su relación es demasiado nueva para una confrontación a gran escala; de que aún les falta explorar continentes desconocidos, cuando hayan superado las negociaciones iniciales y se sientan lo suficiente seguras la una de la otra como para dejarse ir de verdad. ¿En qué estaba pensando? Sally y ella pronto celebrarán su décimo octavo aniversario. Son una pareja que nunca pelea.

Mientras le frota la espalda a Louis, Clarissa piensa: Llévame

contigo. Quiero un amor imposible. Quiero calles de noche, viento y lluvia, que nadie se pregunte dónde estoy.

—Lo siento —dice Louis.

—Está bien. Mira todo lo que ha pasado, por Dios.

—Me siento como un idiota —se levanta y camina hasta la puer-taventana (siete pasos). A través de las lágrimas puede ver el musgo en los abrevaderos de piedra, el plato de bronce lleno de agua limpia en el que flota una sola pluma blanca. No sabe por qué está llorando. Está de vuelta en Nueva York. Parece que está llorando por este curioso jardín, por la enfermedad de Richard (¿por qué se salvó él?), por esta habitación en donde se encuen-tra Clarissa, por todo. Parece que está llorando por un Hunter que a duras penas se parece al de verdad. Este otro Hunter tiene una grandeza feroz y trágica, una inteligencia real, una disposi-ción modesta. Louis llora por él.

Clarissa lo sigue.

—Está bien —repite.

—Estúpido —murmura Louis—. Estúpido.

Se oye una llave en la puerta principal.

—Es Julia —dice Clarissa.

—Mierda.

—No te preocupes. Ella ha visto hombres llorando.

Es su maldita hija. Louis endereza los hombros y se aleja del brazo de Clarissa. Sigue mirando al jardín mientras trata de controlar su rostro. Piensa en el musgo. Piensa en fuentes. De pronto siente un genuino interés por el musgo y las fuentes.

Qué curioso, dice la voz. ¿Por qué estará pensando en esas cosas?

—Buenas tardes —dice Julia a sus espaldas. No dice “hola”. Siempre ha sido una niñita seria, inteligente pero peculiar, demasiado grande, caprichosa y llena de tics.

—Hola, linda —le dice Clarissa—. ¿Te acuerdas de Louis?

Louis le da la cara. Muy bien. Que vea que ha estado llorando. A la mierda.

—Claro que sí —dice Julia. Camina hacia él y extiende la mano.

Ya tiene dieciocho, tal vez diecinueve. Es tan inesperadamente bien parecida, ha cambiado tanto, que Louis teme que las lágrimas surjan de nuevo. La última vez que la vio tenía trece o algo así, andaba desgarrada y gorda, avergonzada de sí misma. Aún no es hermosa, nunca lo será, pero ya tiene algo de la presencia de la madre, esa preciosa certeza. Es bien parecida y segura de sí misma como un atleta joven, y tiene la cabeza prácticamente rapada y la piel lozana.

—Julia —dice—. Qué bueno verte.

Ella le da la mano con firmeza. Usa un delgado aro de plata en la nariz. Es voluptuosa y fuerte, desbordante de salud, como una campesina irlandesa idealizada que acabara de llegar del campo. Seguro se parece al padre (Louis ha fantaseado con él, imaginándolo como un corpulento joven rubio sin dinero, un actor o quizás un pintor, un amante, un criminal, un muchacho desesperado sin otro recurso que vender sus fluidos, la sangre al banco de sangre y el esperma al banco de esperma). Debe de haber sido enorme, piensa Louis, rudo, como un personaje de la mitología celta: basta con mirar a Julia, quien a pesar de la camiseta mínima y los pantalones cortos, de las botas negras de soldado, parece como si le faltara una gavilla de cebada bajo uno de los brazos y un cordero recién nacido bajo el otro.

—Buenas tardes, Louis —dice. Le da la mano pero no la aprieta. Claro que sabe que ha estado llorando. No parece particularmente sorprendida. ¿Qué le habrán contado sobre él?

—Tengo que irme —dice él.

Ella asiente.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse? —le pregunta.

—Unos días. Pero quiero volver a vivir a Nueva York. Qué bueno verte. Adiós, Clarissa.

—A las cinco —dice Clarissa.

—Qué.

—La fiesta. Es a las cinco. Ven, por favor.

—Claro que voy a venir.

—Adiós, Louis —le dice Julia.

Es una muchacha bien parecida de diecinueve que dice buenas tardes y adiós en vez de hola y chao. Sus dientes son sorprendentemente pequeños y blancos.

—Adiós.

—Vas a venir, ¿verdad? —le dice Clarissa—. Prométeme que vendrás.

—Te lo prometo. Adiós.

Sale solo del apartamento, aún vagamente lloroso; lleno de furia contra Clarissa; ligera, absurdamente enamorado de Julia (él, que nunca ha sentido atracción por una mujer, nunca —aun siente escalofríos, después de tantos años, al recordar su terrible, desesperada tentativa con Clarissa, sólo para hacer valer su derecho sobre Richard). Se imagina que sale corriendo con Julia de ese espantoso apartamento, tan de buen gusto; que huye con ella de las paredes de color lino, de los grabados de plantas, de Clarissa y sus vasos de agua carbonatada con tajadas de limón. Camina por el corredor en penumbra (veintitrés pasos), a través de la puerta y por el vestíbulo hasta llegar a la puerta de la calle, y sale a West Tenth Street. El sol le explota en la cara como un bombillo. Se reúne de nuevo, agradecido, con la gente y el mundo: un hombre huraño que pasea dos perros salchichas, un gordo que suda majestuosamente entre un vestido azul oscuro, una mujer calva (¿moda o quimioterapia?) que se recuesta contra el edificio de Clarissa chupando un cigarrillo y cuyo rostro parece un golpe

reciente. Louis regresará aquí, a esta ciudad: vivirá en un apartamento en el West Village, por las tardes se instalará en una silla en el Dante con un espresso y un cigarrillo. No está viejo, no todavía. Antenoche detuvo su carro en el desierto de Arizona y se quedó parado bajo las estrellas hasta que sintió la presencia de su propia alma, o como quieran llamarlo; de esa parte de él que persevera, que alguna vez fue un niño y que después se detuvo en el silencio del desierto bajo las constelaciones. Piensa en sí mismo con afecto distraído, en el joven Louis Waters que se pasó la vida tratando de vivir con Richard, que a veces se sentía halagado y a veces enfurecido por la adoración incansable de sus brazos y de su trasero y que finalmente abandonó a Richard para siempre después de una pelea en la estación de tren en Roma (¿específicamente a causa de la carta que Richard recibió de Clarissa o debido a la sensación general de cansancio ante el hecho de ser el más dichoso y el menos brillante?). Ese Louis, que apenas tenía veintiocho años pero que estaba convencido de ser un viejo que ha dejado pasar todas las oportunidades, se alejó de Richard y se subió a un tren que resultó destinado a Madrid. En ese momento había pensado que ése era un gesto dramático pero temporal, y a medida que el tren se alejaba (el conductor, indignado, le había informado hacia dónde se dirigía), se había sentido extraña, casi inexplicablemente contento. Había sido libre. Ahora apenas recuerda sus días a la deriva en Madrid; ni siquiera recuerda con claridad al muchacho italiano (¿será posible que se llamara Franco?) que lo convenció de abandonar el largo y fallido proyecto de amar a Richard a favor de pasiones más simples. Lo que sí recuerda con absoluta claridad es que iba sentado en un tren que se dirigía a Madrid sintiendo la clase de felicidad que él imaginaba que sienten los espíritus liberados de sus cuerpos terrenales pero no de su yo esencial. Camina hacia University, al este (setenta y siete pasos hasta la esquina). Espera para cruzar.

La señora Brown

Mientras conduce el Chevrolet por la autopista de Pasadena, por entre colinas chamuscadas aquí y allá por el incendio del año pasado, se siente como si estuviera soñando o, más precisamente, como si recordara este paseo de un sueño de hace años. Todo lo que ve parece clavado al día, como mariposas eterizadas clavadas en un tablero. He aquí las pendientes negras de las colinas salpicadas con las casas de estuco color pastel que se salvaron de las llamas. He aquí el brumoso cielo blanquiazul. Laura conduce con eficiencia, ni demasiado despacio ni demasiado rápido, revisando periódicamente el espejo retrovisor. Es una mujer en un automóvil que sueña que está en un automóvil.

Dejó a su hijo con la señora Latch, en la casa al final de la calle. Alegó que tenía que hacer una diligencia de último minuto relacionada con el cumpleaños de su marido.

Sintió pánico —supone que “pánico” es la palabra apropiada—. Trató de acostarse unos minutos mientras su hijo dormía la siesta; trató de leer un poco pero no podía concentrarse. Se acostó con el libro en las manos sintiéndose vacía, exhausta a causa del niño, de la torta, del beso. De alguna manera todo se resumía en esos tres elementos, y mientras yacía en la cama doble con las persianas cerradas y la lámpara encendida, tratando de leer, se preguntó si así era como uno se volvía loco. Nunca lo había imaginado de esa manera; cuando pensaba en alguien perdiendo la cabeza (una mujer como ella misma), imaginaba gritos y gemidos, alucinaciones; pero en ese instante le había quedado claro que había otra forma, mucho más silenciosa; una forma insensible y desesperanzada, plana, tanto que una emoción tan fuerte como el dolor habría sido un alivio.

Así que resolvió irse por unas horas. No actuó irresponsablemente. Se aseguró de que alguien cuidara de su hijo. Hizo otra torta, puso a descongelar la carne, desmochó las habichuelas. Habiendo hecho todo eso, se permitió salir. Volverá a casa a tiempo para hacer la comida, para alimentar el perro de Kitty. Pero ahora, en este momento, se dirige a alguna parte (¿a dónde?) a donde pueda estar sola, sin su hijo, sin su casa, sin la fiestecita que ofrece esta noche. Lleva su cuaderno de notas y su copia de *La señora Dalloway*. Lleva puestas medias largas, una blusa y una falda; también sus aretes favoritos, unos sencillos discos de cobre. Se siente tonta, ligeramente satisfecha con su atuendo y con la limpieza de su automóvil. Hay una canequita azul oscura, sin basura, abrazada a la barra de cambios como una silla de montar a caballo. Ella sabe que es ridículo y sin embargo encuentra solaz en este orden impecable. Está limpia y bien vestida y se aleja.

En casa, la torta nueva espera bajo una campana de aluminio con una manija de madera en forma de bellota. Es un avance en relación con la primera torta. Ésta tiene dos capas de batido, para que no queden boronas atrapadas en la cubierta (consultó un segundo libro de cocina y descubrió que los pasteleros se refieren a la primera capa de batido como la “capa de las boronas” y que siempre hay que ponerle dos capas de batido a la torta). Ésta dice “Feliz cumpleaños Dan” con elegantes letras blancas y no está atiborrada de racimos de rosas amarillas. Es una buena torta, perfecta a su manera, y sin embargo Laura sigue sintiéndose decepcionada. Le parece una torta de aficionados, hecha en casa; algo sigue estando mal. La “F” de “Feliz” no es lo que ella hubiera querido y dos de las rosas están torcidas.

Se toca los labios, donde habitó brevemente el beso de Kitty. Realmente no le importa mucho el beso ni sus implicaciones, excepto porque le da cierta ventaja a Kitty. El amor es profundo, un misterio; ¿quién querría entenderlo en detalle? Laura desea a

Kitty. Desea su fuerza, su decepción enérgica y jovial, las cambiantes iluminaciones doradas y rosas de su yo secreto, las profundidades limpias y vigorosas de su pelo. Laura también desea a Dan, de una forma más oscura y menos exquisita; una forma más sutilmente asediada por la crueldad y la vergüenza. Pero sigue siendo deseo, afilado como la astilla de un hueso. Puede besar a Kitty en la cocina y también amar a su marido. Puede anticipar el incómodo placer de los labios y los dedos de él (tal vez desea su deseo) y sin embargo soñar con besar a Kitty de nuevo, en la cocina o en la playa mientras los niños gritan entre el agua, en un corredor, con los brazos llenos de toallas dobladas, mientras ríen suavemente, excitadas, inermes, enamoradas de su propia temeridad ya que no de la otra, se exigen silencio, se separan rápidamente y siguen adelante.

Lo que llena a Laura de remordimiento, lo que no puede soportar, es la torta. Le da vergüenza, pero no puede negarlo. No es más que azúcar, harina y huevos —parte del encanto de una torta son sus inevitables imperfecciones. Lo sabe; claro que lo sabe. Y sin embargo hubiera querido crear algo mejor, más significativo que lo que produjo, con todo y la superficie impecable, el mensaje en el centro. Desea una torta de ensueño convertida en una torta real; una torta revestida de una innegable y profunda sensación de comodidad, de magnificencia. Quiere haber producido algo maravilloso; algo maravilloso incluso para aquéllos que no la aman.

Ha fracasado. Desearía que no le importara. Algo está mal en ella, piensa.

Se pasa al carril izquierdo, acelera. Por ahora, por este rato, podría ser cualquier persona yendo a cualquier parte. Tiene el tanque lleno de gasolina y dinero en la billetera. Tiene un par de horas para ir a donde quiera. Después de dos horas las alarmas empezarán a sonar. Más o menos a las cinco, la señora Latch

comenzará a preocuparse y a las seis a más tardar empezará a llamar. Si se hace tan tarde Laura tendrá que dar explicaciones, pero por ahora y durante un par de horas más, es realmente libre. Es una mujer en un carro, nada más.

Cuando llega al punto más alto de la cañada de Chávez y aparecen las torres brumosas del centro de la ciudad, debe tomar una decisión. Durante media hora no tuvo que hacer más que conducir vagamente hacia el centro de Los Ángeles, pero ya lo tiene enfrente: los edificios más viejos, sólidos y chatos, los esqueletos de los nuevos, más altos, todos bañados con la luz invariablemente blanca del día, que no parece emanar del cielo sino del aire, como si las partículas invisibles del éter emitieran una fosforescencia continua, ligeramente nublada. Aparece la ciudad y Laura debe entrar por el carril izquierdo o pasarse al carril derecho y desviarse. Si decide hacer lo primero, si se limita a seguir adelante, se encaminará hacia la vasta y plana extensión de fábricas y edificios pequeños que rodea a Los Angeles a cien millas a la redonda. Podría voltear a la derecha y llegar eventualmente a Beverly Hills, o a la playa en Santa Monica, pero no quiere ir de compras y no trajo nada para la playa. Hay una escasez sorprendente de lugares a dónde entrar en este inmenso paisaje brillante y sucio y lo que ella desea —algún lugar privado, silencioso, donde pueda leer, donde pueda pensar— no aparece por ninguna parte. Si va a una tienda o a un restaurante, tendrá que actuar, tendrá que aparentar que necesita algo o que quiere algo que no le interesa de ninguna manera. Tendrá que circular con un cierto orden; tendrá que mirar la mercancía y rechazar las ofertas de ayuda o tendrá que sentarse en una mesa, ordenar algo, consumirlo e irse. Si sencillamente detiene el automóvil en alguna parte y se queda allí sentada, una mujer sola, estará expuesta a los criminales y a quienes intenten protegerla de los criminales. Parecerá demasiado vulnerable, demasiado peculiar.

Hasta una biblioteca resultaría demasiado pública, e incluso también un parque.

Conduce el automóvil por el carril izquierdo y entra a la ciudad. La decisión parece casi física, como si al decidirse por la izquierda hubiera iniciado una serie de acontecimientos que estaban esperándola, tan palpables como Figueroa Street con sus vitrinas y sus aceras sombreadas. Se va a registrar en un hotel. Dirá (por supuesto) que piensa pasar la noche, que su esposo debe llegar pronto. Mientras cancele el valor de la habitación, ¿que tiene de malo que la use sólo un par de horas?

Parece un gesto tan extravagante, tan temerario, que la sola posibilidad la hace sentir aturdida y nerviosa como una muchacha. Claro que es un desperdicio —una habitación de hotel para toda la noche cuando lo que quiere hacer es sentarse y leer por una par de horas—, pero no están particularmente escasos de dinero y ella maneja la casa con relativa frugalidad. ¿Acaso cuánto puede costar una habitación? No ha de ser demasiado.

Aunque debería buscar un lugar barato —un motel, un lugar en las afueras—, no quiere hacerlo. Se volvería algo demasiado ilícito; demasiado sórdido. El recepcionista podría confundirla con una especie de profesional; podría hacerle preguntas. No tiene ninguna experiencia con moteles de esa clase, que probablemente suponen códigos de conducta con los que ella no está familiarizada, así que se dirige al Normandy, un edificio blanco de forma irregular a unas cuantas cuadradas. El Normandy es grande, limpio, inconspicuo. Tiene forma de v, con dos alas gemelas, blancas y de diez pisos que flanquean un jardín urbano con fuente. Tiene un aire de respetabilidad desinfectada; está pensado para turistas y hombres de negocios, gente cuya presencia allí no sugiere el más mínimo misterio. Laura detiene el automóvil bajo un techo cromado sobre el cual se yergue el nombre del hotel en letras cromadas, altas y angulosas. Aunque es pleno día, el aire

bajo el techo tiene una cierta calidad nocturna, un brillo lunar; una claridad inmaculada de blanco sobre blanco. Las sábilas en tiestos que hay a cada lado de las puertas de vidrio negro parecen sorprendidas de estar allí.

Laura le deja el automóvil al ayudante, recibe el boleto y entra por las pesadas puertas de vidrio. El vestíbulo está quieto, gélido. En la distancia se oye un timbre diáfano y mesurado. Laura se siente a la vez cómoda y amilanada. Atraviesa la alfombra azul oscura hasta la recepción. Este hotel, este vestíbulo, es exactamente lo que ella quiere —la frescura que no pertenece a ninguna parte, la impecable falta de olor, el ir y venir enérgico y carente de emoción. Todo es tan eficiente, tan despreocupado. A la vez, las circunstancias de su presencia aquí son falsas, o peor, inexplicables; ha venido, con una cierta sordidez, a escapar de una torta. Pretende decirle al recepcionista que la demora de su esposo fue inevitable pero que llegará con las maletas más o menos en una hora. Nunca antes había mentido de esa forma, no a alguien a quien no conoce o ama.

La transacción en la recepción resulta sorprendentemente fácil. El recepcionista, un hombre de su edad con una voz dulce y chillona y la piel llena de marcas, claramente no sólo no sospecha nada sino que no acaricia la posibilidad de una sospecha. Cuando Laura le pregunta si tiene una habitación disponible, él le responde simplemente, sin dudarlo, “Sí. ¿Sencilla o doble?”.

—Doble —responde—. Para mi esposo y para mí. Ya viene con el equipaje.

El recepcionista mira detrás de ella, en busca de un hombre cargado de maletas. Laura siente que su cara se incendia, pero no titubea.

—En realidad debe llegar en un par de horas. Está demorado y me pidió que me adelantara; para cerciorarnos de que hubiera habitación.

Se agarra de la superficie de granito negro para calmarse. Todo parece indicar que su historia es completamente descabellada. Si ella y su marido están viajando, ¿por qué tienen dos automóviles? ¿Por qué no reservaron por teléfono?

Sin embargo el recepcionista no se inmuta.

—Me temo que sólo tengo habitaciones en los pisos de abajo. ¿Está bien?

—Seguro; no hay problema. Es sólo por una noche.

—Muy bien, entonces. Veamos: habitación 19.

Laura firma el registro con su nombre (uno inventado resultaría muy raro, muy sórdido), paga (“Lo más probable es que salgamos muy temprano y de afán, así que yo preferiría dejarlo arreglado”) y recibe la llave.

A medida que se aleja de la recepción le parece increíble que lo haya hecho. Tiene la llave, logró atravesar los portales. Las puertas de los ascensores, al final del vestíbulo, son de bronce martillado, rematadas con una línea horizontal de números rojos brillantes, y para llegar hasta ellas debe atravesar varios grupos vacíos de sofás y sillones; el sopor fresco de las palmeras miniaturas en materas; y, tras un vidrio, una cueva que es a la vez farmacia y cafetería, donde varios hombres solos leen el periódico en el mostrador, donde una mujer mayor con un vestido rosado de mesera y una peluca de pelo rojo dice algo divertido sin dirigirse a nadie en particular y donde hay un tarta de merengue de limón absurdamente grande, a la que le faltan dos pedazos, sobre un pedestal y bajo una campana de plástico.

Laura pide el ascensor, presiona el botón de su piso. Tras un panel de vidrio en la pared hay una fotografía de los huevos Benedict que ofrece el restaurante del hotel hasta las dos de la tarde. Laura mira la fotografía y piensa que si hubiera llegado un poco antes habría podido ordenar huevos Benedict. Ha estado nerviosa durante demasiado tiempo y su nerviosismo no se ha

disipado pero su naturaleza parece haber cambiado de pronto. Reconoce perfectamente su nerviosismo y su rabia y su decepción consigo misma pero éstos parecen estar en otra parte. La decisión de registrarse en este hotel, de subir en este ascensor, parece haberla salvado como la morfina salva a un paciente de cáncer, no erradicando el dolor sino restándole importancia. Es como si la acompañara una hermana invisible, una mujer perversa llena de rabia y de recriminaciones, una mujer humillada por ella misma, y es esta mujer, esta desdichada hermana, la que necesita comodidad y silencio. Laura podría ser una enfermera preocupada por el dolor de otro.

Sale del ascensor, camina con calma por el corredor, mete la llave en la cerradura y abre la habitación 19.

Así pues, he aquí la habitación: una habitación turquesa que no tiene nada de sorprendente ni de inusual, con un cubrelecho turquesa sobre la cama doble y una pintura (París, primavera) con un marco de madera clara. La habitación tiene un olor —alcohol y pino, desinfectante, jabón de olor— que flota pesadamente sobre algo que no es rancio, ni siquiera viejo, pero que no es fresco. Es un olor cansado, piensa. Es el olor de un lugar que ha sido usado una y otra vez.

Se dirige a la ventana, abre las cortinas de velo blanco y sube las persianas recién pasadas las dos de la tarde. Allá abajo está la plaza en forma de v, con su fuente y sus rosales perseverantes, sus bancos de piedra vacíos. Una vez más, Laura siente como si hubiera entrado a un sueño, un sueño en el que ella mira este curioso jardín, tan deshabitado, un poco después de las dos de la tarde. Se aleja de la ventana. Se quita los zapatos. Pone su copia de *La señora Dalloway* sobre el vidrio de la mesa de noche y se tiende en la cama. La habitación está invadida de ese silencio particular de los hoteles, un silencio vigilado, completamente

artificial, que cubre como una capa un sustrato de crujidos y gorgoteos, de ruedas sobre tapete.

Se encuentra tan lejos de su vida. Fue tan fácil.

De alguna manera parece como si hubiera abandonado su propio mundo para entrar al ámbito del libro. Obviamente nada está tan lejos del Londres de la señora Dalloway como esta habitación turquesa de hotel, y sin embargo se imagina que la misma Virginia Woolf, la mujer ahogada, el genio, podría habitar, en su muerte, un lugar parecido a éste. Se ríe quedamente. Por favor, Dios, ruega en silencio, que el cielo sea mejor que una habitación en el Normandy. Es posible que el cielo esté mejor decorado, sea más brillante y más grandioso, pero de hecho quizás tenga algo de esta distancia apaciguada, de esta ausencia absoluta dentro del mundo que sigue su marcha. Tener esta habitación para ella sola parece a la vez algo recatado y putesco. Aquí está a salvo. Podría hacer lo que quisiera, cualquier cosa. De cierta forma parece una recién casada reclinada en su habitación, esperando a... no a su marido, ni a otro hombre. Esperando a alguien. Algo.

Busca el libro. Ha señalado la página con el marcador de plata que su marido ("A mi ratón de biblioteca, con amor") le regaló hace varios cumpleaños.

Empieza a leer con una sensación de alivio profundo y desbordante.

Recordó que una vez había arrojado una moneda al Serpentine. Pero todo el mundo recordaba; lo que adoraba era esto, aquí, ahora, frente a ella; la señora gorda en el taxi. ¿Acaso importaba entonces, se preguntó a sí misma caminando hacia Bond Street, acaso importaba que ella cesara por completo?; que todo esto deba seguir sin ella; ¿acaso lo resentía?; o más bien resultaba reconfortante la creencia de que la muerte era el fin absoluto; pero que de alguna manera

en las calles de Londres, en el ir y venir de las cosas, aquí, allá, ella sobrevivía, Peter sobrevivía, vivían el uno en el otro, y ella era parte, de eso estaba segura, de los árboles en casa; de la casa misma, fea como era y cayéndose en pedazos; parte de gente que nunca había conocido; extendida como una neblina entre la gente que mejor conocía, que la levantaba a ella en sus ramas, como había visto hacer a los árboles con la neblina, pero que se esparcía a lo lejos, ella, su vida. ¿Pero en qué estaba soñando mientras miraba la vitrina de Hatchards? ¿Qué estaba tratando de recuperar? Qué imagen de blanco amanecer en el campo, mientras leía en un libro de hojas abiertas:

*Ya no temas el calor del sol,
Ni las furias tremebundas del invierno.*

Morir es una posibilidad. Laura piensa de pronto que ella —que cualquiera— podría optar por algo así. Es un pensamiento temerario, vertiginoso, ligeramente incorpóreo; se anuncia dentro de su cabeza, leve pero claramente, como una voz que chisporrotea desde una lejana estación de radio. Podría decidir morir. Es una noción abstracta, titilante, no particularmente morbosa. Es en las habitaciones de hotel donde la gente hace cosas así, ¿no es cierto? Es posible —quizás incluso probable— que alguien haya puesto fin a su vida justo aquí, en esta habitación, en esta cama. Alguien dijo, basta, ya no más; alguien miró por última vez estas paredes blancas, el blanco techo liso. En un hotel, se da cuenta, uno puede dejar atrás los detalles de su propia vida e ingresar a una zona neutra, una habitación blanca y limpia en donde no parece tan raro morir.

Podría ser, piensa, profundamente reconfortante, algo liberador: irse sencillamente. Decirle a todos: No podía más, no tienen idea; no quería seguir intentándolo. Quizás haya en ello

una terrible belleza, piensa, como un campo helado o un desierto temprano por la mañana. Podría irse, por así decirlo, a ese otro paisaje; podría dejarlos a todos –a su hijo, a su marido y a Kitty, a sus padres, a todos– en este mundo maltrecho (que ya nunca volverá a estar bien, que ya nunca volverá a estar del todo limpio), diciéndose el uno al otro y a cualquiera que pregunte: Pensamos que estaba bien, pensamos que las suyas eran las penas de todo el mundo, no teníamos idea.

Se da palmaditas en la barriga. Yo nunca. Dice las palabras en voz alta en la habitación limpia y silenciosa: “Yo nunca”. Ama la vida, hay momentos en que la ama desesperadamente; y además mataría a su hijo. Mataría a su hijo y a su esposo y a ese otro hijo que aún crece dentro de ella. ¿Cómo podrían recuperarse de algo así? No hay nada que ella pudiera hacer como esposa y madre viva, ningún error ni depresión ni arranque de furia que pudieran comparársele. Sería simplemente malvado. Abriría un hueco en la atmósfera, por el cual saldría despedido todo lo que ella ha creado –los días en calma, las ventanas iluminadas, la mesa puesta para la cena.

No obstante, se alegra de saber (pues de alguna manera, súbitamente, lo sabe) que es posible dejar de vivir. Es reconfortante tener ante sí todas las opciones; considerar todas las posibilidades, sin temor y sin engaños. Imagina a Virginia Woolf, virginal, desequilibrada, derrotada por las exigencias imposibles de la vida y del arte; se la imagina entrando al río con una piedra en el bolsillo. Laura sigue dándole palmaditas a su barriga. Sería tan fácil, piensa, como registrarse en un hotel. Sería tan fácil como eso.

La señora Woolf

Se sienta con Vanessa en la cocina mientras se toma una taza de té.

—Había un abrigo encantador en Harrods, como para Angelica —dice Vanessa—. Pero no había nada para los niños y me pareció injusto. Supongo que le daré el abrigo de cumpleaños, pero entonces se pondrá de mal humor porque uno da por sentado que le deben dar un abrigo y no regalárselo de cumpleaños.

Virginia asiente. Por el momento no puede hablar. Hay tanto en el mundo. Hay abrigos en Harrods; hay niños que se sentirán furiosos y decepcionados sin importar lo que uno haga. Hay la mano regordeta de Vanessa en su taza y hay el petirrojo allá afuera, tan hermoso sobre su pira funeraria; tan como los sombreros de señora.

Hay esta hora, en este instante, en la cocina.

Clarissa no morirá, no por su propia mano. ¿Cómo podría soportar abandonar todo esto?

Virginia se prepara para proferir una sentencia sabia sobre niños. No tiene ni la menor idea de qué decir, pero dirá algo.

Quisiera decir, Ya basta. Las tazas de té y el petirrojo allá afuera y la cuestión de los abrigos de los niños. Ya basta.

Alguien más morirá. Debería ser alguien con más seso que Clarissa; debería ser alguien con el dolor suficiente y el genio suficiente como para alejarse de las seducciones del mundo, de sus tazas y de sus abrigos.

—Tal vez Angelica... —dice Virginia.

Pero aparece Nelly al rescate; furiosa, triunfante, de regreso de Londres con un paquete que contiene té chino y jengibre azucarado. Sostiene el paquete en alto, como si fuera a lanzarlo.

—Buenas tardes, señora Bell —dice con la estudiada calma de un verdugo.

He aquí a Nelly con el té y el jengibre y he aquí, para siempre, a Virginia, indeciblemente feliz, más que feliz, viva, sentada con Vanessa en la cocina en un día ordinario de primavera mientras Nelly, la subyugada reina amazona, muestra lo que la han obligado a traer.

Nelly se da la vuelta y aunque no es su costumbre, Virginia se inclina hacia adelante y le da un beso a Vanessa en los labios. Es un beso inocente, pero justo en este instante, en esta cocina, a espaldas de Nelly, se siente como el más delicioso y prohibido de los placeres. Vanessa devuelve el beso.

La señora Dalloway

—Pobre Louis.

Julia suspira con una mezcla sorprendentemente adulta de compasión e impaciencia y por un instante parece la reencarnación de la antigua censura materna; parte de un linaje que se extiende por siglos de mujeres que han suspirado con compasión y paciencia exhausta ante las extrañas pasiones de los hombres. Por un instante, Clarissa imagina cómo será su hija a los cincuenta: será lo que la gente llama una mujer grande, amplia de cuerpo y de espíritu, inescrutablemente eficiente, decidida, práctica, madrugadora. En ese momento Clarissa quiere ser Louis; no *estar* con él (eso puede resultar tan espinoso, tan difícil) sino *ser* él, una persona infeliz, una persona extraña, descreída, inescrupulosa, suelta en las calles.

—Sí —replica—. Pobre Louis.

¿Será que Louis le daña la fiesta a Richard? ¿Por qué invitó a Walter Hardy?

—Qué hombre tan extraño —dice Julia.

—¿Podría darte un abrazo?

Julia se ríe y de nuevo tiene diecinueve años. Es imposible-mente bella. Va a películas de las que Clarissa nunca ha oído hablar, padece ataques de murria y de júbilo. Usa seis anillos en la mano izquierda, ninguno de los cuales es el que Clarissa le regaló en su décimo octavo cumpleaños. Usa un aro de plata en la nariz.

—Claro —dice.

Clarissa abraza a Julia y rápidamente la suelta. “¿Cómo estás?”, le pregunta de nuevo e inmediatamente se arrepiente. Le preocupa que ése sea uno de sus tics; uno de esos hábitos inocentes que

inspiran pensamientos homicidas en los hijos. Su propia madre carraspeaba compulsivamente. Su madre preludiaba todos sus desacuerdos con un "No quiero ser un jarro de agua fría". Esas cosas sobreviven en el recuerdo de Clarissa y aún le inspiran rabia, mientras que el afecto y la modestia de su madre, sus actos de caridad, le resultan vagos. Clarissa le pregunta a Julia cómo está con demasiada frecuencia. Lo hace en parte por nerviosismo (no puede evitar las formalidades con Julia, o sentir un poco de angustia, después de todo lo que ha pasado) y en parte simplemente porque quiere saber.

Piensa que su fiesta será un fracaso. Richard se va a aburrir y se va a sentir ofendido, y tendrá toda la razón. Ella es tan superficial; se preocupa demasiado por ese tipo de cosas. Seguro que su hija se burla cuando está con sus amigos.

¡Pero tener una amiga como Mary Krull!

—Estoy bien —dice Julia.

—Luces maravillosa —dice Clarissa con alegre desesperación. Por lo menos ha sido generosa. Ha sido una madre llena de alabanzas para su hija, que le da confianza y no la agobia con sus propias preocupaciones.

—Gracias —dice Julia—. ¿Dejé ayer mi morral aquí?

—Sí. Está en la percha de la entrada.

—Qué bueno. Voy a ir de compras con Mary.

—¿Y dónde te vas a encontrar con ella?

—De hecho está acá. Está afuera.

—Ah.

—Se está fumando un cigarrillo.

—Tal vez quiera entrar a saludar cuando termine el cigarrillo.

La contricción ensombrece el rostro de Julia, y algo más: ¿Acaso es la vieja rabia que regresa? ¿O tal vez es culpa normal y corriente? Pasa un silencio. Parece como si lo convencional ejerciera su influjo, potente como la fuerza de la gravedad. Aunque uno haya

sido desafiante toda la vida; aunque uno haya criado a una hija tan honorablemente como le fue posible, en una casa de mujeres (el padre no es más que un tubo de ensayo numerado, lo siento Julia, no hay forma de ubicarlo), con todo y eso, un día uno se encuentra de pie sobre un tapete persa, invadida de desaprobación materna, amargada y herida, enfrentada a una muchacha que lo desprecia a uno (aún lo hace, ¿o no?) por privarla de un padre. *Tal vez quiera entrar a saludar cuando termine el cigarrillo.*

¿Pero por qué estaría Mary exonerada de las más fundamentales normas de conducta humana? Uno no espera afuera del apartamento de alguien, no importa cuán brillante y furibunda sea. Uno entra y saluda. Y se somete a eso.

—Voy a buscarla.

—No importa.

—No, de verdad. Sólo está fumando. Tú sabes cómo es: primero está el cigarrillo y después está todo lo demás.

—No la vas a obligar a entrar. En serio. Vete, te dejo en libertad.

—No. Quiero que ustedes se conozcan mejor.

—Nos conocemos perfectamente bien.

—No tengas miedo, mamá. Mary es un encanto. Mary es total y completamente inofensiva.

—Yo no le tengo miedo. Por dios.

Julia sonríe con una sabiduría que la enfurece, mueve la cabeza y se va. Clarissa se inclina sobre la mesa de centro, mueve el florero un centímetro a la izquierda. Siente el impulso de esconder las rosas. Si sólo fuera alguien diferente de Mary Krull. Si sólo fuera cualquier otra persona.

Julia regresa, seguida de Mary. He aquí, una vez más, a Mary, la severa y rigurosa Mary, la justa Mary, con la cabeza afeitada en la que empieza a crecer el pelo, pantalones color rata, los pechos colgando (debe de ser mayor de cuarenta) debajo de una camiseta pegada, blanca y raída. He aquí su pesada huella; he aquí

sus ojos sabios, suspicaces. Al ver a Julia y a Mary juntas, Clarissa piensa en una niñita que arrastra a casa un perro de la calle, todo huesos y dientes descoloridos; una criatura patética y además peligrosa que ostensiblemente necesita un buen hogar pero cuya necesidad es tan profunda que no hay despliegue de afecto o de generosidad que pueda tocarla. El perro seguirá comiendo y comiendo. Nunca estará satisfecho; nunca será manso.

—Hola, Mary —dice Clarissa.

—Clarissa —replica, y atraviesa la habitación a zancadas y sacude vigorosamente la mano de Clarissa. La mano de Mary es pequeña, fuerte, sorprendentemente suave.

—¿Cómo estás? —pregunta Mary.

—Bien. ¿Y tú?

Se encoge de hombros. ¿Cómo debería estar —cómo debería estar cualquiera— en un mundo como éste? Clarissa cayó sin resistencia en la trampa de la pregunta. Piensa en sus rosas. ¿Acaso se obliga a los niños a recogerlas? ¿Acaso las familias llegan a los cultivos desde antes del amanecer y pasan días enteros encorvadas sobre las matas, con dolor en la espalda y los dedos sangrantes a causa de las espinas?

—¿Se van de compras? —dice y no trata de esconder el desprecio en su voz.

Julia responde:

—Necesitamos botas nuevas. Las de Mary se le están cayendo a pedazos de los pies.

—Odio ir de compras —dice Mary. Ofrece el esbozo de una sonrisa de disculpa—. Es una pérdida de tiempo.

—Hoy vamos a comprar botas y punto —dice Julia.

La hija de Clarissa, esta muchacha inteligente y espléndida, podría ser una jovial esposa que ayuda a su esposo a enfrentar un día ocupado. Con unas cuantas alteraciones relativamente menores, podría ser de los cincuenta.

Mary le dice a Clarissa:

—No podría hacerlo sin ayuda. Puedo enfrentar a un policía con gas lacrimógeno pero preferiría que no se me acercara un vendedor.

Clarissa se da cuenta, de repente, de que Mary está haciendo un esfuerzo. Está intentando ser encantadora, a su manera.

—No son tan aterradores —dice.

—Son las tiendas, es toda la cosa, toda esa *mierda* por todas partes, perdón, esa *mercancía*, todos esos *bienes*, y los avisos gritándole a uno por todas partes, tienes que *comprar comprar comprar comprar comprar*, y cuando alguien se me acerca con un enorme peinado y galones de maquillaje y dice “¿Puedo ayudarla?”, lo único que se me ocurre es gritarle, “Putade mierda, si ni siquiera puede ayudarse usted misma”.

—Eso suena grave —dice Clarissa.

—Vámonos —dice Julia.

—Cuídala —le dice Clarissa a Julia.

Tonta, piensa Mary Krull. *Bruja relamida y pretenciosa*.

Se corrige a sí misma. Clarissa Vaughan no es el enemigo. Clarissa Vaughan sólo se engaña a sí misma, ni más ni menos. Cree que si acata las reglas puede obtener lo que tienen los hombres. Compró la boleta. No es culpa suya. Y sin embargo, Mary querría solapear a Clarissa y gritarle, *Usted honestamente cree que cuando llegue la hora de recoger a los desviados no van a detenerse ante su puerta, ¿verdad? Así de tonta es*.

—Adiós, mamá —dice Julia.

—No olvides el morral —dice Clarissa.

—Ah, claro —se ríe Julia y descuelga su morral. Es de lona anaranjada brillante, no parece suyo.

¿Qué tenía de malo el anillo?

Cuando Julia se da la vuelta, Clarissa y Mary se miran brevemente. *Tonta*, piensa Mary, aunque lucha por ser caritativa o, al

menos, para no perder la calma. No. A la mierda con la caridad. Cualquier cosa es mejor que las lesbianas de la vieja escuela, que se visten para pasar inadvertidas y viven como marido y mujer, burguesas hasta la médula. Preferible ser franca y abiertamente idiota, preferible ser el maldito John Wayne, que una arepera bien vestida con un trabajo respetable.

Impostora, piensa Clarissa. Engañas a mi hija pero no a mí. Reconozco a un conquistador cuando lo veo. Yo lo sé todo sobre llamar la atención. No es difícil. Si uno grita durante suficiente tiempo, suficientemente duro, se reunirá una multitud para averiguar la causa del ruido. Ésa es la naturaleza de las multitudes. No se quedan por mucho tiempo, a menos que uno les dé una buena razón. Eres tan mala como la mayoría de los hombres, tan agresiva, tan empeñada en tu propia exaltación, y tu momento pasará.

—Muy bien —dice Julia—. Vámonos.

—No olvides la fiesta —le dice Clarissa—. A las cinco.

—Claro —responde Julia. Se echa el brillante morral anaranjado sobre el hombro, provocando en Clarissa y en Mary una sensación idéntica. Las dos adoran con especial fuerza la vivaz confianza en sí misma de Julia, los días sin límite que se extienden ante ella.

—Te veo más tarde —dice Clarissa.

Ella es trivial. Piensa demasiado en fiestas. Si sólo Julia pudiera perdonarla algún día...

—Adiós —dice Mary y sale de la casa detrás de Julia.

¿Pero por qué Mary Krull, de todas las personas del mundo? ¿Qué necesidad tiene una persona tan recta de convertirse en acólito? ¿Acaso sigue anhelando tanto un padre?

Mary se rezaga un poco para poder apreciar la ancha y graciosa espalda de Julia, las lunas gemelas de su culo. Se siente sobrecogida de deseo y algo más, un nervio más sutil y exquisi-

tamente doloroso que atraviesa su deseo. Julia le inspira un patriotismo erótico, como si Julia fuera el país lejano en el que nació Mary y del cual fue expulsada.

—Vamos —la llama Julia alegremente por encima del hombro, sobre el brillo anaranjado sintético de su morral.

Mary se detiene por un instante y observa. Le parece que nunca ha visto nada tan hermoso. *Si pudieras amarme, piensa, yo haría cualquier cosa. ¿Lo entiendes? Cualquier cosa.*

—Vamos —la llama de nuevo Julia, y Mary se apresura a seguirla, sin esperanza, sufriendo (Julia no la ama, no de ese modo, ni la amará nunca), para ir a comprar botas nuevas.

La señora Woolf

Vanessa y los niños van de regreso a Charleston. Nelly está abajo preparando la cena, misteriosamente jovial, como no lo estaba hace días: ¿Será posible que disfrute tanto el que la hayan mandado a un recado sin sentido, que saboree tanto la injusticia del gesto que se sienta impelida a canturrear en la cocina? Leonard está escribiendo en su estudio y el petirrojo yace en su lecho de yerba y rosas en el jardín. Virginia está de pie frente a una ventana del salón y observa cómo desciende la oscuridad sobre Richmond.

Es la conclusión de un día corriente. Sobre el escritorio en una habitación a oscuras yacen las páginas de la nueva novela, sobre la cual alberga esperanzas desmesuradas y en relación con la cual, en este instante, teme (cree saber) que resulte árida y floja, despojada de verdaderos sentimientos; un callejón sin salida. No han pasado más que unas horas y sin embargo lo que sintió en la cocina con Vanessa —esa poderosa satisfacción, esa bienaventuranza— se ha evaporado tan radicalmente que bien pudo no haber sucedido nunca. Sólo queda esto: el olor de la carne cocinada de Nelly (repugnante, y Leonard se quedará mirándola mientras lucha por comerla), los relojes de la casa a punto de dar la media hora, su propio rostro reflejándose con más y más intensidad en la ventana mientras las luces de la calle —limón pálido contra un cielo azul oscuro— se encienden por todo Richmond. Es suficiente, se dice a sí misma. Trata de convencerse de que es así. Es suficiente con estar en esta casa salvada de la guerra, en donde la espera una noche de lectura y después de sueño y después, por la mañana, de nuevo el trabajo. Es suficiente con las

sombras amarillentas que los faroles de la calle arrojan sobre los árboles.

Puede sentir el dolor de cabeza deslizándose hacia arriba por la nuca. Se entiesa. No, es el recuerdo del dolor de cabeza, es su temor del dolor de cabeza, ambos tan vívidos que por un momento resulta imposible distinguirlos de la aparición del dolor de cabeza. Se queda muy derecha, esperando. Está bien. Está bien. Las paredes de la habitación no se mueven; no hay murmullos entre el yeso. Ella es ella misma, aquí, de pie, con un esposo en casa, con sirvientes y alfombras y almohadas y lámparas. Ella es ella misma.

Sabe que va a salir casi antes de decidir que saldrá. Un paseo; nada más va a dar un paseo. Estará de vuelta en media hora, o menos. Rápidamente se pone su capa y su sombrero, la bufanda. Se dirige rápidamente a la puerta de atrás, sale, la cierra con cuidado tras de sí. Preferiría que nadie le preguntara a dónde va ni a qué horas piensa volver.

Afuera, en el jardín, está el montículo en sombras del petirrojo protegido por los setos. Sopla un fuerte viento del este y Virginia tiembla. Siente que abandonó la casa (donde se cocina la carne, donde hay lámparas encendidas) para ingresar al reino del pájaro muerto. Piensa en los recién enterrados, que deben permanecer toda la noche en sus tumbas después de que los deudos recen sus oraciones, pongan sus coronas y se devuelvan al pueblo. Cuando las ruedas se han alejado por el barro seco de la carretera, cuando todas las cenas han sido consumidas y han sido doblados todos los cobertores de las camas, cuando todo eso ha sucedido la tumba permanece y el viento mece ligeramente sus flores. Esta sensación de cementerio es aterradora pero no del todo desagradable. Es real; es casi sobrecogedoramente real. A su manera, en este momento resulta más tolerable, más noble que

la carne cocinada y las lámparas. Baja las escaleras y camina por el pasto.

El cuerpo del petirrojo sigue allí (es curioso el desinterés de los perros y gatos del vecindario), pequeño incluso para un pájaro, tan extremadamente inerte, aquí, en la oscuridad, como un guante perdido, esta manotada vacía de muerte. Virginia se para sobre él. Ahora es basura; se ha despojado de la belleza de la tarde como Virginia se despojó de su fascinación de la hora del té con las tazas y los abrigos; como el día despojándose de su tibieza. Por la mañana Leonard sacará el pájaro y la hierba y las rosas con una pala y los botará. Piensa que un ser ocupa mucho más espacio cuando está vivo que cuando está muerto; que el tamaño es en parte una ilusión creada por los gestos y los movimientos, por la respiración. Muertos, nuestras verdaderas dimensiones se revelan y éstas resultan sorprendentemente modestas. ¿No le había sucedido acaso a su propia madre, que parecía haber sido subrepticamente extraída y reemplazada por una versión más pequeña en hierro pálido? ¿No había sentido la misma Virginia en su interior un espacio vacío, sorprendentemente disminuido, donde aparentemente debía residir un sentimiento fuerte?

Así que aquí se encuentra el mundo (casa, cielo, una primera estrella tentativa) y aquí se encuentra su opuesto, esta formita oscura en un círculo de rosas. No es más que basura. La belleza y la dignidad no fueron más que ilusiones alimentadas por la compañía de los niños, aceptadas para beneficio de los niños.

Se da vuelta y se aleja. En este momento parece posible la existencia de otro lugar —un lugar que no tiene nada que ver ni con la carne hervida ni con el círculo de rosas. Atraviesa la verja del jardín, sale al pasadizo y se encamina al pueblo.

Cuando atraviesa Prince Street y baja por Waterloo Place se cruza con otros: un hombre rollizo e imponente con un paque-

te, dos mujeres que conversan, seguramente sirvientas que regresan después de una tarde libre: blancas piernas brillantes debajo de los abrigos delgados, el relumbrón barato de una pulsera. Virginia se sube el cuello de la capa para cubrirse, aunque no hace frío. Apenas está empezando a oscurecer, y ventea. Cree que va a caminar hasta el pueblo, sí, ¿pero qué piensa hacer allí? Ya están barriendo las tiendas y preparándolas para el cierre. Pasa al lado de una pareja, un hombre y una mujer más jóvenes que ella que caminan juntos, sin prisa, que se inclinan el uno hacia el otro bajo el suave brillo limón de un farol para hablar (oye que el hombre dice “me dijo *no sé qué no sé qué* en este establecimiento, *no sé qué*, gruñido, sobre todo”); tanto el hombre como la mujer llevan sombreros de moda y el extremo con flecos de una bufanda mostaza (¿la de quién?) ondea tras ellos como una bandera; ambos están ligeramente inclinados hacia adelante y también el uno hacia el otro mientras trepan la colina, asiendo sus sombreros para que no se los lleve el viento, ávidos pero sin afán, de regreso a casa (probablemente) después de un día en Londres, él diciendo ahora “Por eso es que tengo que preguntarte”, después de lo cual baja la voz —Virginia no puede oír ni una palabra— y la mujer emite un gritito de alegría, dejando ver un relámpago blanco de diente, y el hombre ríe mientras avanza, posando en el piso con absoluta confianza primero la punta de uno y después la de otro zapato marrón perfectamente embetunado.

Estoy sola, piensa Virginia, y el hombre y la mujer siguen cuesta arriba y ella cuesta abajo. Ella no está sola, por supuesto, o al menos no en una forma obvia para cualquiera, y sin embargo en este momento, mientras camina contra el viento hacia las luces del Quadrant, puede sentir la cercanía del viejo diablo (¿cómo más llamarlo?) y sabe que estará completamente sola si el diablo decide aparecer de nuevo y cuando decida aparecer de

nuevo. El diablo es un dolor de cabeza; el diablo es una voz dentro de una pared; el diablo es una aleta navegando por las oscuras olas; el diablo es la nada breve y gorjeante que fue la vida de un petirrojo. El diablo le chupa toda la belleza al mundo, toda la esperanza, y lo que queda cuando el diablo termina es el reino de los muertos vivientes –lúgubre, sofocante. Justo ahora Virginia siente una cierta grandeza trágica, pues el diablo es muchas cosas pero no mezquino, sentimental; arde en una verdad letal, intolerable. Justo ahora, mientras camina sin el dolor de cabeza, sin las voces, puede enfrentar al diablo pero debe seguir caminando, no debe mirar atrás.

Cuando llega al Quadrant (el carnicero y el verdulero ya bajaron sus toldos), voltea hacia la estación de tren. Va a ir a Londres, piensa; simplemente va a ir a Londres, como Nelly en su diligencia, aunque la diligencia de Virginia será el viaje mismo, la media hora en el tren, el desembarco en Paddington, la posibilidad de caminar por una calle hasta llegar a otra, y a otra después de esa. ¡Qué diversión! ¡Qué zambullida! Es como si ella pudiera sobrevivir, pudiera prosperar, si Londres la rodea; si desaparece por un rato en medio de su enormidad, insolente y temeraria bajo un cielo despojado de amenazas: todas las ventanas con las cortinas abiertas (aquí, el severo perfil de una mujer; allá, el coquete de un asiento labrado), el tráfico, los hombres y las mujeres caminando ágilmente en su ropa de tarde; el olor de la cera y de la gasolina, del perfume, mientras alguien, en alguna parte (en una de estas avenidas anchas, en una de estas casas blancas porticadas), toca un piano; mientras las bocinas chillan y los perros aúllan, mientras todo el estridente carnaval gira y gira, brillante, resplandeciente; mientras el Big Ben marca las horas, que caen en círculos plomizos sobre los que se dirigen a la fiesta y sobre los buses, sobre la pétrea reina Victoria sentada frente al Palacio en sus bancos de geranios, sobre los parques que yacen hundi-

dos en su ensombrecida solemnidad tras las barandas de hierro negro.

Virginia desciende las escaleras de la estación del tren. La estación de Richmond es simultáneamente un portal y un destino. Está dotada de columnas y dosel y llena de un leve olor a quemado, ligeramente desolada aunque esté llena (como ahora), bordeada de bancos amarillos de madera que no invitan a permanecer en ellos. Mira el reloj, se da cuenta de que un tren acaba de partir y el siguiente tardará más de veinticinco minutos. Se entiesa. Se había imaginado (¡qué tontería!) subiéndose a un tren o esperando no más de cinco o diez minutos. Permanece impaciente ante el reloj y después da unos cuantos pasos lentos por la plataforma. Si hace eso, si se sube en el tren que parte dentro de lo que ahora ya son veintitrés minutos, y se va para Londres, y camina en Londres, y toma el último tren de vuelta (que la dejará de vuelta en Richmond a las once y diez), Leonard enloquecerá de preocupación. Si lo llama (hay un teléfono público en la estación, recientemente instalado), se pondrá furioso, le exigirá que regrese inmediatamente; sugerirá (nunca lo diría de frente) que si ella se agota y acaba agobiada, si se enferma de nuevo, será por su culpa. Este, por supuesto, es el dilema: él tiene toda la razón y al mismo tiempo está terriblemente equivocado. Ella está mejor, está más segura, si descansa en Richmond; si no habla demasiado, si no escribe demasiado, si no siente demasiado; si no parte impetuosamente para Londres y camina por sus calles; y sin embargo de esta forma está muriendo, se muere suavemente sobre un lecho de rosas. En realidad prefiere enfren-
tar la aleta en el agua que vivir escondida, como si la guerra no hubiese terminado (es curioso que el primer recuerdo que surge, después de todo lo que pasó, sea la espera interminable en el sótano, en donde todos se apretujan y ella se ve obligada a conversar durante horas con Nelly y Lottie). Le están agotando la

vida (¡ya es mayor de cuarenta!) de tanto cuidársela, taza por taza, y el vagón de carnaval en el que va Vanessa —el alegre festín que es ella, esa vasta vida, los niños y las pinturas y los amantes, la casa brillantemente atiborrada— se perdió entre la noche, dejando atrás el eco de los platillos, sus notas de acordeón, mientras las ruedas avanzan por la carretera. Recibirá su castigo.

Le compra un boleto al hombre de cara roja tras la reja. Va y se sienta, muy derecha, en el banco de madera. Faltan dieciocho minutos. Se queda sentada en el banco, mirando al frente (si sólo tuviera algo que leer), hasta que ya no lo soporta más (faltan quince minutos). Se pone de pie y sale de la estación. Si camina una cuadra por Kew Road y se devuelve, llegará justo a tiempo para tomar el tren.

Pasa frente a su reflejo, fragmentado y de oro, en el nombre dorado del carnicero, que flota en el vidrio sobre el cadáver de un cordero (hay un mechón de lana pálida que sigue agarrado del hueso del tobillo), cuando se da cuenta de que Leonard camina hacia ella. En ese instante se le ocurre dar la vuelta y correr de regreso a la estación; piensa que así logrará escapar de una especie de catástrofe. Pero no lo hace. Sigue caminando hacia adelante, hacia Leonard, quien evidentemente ha salido de afán, pues no se quitó las pantuflas de cuero, y se ve extremadamente flaco —demacrado— con su chaleco y su saco de pana y el cuello sin abotonar. Aunque la persigue como un guardia o un tutor, como una figura represiva, le causa impresión lo pequeño que parece, en pantuflas por Kew Road; lo viejo y ordinario. Lo ve momentáneamente como lo vería un extraño: apenas uno más de los muchos hombres que caminan por la calle. Se siente triste por él, y extrañamente conmovida. Logra sonreír con ironía.

—Señor Woolf —le dice—. Qué inesperado placer.

—¿Querrías decirme, por favor, qué estás haciendo? —dice él.

—Estoy dando un paseo. ¿Te parece misterioso?

—Sólo cuando desapareces de la casa, justo antes de cenar, sin decir una palabra.

—No quise interrumpirte. Sabía que estabas trabajando.

—Lo estaba.

—Ahí está.

—No debes desaparecer. No me gusta.

—Estás actuando muy raro, Leonard.

Él frunce el ceño.

—¿Lo hago? No sé qué me pasa. Fui a buscarte y no estabas. Pensé que algo te había pasado. No sé por qué.

Ella lo imagina buscándola por toda la casa, mirando en el jardín. Piensa en él saliendo a toda prisa, pasando frente al cuerpo del petirrojo, atravesando la verja, corriendo colina abajo. Se siente súbita, inmensamente triste por él. Debería decirle, lo sabe, que su premonición no era del todo equivocada; que de hecho sí organizó una especie de huida, que de hecho sí había planeado desaparecer, aunque sólo fuera por unas horas.

—No pasa nada —dice ella—. Apenas me ventilo por las avenidas. Es una noche como para eso.

—Estaba tan preocupado —dice él—. No sé por qué.

Se quedan allí de pie en un silencio breve, inusual. Miran en la vitrina de la carnicería sus reflejos fracturados en las letras doradas.

—Debemos volver por el asado de Nelly —dice Leonard—. Tenemos aproximadamente quince minutos antes de que ella arrase con todo y queme la casa.

Virginia titubea. ¡Pero Londres! Todavía quiere, desesperadamente, subirse al tren.

—Debes de tener hambre —dice.

—Un poco. Tú también, imagino.

De pronto se le ocurre que los hombres son muy frágiles; que

están llenos de terror. Piensa en Quentin entrando a la casa para lavarse de las manos la muerte del petirrojo. En ese momento siente que tiene un pie a un lado de una línea invisible y el otro, en el otro lado. En este lado está Leonard, serio y preocupado, la cuadra de tiendas cerradas, la subida a oscuras que conduce a Hogarth House, donde Nelly espera con impaciencia, casi con alegría, la oportunidad de acumular nuevos motivos de queja. En el otro lado está el tren. En el otro lado está Londres, y todo lo que Londres implica en relación con la libertad, los besos, las posibilidades del arte y el taimado y oscuro destello de la locura. Se le ocurre que la señora Dalloway es una casa en una colina donde una fiesta está a punto de comenzar; la muerte es la ciudad allá abajo, que la señora Dalloway adora y teme y en la que de alguna manera anhela adentrarse tan profundamente que nunca vuelva a encontrar la salida.

Virginia dice:

—Ya es hora de que volvamos a Londres, ¿no crees?

—No estoy tan seguro —responde él.

—He estado bien durante bastante tiempo. No podemos seguir rondando los suburbios para siempre, ¿o sí?

—Discutámoslo durante la cena, ¿está bien?

—Está bien.

—¿Tanto quieres vivir en Londres?

—Sí. Quisiera que no fuera así. Quisiera ser feliz con esta vida tranquila.

—Yo también quisiera.

—Vamos —dice ella.

Guarda el boleto en la cartera. Nunca le contará a Leonard que había planeado huir, aunque fuera por unas pocas horas. Virginia le pasa el brazo y le aprieta el codo afectuosamente, como si fuera él quien necesitara cuidado y comodidad —como

si fuera él quien estuviera en peligro. Comienzan a ascender la colina hacia Hogarth House tomados del brazo, como una pareja madura camino a casa.

La señora Dalloway

—¿Más café? —le pregunta Oliver a Sally.

—Gracias —Sally le entrega su taza al asistente de Oliver, un joven sorprendentemente simple, de pelo rubio, casi blanco, y mejillas hundidas quien, a pesar de haber sido presentado como el asistente, parece estar a cargo del café. Sally esperaba un macho joven e impecable, todo mandíbulas y biceps. Este muchacho flacucho y ansioso sería perfecto tras el mostrador de perfumes de una tienda por departamentos.

—¿Y qué piensas? —dice Oliver.

Sally mira el café que le están sirviendo para evitar mirar a Oliver. Cuando ponen la taza frente a ella mira en dirección a Walter Hardy, quien no deja ver nada. Walter tiene un cierto talento, nada despreciable, para parecer absolutamente atento y completamente en blanco, como una lagartija que ha reptado a la cima de una roca soleada.

—Interesante —dice Sally.

—Sí —responde Oliver.

Sally asiente juiciosamente, toma un sorbo de café.

—Me pregunto si de verdad se puede hacer.

—Yo creo que es hora —responde Oliver—. Yo creo que la gente está lista.

—¿Realmente lo crees?

Sally apela silenciosamente a Walter. *Habla, idiota*. Walter simplemente asiente, parpadea complacido, alerta ante la posibilidad de peligro y al mismo tiempo casi completamente hipnotizado por el calor que emana de Oliver St. Ives, quien es bien parecido y lleva la ropa arrugada, tiene más o menos cuarenta y cinco y una mirada aguda tras sus modestos anteojos de aro dorado; cuya

imagen de celuloide ha sobrevivido a innumerables intentos por parte de otros hombres de asesinarlo, engañarlo, ensuciar su nombre, arruinar su familia, quien le hace el amor a las diosas, siempre con el mismo ardor avergonzado, como si no pudiera creer la suerte que tiene.

—Sí —dice Oliver con una voz en la que se nota la impaciencia creciente.

—Suenas de verdad interesante —dice Sally y no puede evitar la risa.

—Walter podría hacerlo —dice Oliver—. Walter podría lograrlo. Definitivamente.

Al oír su nombre Walter se yergue, parpadea con más rapidez, se inclina hacia adelante en su asiento, prácticamente cambia de color.

—Me encantaría intentarlo —dice.

Oliver sonríe con su famosa sonrisa. Sally aún se sorprende a veces al constatar cuánto se parece Oliver a sí mismo. ¿No se supone que las estrellas de cine son de baja estatura, ordinarias y del mal humor? ¿No nos deben al menos eso? Oliver St. Ives debe de haber sido identificable como una estrella de cine desde la niñez. Es incandescente. Es Bunyanesco. Mide cerca de un metro con ochenta centímetros y sus manos perfectamente formadas, cubiertas de vellos rubios, podrían dar palmaditas en la cabeza de la mayoría de los demás hombres. Tiene facciones grandes y el rostro chato y aunque en persona no es tan apuesto como en la pantalla, se comporta como si tuviera toda esa singularidad misteriosa e innegable, una singularidad que no es sólo del espíritu sino también de la carne, como si todos los demás hombres musculosos, exuberantes e intrépidos del país fueran de alguna manera una copia de él, bien hecha o no tan bien hecha.

—Hazlo —le dice Oliver a Walter—. Tengo toda la fe del mundo

en tus poderes. Al fin y al cabo destrozaste mi carrera con una historia insignificante.

Walter intenta una sonrisa perspicaz pero resulta horriblemente degradada y llena de odio. De pronto y con absoluta nitidez, Sally se lo imagina a los diez años. Seguramente amigable hasta la desesperación y capaz de calibrar al milímetro la situación social de los otros niños de su edad. Seguramente era capaz de todas las versiones de la traición.

—No me digas eso —dice Walter sonriendo—. ¿No intenté convencerte de que no lo hicieras? ¿No te llamé mil veces?

—No te preocupes, amiguito, me estoy burlando de ti —dice Oliver—. No me arrepiento de nada, de absolutamente nada. ¿Qué piensas del guión?

—Nunca le he metido el diente a una película de suspenso —dice Walter.

—Es fácil. Es la cosa más fácil del mundo. Alquila media docena de las que han hecho plata y sabrás todo lo que tienes que saber.

—Pero ésta sería un poco diferente —dice Sally.

—No —responde Oliver con paciente irritación y una sonrisa—. No diferente. En ésta el héroe sería homosexual. Eso sería lo único y no sería la gran cosa. No sería un hombre torturado por su sexualidad. No tendría VIH. No sería más que un hombre homosexual haciendo lo que tiene que hacer, que es salvar al mundo de una u otra forma.

—Mmm —dice Walter—. Creo que puedo hacer eso. Me gustaría intentarlo.

—Muy bien. Genial.

Sally toma otro sorbo de café y quiere irse pero también quedarse; quiere no querer que Oliver St. Ives la admire. No hay fuerza más poderosa en el mundo que la fama, piensa. Para ayudarse a mantener la calma, mira a su alrededor, al apartamento que

apareció en la portada de *Architectural Digest* un año antes de que Oliver se destapara en público y que probablemente no volverá a aparecer nunca más en una revista dadas las implicaciones de la anunciada naturaleza sexual de Oliver en relación con su gusto. La ironía, piensa Sally, es que el apartamento es horrible como son horribles los apartamentos en donde predomina la ostentación machista: una mesa de café Lucite y paredes de laca carmelita, nichos que albergan objetos asiáticos y africanos iluminados (Oliver seguramente piensa que están “dramáticamente iluminados”) y que a pesar del despliegue reverencial e inmaculado no sugieren a un conocedor sino a un saqueador. Ésta es la tercera vez que Sally viene a este lugar y todas las veces ha sentido la urgencia de confiscar los tesoros y regresarlos a sus legítimos dueños. Simula prestarle atención a Oliver mientras se imagina a sí misma llegando a un remoto pueblo en la montaña entre aplausos y vítores, cargando la máscara de antílope ennegrecida por los años o el tazón de porcelana verde pálido, levemente fosforescente, en donde dos carpas pintadas nadan desde hace diez siglos.

—¿Tú no estás tan segura, Sal? —dice Oliver.

—¿Ah?

—No estás convencida.

—Convencida o no, yo aquí estoy totalmente fuera de mi elemento. Yo no sé nada de Hollywood.

—Eres más inteligente que la mayoría de los personajes que hay por allá. Tú eres una de las pocas personas que están en este negocio y que yo respeto.

—Yo no estoy “en este negocio”, de ninguna manera, tú sabes que lo que yo hago...

—No estás convencida.

—Pues no, no lo estoy —dice ella—. ¿Pero a quién le importa?

Oliver suspira y se empuja los anteojos hacia arriba con un

gesto que Sally recuerda haberle visto en una de sus películas, una en la que un apacible (¿contador? ¿abogado? ¿tal vez un productor de televisión?) se ve finalmente obligado a eliminar brutalmente a un pequeño ejército de narcotraficantes para salvar a su hija adolescente.

—Tengo que admitir que tendría que ser perfecto —dice Oliver lentamente—. No me hago ilusiones de que sea una cosa segura.

—¿Tendría un amante?

—Una compañía. Un compinche. Como Batman y Robin.

—¿Tendrían relaciones sexuales?

—Nadie tiene relaciones sexuales en las películas de suspense. Desacelera demasiado la acción. Se pierde la atención de los niños. Lo máximo que hay es un beso al final.

—¿Se besarían al final?

—Ése es el departamento de Walter.

—¿Walter?

Walter parpadea de vuelta a la acción.

—Hola —dice—. Hace menos de tres minutos dije que creía que quizás podría hacerlo. Nada de caprichos, ¿ah?

—No podemos ser calculadores con esto —dice Oliver—. He visto a demasiada gente sentada escribiendo un éxito seguro y siempre se revientan. Hay una especie de maldición.

—¿Tú crees que la gente estaría interesada? —dice Sally—. Suficiente gente, quiero decir.

Oliver suspira de nuevo y el tono de este suspiro es notablemente diferente del tono del anterior. Éste es un suspiro resignado y definitivo, que se acerca al registro nasal, significativo porque carece de tonos dramáticos. Es como el primer suspiro de desinterés que el amante lanza por la línea telefónica, el suspiro que indica el comienzo del final. ¿Habría usado Oliver este suspiro en una película? ¿O quizás alguien más, alguien real, suspiró así en el oído de Sally hace muchos años?

—Muy bien —dice Oliver. Pone las palmas de las manos sobre el mantel—. Hablemos en un par de días, Walter, cuando hayas podido digerir esto.

—Seguro —dice Walter—. Suena bien.

Sally se toma un último sorbo de café. Obviamente se trata de un juego de hombres; de la capacidad de engaño de los hombres. Para empezar, no la necesitaban a ella. No realmente. Después de aparecer en su programa, Oliver decidió (y, enfrentémoslo, no es precisamente Einstein) que Sally era su musa y su mentor, una especie de Safo que pronuncia sentencias sabias y tristes desde su isla. Es mejor ponerle fin a eso desde ya.

Pero sigue estando ahí el terrible deseo de ser amada por Oliver St. Ives. Pero sigue estando ahí el horror de quedarse rezagada.

—Gracias por venir —dice Oliver y Sally debe sobreponerse a la urgencia de retractarse, de inclinarse hacia Oliver sobre la mesa, sobre los restos del almuerzo, y decir: *Lo he pensado mejor y creo que una película de suspenso con un héroe homosexual podría funcionar.*

Adiós, pues. Es hora de volver a las calles.

Sally espera con Walter en la esquina de Madison y la setenta. No hablan sobre Oliver St. Ives. Entienden, contradictoriamente, que Walter triunfó y Sally fracasó y que Sally triunfó y Walter fracasó. Buscan otras cosas de qué hablar.

—Supongo que nos veremos esta noche —dice Walter.

—Mm —responde Sally. ¿Quién invitó a Walter?

—¿Y cómo está Richard? —pregunta Walter. Agacha la cabeza torpemente, reverencialmente, señalando con la visera de su gorra las colillas de cigarrillos y los círculos grises de goma de mas-car, la envoltura arrugada de una hamburguesa de un cuarto de

libra, como Sally no puede evitar notar. Nunca se ha comido una hamburguesa de ese tamaño.

El semáforo cambia. Cruzan la calle.

—Bien —dice Sally—. Muy enfermo, en realidad.

—Qué época —dice Walter—. Dios, qué época.

Sally se ve inundada de nuevo por una ola de indignación que surge desde debajo del estómago y cuyo calor le nubla la vista. Lo que es insoportable es la vanidad de Walter. Es saber que mientras dice las cosas más correctas y respetuosas —incluso mientras *siente* las cosas más correctas y respetuosas—, está pensando al mismo tiempo en lo sensacional que es ser el semifamoso novelista Walter Hardy, amigo de estrellas de cine y de poetas, aún saludable y musculoso a pesar de que ya cumplió cuarenta. Sería más cómico si tuviera menos influencia en el mundo.

—Bien —dice Sally en la otra esquina pero antes de que pueda despedirse Walter se dirige a una vitrina y se queda allí parado con la cara a varios centímetros del vidrio.

—Mira esto —dice—. Están divinas.

En la vitrina hay tres camisas de seda, cada una exhibida en una reproducción de yeso de una estatua griega clásica. Una de las camisas es curuba pálido, la otra esmeralda, la tercera de un profundo azul marino. Cada una tiene un bordado diferente en el cuello y en el frente hecho con hilos plateados y tan delicado como una telaraña. Las tres cuelgan fluidas, iridiscentes, del delgado torso de las estatuas y de cada uno de los cuellos surge una serena cabeza blanca con labios llenos, nariz recta e inexpresivos ojos blancos.

—Mm —dice Sally—. Sí. Divinas.

—Debería comprarle una a Evan. Un regalo le caería bien hoy. Vamos.

Sally titubea y después sigue a Walter hacia la tienda contra su voluntad, impotente ante el inesperado arrebató de remordimiento. Sí, Walter es ridículo, pero además de desprecio Sally aparentemente siente una terrible e inevitable ternura por el pobre imbécil, que ha pasado los últimos años esperando a que su novio tonto y bonito, su trofeo, se muera, y ahora, de repente, enfrenta la posibilidad (¿quizás con sentimientos encontrados?) de que el novio sobreviva. Sally piensa que la muerte y la resurrección siempre son fascinantes y no parece importar mucho que involucren al héroe, al villano o al payaso.

La tienda es de puro arce barnizado y granito negro. De alguna manera se las han arreglado para que huela ligeramente a eucalipto. Las camisas están exhibidas sobre las superficies negras brillantes.

—Creo que azul —dice Walter mientras entran—. El azul le sienta a Evan.

Sally deja que Walter hable con el apuesto dependiente, de pelo engominado hacia atrás. Vaga pensativamente por entre las camisas y mira la etiqueta en una camisa color crema con botones de madreperla. Cuesta cuatrocientos dólares. Se pregunta si es patético o heroico comprar una camisa fabulosa, asquerosamente cara para el amante que está tentativamente en recuperación. ¿O ambas? Por su parte, Sally nunca desarrolló el gusto de comprarle regalos a Clarissa. Después de tantos años, todavía no sabe con seguridad qué le gustará a Clarissa. Ha tenido aciertos —la bufanda de cachemira color chocolate de la Navidad del año pasado, la caja lacada antigua en la que conserva las cartas— pero ha tenido por lo menos igual número de fracasos: el extravagante reloj de Tiffany (aparentemente era demasiado formal), el suéter amarillo (¿fue el color o el cuello?), la cartera negra de cuero (sólo inapropiada; imposible saber por qué). Clarissa se niega a admitirlo cuando no le gusta un regalo, no obstante

las exhortaciones de Sally. Según Clarissa, cada uno de los regalos es perfecto, exactamente lo que esperaba, y al infeliz dador no le queda otro remedio que esperar a ver si el reloj resulta “demasiado bueno para el uso diario”, o si el suéter es usado una vez, para una fiesta insignificante, y después no aparece más nunca. Sally empieza a sentir rabia contra Clarissa, contra Walter Hardy, contra Oliver St. Ives; contra todos los seres vivos optimistas y deshonestos; pero después mira a Walter Hardy en el proceso de comprar una brillante camisa azul para su amante y la invade la nostalgia. Clarissa probablemente está en casa en este momento.

De repente Sally quiere llegar a casa con urgencia. Le dice a Walter:

—Tengo que irme. Es más tarde de lo que pensé.

—No me demoro nada —dice Walter.

—Me voy. Nos vemos más tarde.

—¿Te gusta la camisa?

Sally toca la tela, dúctil y con un grano diminuto, vagamente carnosa.

—Me fascina —dice—. Es una camisa sensacional.

El dependiente sonríe agradecido, con timidez, como si fuera personalmente responsable de la belleza de la camisa. No es distante ni condescendiente, como podría esperarse de un muchacho apuesto que trabaje en una tienda como ésta. ¿De dónde salen estas bellezas impecables que contratan como vendedores? ¿Cuáles son sus expectativas?

—Sí —dice Walter—. Es una gran camisa, ¿no?

—Adiós.

—Adiós. Nos vemos más tarde.

Sally sale de la tienda tan rápido como puede y marcha hacia la estación de la sesenta y ocho. Le gustaría llegar a casa con un regalo para Clarissa pero no puede imaginar qué. Quisiera decirle algo a Clarissa, algo importante, pero no logra verbalizarlo. “Te

amo” es fácil. “Te amo” se ha vuelto ordinario y se pronuncia no sólo durante los aniversarios y los cumpleaños sino espontáneamente, en la cama o en el fregadero o incluso en taxis, al alcance del oído de conductores extranjeros que creen que las mujeres deberían caminar tres pasos detrás de sus maridos. Sally y Clarissa no son mezquinas con sus afectos, y eso obviamente es bueno, pero ahora Sally siente que quiere ir a casa y decir algo más, algo que sea más que dulce y reconfortante, más que la pasión misma. Lo que quiere decir tiene que ver con la gente que ha muerto; tiene que ver con su propia sensación de ser enormemente afortunada y de estar padeciendo a la vez una pérdida inminente y devastadora. Si algo le sucediera a Clarissa ella, Sally, seguiría viviendo pero no sobreviviría exactamente. Ella no va a estar bien. Lo que quiere decir tiene que ver no sólo con la felicidad sino con ese temor intenso, constante, que es la otra cara de la felicidad. Puede soportar la idea de su propia muerte pero la idea de la muerte de Clarissa le resulta insoportable. Este amor de ellas, con su reconfortante domesticidad y sus silencios fáciles, ha uncido a Sally a la maquinaria de la mortalidad misma. Ha creado una pérdida que es imposible imaginar. Ha creado un cordón cuya trayectoria puede seguir a partir de este mismo momento en el que camina hacia la estación del metro por estos barrios de clase alta hasta mañana, y el día siguiente y el siguiente, hasta el final de su vida y el final de la vida de Clarissa.

Toma el metro para ir al centro y se detiene en el puesto de flores del mercado coreano de la esquina. Tienen la variedad usual: claveles y crisantemos, un puñado de lirios marchitos, fresias, margaritas, ramos de tulipanes blancos, amarillos y rojos cuyo pétalos han empezado a ponerse correosos en las puntas. Flores zombis, piensa; son un producto como cualquier otro y han sido obligadas a crecer como pollos cuyas patas nunca tocan el piso desde el huevo hasta el matadero. Sally se queda de

pie delante de las flores en sus plataformas de madera de diferentes alturas, frunciendo el ceño, y se ve a sí misma y a las flores reflejadas en los baldosines que hay al fondo del cuarto frío (hela ahí, con el pelo gris, las facciones afiladas, pálida [¿a qué horas se volvió así de vieja?], debería tomar más sol), y piensa que no hay nada en el mundo que desee para ella o para Clarissa, ni camisas de cuatrocientos dólares ni estas lastimosas flores, nada. Está a punto de irse con las manos vacías cuando ve un ramo de rosas amarillas en un balde carmelito de caucho en el rincón. Apenas empiezan a abrirse. Los pétalos de la base son de un amarillo más oscuro, casi anaranjado, como un rubor color mango que se esparce hacia arriba y se difunde en venas delgadísimas. Son tan convincentemente similares a las flores de verdad, las cultivadas en un jardín, que parecen haber llegado a ese cuarto frío por error. Sally las compra rápidamente, casi a escondidas, como si temiera que la mujer coreana que maneja el puesto se dé cuenta de que ha habido un error y le informe con gran seriedad que esas rosas no están para la venta. Camina por Tenth Street con las rosas en la mano, sintiéndose exultante, y cuando entra al apartamento está ligeramente excitada. ¿Cuándo fue la última vez que tuvieron relaciones?

—Hola —llama—. ¿Estás en casa?

—Aquí —responde Clarissa y Sally nota en su tono de voz que algo está mal. ¿Estará a punto de caer en una de esas pequeñas emboscadas que salpimientan su vida en común? ¿Acaba de hacer su entrada, con su ramo de flores y su naciente deseo, en una escena de irritación doméstica en la que el mundo se ha tornado gris y enfermo porque ella ha revelado una vez más su egoísmo y dejó de hacer algo, o no limpió algo u olvidó hacer una llamada importante? Su felicidad se desvanece; su deseo se evapora. Entra a la sala con las rosas.

—¿Qué hay? —le dice a Clarissa, que está sentada en el sofá,

nada más sentada ahí como si se encontrara en la sala de espera de un médico. Mira a Sally con una expresión curiosa, más de desorientación que de aflicción, como si no estuviera segura de quién es, y Sally experimenta por un instante un indicio de la decadencia futura. Si ambas viven lo suficiente, si continúan juntas (¿y cómo, después de todo esto, podrían separarse?), verán cómo la otra se apaga.

—Nada —dice.

—¿Estás bien?

—¿Ah? Sí... sí. No sé. Louis está en Nueva York. Regresó.

—Iba a suceder tarde o temprano.

—Pasaba por aquí, timbró. Hablamos un rato y después empezó a llorar.

—¿De veras?

—Sí. Porque sí, más o menos. Después llegó Julia y él salió corriendo.

—Louis. ¿Y qué cuenta?

—Tiene un nuevo novio. Un estudiante.

—Ah. Qué bien.

—Y después apareció Julia con Mary...

—Dios mío. El circo entero pasó por aquí.

—Ay, Sally. Trajiste rosas.

—¿Qué? Ah, sí.

Sally esgrime las rosas y en ese mismo instante nota el florero lleno de rosas que Clarissa puso sobre la mesa. Ambas se ríen.

—Éste es como un momento de O. Henry, ¿no? —dice Sally.

—Nunca son demasiadas rosas —dice Clarissa.

Sally le entrega las flores y por un instante ambas se sienten simple y plenamente felices. Están aquí ahora y de alguna manera se las han arreglado, durante los últimos dieciocho años, para seguir amándose. Es suficiente. En este momento, es suficiente.

La señora Brown

Es más tarde de lo que había pensado, pero no demasiado tarde; no tan tarde como para que deba dar una explicación. Ya casi son las seis. Leyó la mitad del libro. Se dirige a la casa de la señora Latch, llena de lo que ha leído: Clarissa y el demente Septimus, las flores, la fiesta. Las imágenes flotan en su mente: la figura en el carro, el aeroplano con el mensaje. Laura ocupa una especie de zona crepuscular: un mundo compuesto de Londres en los años veinte, de una habitación de hotel color turquesa y de este carro que rueda por la calle conocida. Ella es ella misma y no lo es. Es una mujer en Londres, una aristócrata pálida y encantadora, un poquito falsa; es Virginia Woolf; y es esta otra, esta cosa vacilante e incipiente conocida como ella misma, una madre, una automovilista, un golpe arremolinado de pura vida como la vía láctea, una amiga de Kitty (a quien besó, quien quizás esté muriendo), un par de manos, con uñas (una rota) pintadas de coral y una alianza de diamantes, que se aferran al timón de un Chevrolet mientras un Plymouth azul pálido golpea intermitentemente las luces del freno frente a ella, mientras el sol de esta tarde de verano asume sus profundidades doradas, mientras una ardilla, con una cola que parece un signo de interrogación gris pálido, pasa volando sobre un cable de teléfono.

Se detiene frente a la casa de la señora Latch, donde hay dos ardillas de yeso pintado adheridas al frontón sobre el garaje. Sale del carro y se queda de pie por un momento, mirando las ardillas de yeso y con las llaves del automóvil en la mano. A su lado, el automóvil hace un curioso tictac (tiene este ruido desde hace varios días; habrá que llevarlo al mecánico). La sobrecoge la sensación de no existir. No hay otra forma de decirlo. Allí, de pie al

lado de su carro palpitante, frente al garaje de la señora Latch (las sombras de las ardillas de yeso son largas), ella no es nadie; no es nada. Por un instante le parece que al ir al hotel se salió de su vida, y esta entrada, este garaje, le son absolutamente desconocidos. Estuvo lejos. Ha estado pensando afectuosamente, incluso anhelosamente, en la muerte. Fue a un hotel en secreto, como si fuera a encontrarse con un amante. Se queda de pie, aferrada a las llaves del carro y a la cartera, mirando la entrada de la casa de la señora Latch. La puerta, pintada de blanco, tiene una ventanita con un postigo verde, como si el garaje fuera una casita en miniatura adherida a la casa más grande. La respiración de Laura súbitamente se torna dificultosa. Se siente un poco mareada, como si estuviera a punto de tropezarse y caer sobre la lisa entrada de concreto de la señora Latch. Piensa en la posibilidad de volver al carro y alejarse. Se obliga a sí misma a seguir adelante. Se recuerda a sí misma que tiene que recoger a su hijo, llevarlo a casa y terminar de organizar la cena de cumpleaños de su esposo. Tiene que hacer esas cosas normales y corrientes.

Con un cierto esfuerzo, inhala profundamente y camina hacia el estrecho porche de la señora Latch. Es por el secreto, se dice a sí misma; es por la extrañeza de lo que acaba de hacer, aunque en realidad no hubo nada malo en ello, ¿o sí? No fue a encontrarse con su amante, como una esposa en una aventura barata. Sencillamente se fue por unas horas, leyó su libro y regresó. Es un secreto sólo porque no se le ocurre cómo explicarlo, en realidad cómo explicar nada de lo que pasó: el beso, la torta, el momento de pánico cuando su automóvil llegó a la cima de la cañada de Chávez. Ciertamente no sabe cómo explicar dos y media horas de lectura en una habitación alquilada.

Inhala de nuevo. Presiona el timbre de la señora Latch, rectangular e iluminado, que emite destellos naranja bajo el sol de la tarde.

La señora Latch abre la puerta casi inmediatamente, como si hubiera estado esperándola de pie justo allí. La señora Latch es rubicunda, de enormes caderas enfundadas en bermudas, extremadamente afectuosa; su casa está llena de un succulento olor marrón, como de una carne en el horno, que se despliega tras ella cuando abre la puerta.

—Hola —dice.

—Hola —responde Laura—. Qué pena llegar tarde.

—De ninguna manera. Estábamos pasándola muy bien. Entra.

Richie sale corriendo de la sala. Está encendido, sobresaltado, prácticamente sobrecogido de amor y alivio. Tiene la sensación de haberlos sorprendido, a él y a la señora Latch, haciendo algo; la sensación de que dejaron de hacer lo que estaban haciendo y escondieron apresuradamente la evidencia. Hoy Laura tiene la conciencia culpable; es sólo que está confundido, piensa. Pasó las últimas horas en un ámbito completamente diferente. Al quedarse en la casa de la señora Latch, aunque fuera por unas pocas horas, empezó a perder de vista su propia vida. Empezó a creer, y eso no lo hace feliz, que vive aquí, que quizás siempre ha vivido aquí, entre estos pesados muebles amarillos, entre estas paredes forradas en yute.

Richie empieza a llorar y corre hacia ella.

—Y ahora qué pasa —dice Laura alzándolo. Inhala su olor, su esencia profunda, una intensa limpieza, indefinible. Se siente mejor abrazándolo, inhalando.

—Está feliz de verla —dice la señora Latch con forzado entusiasmo y amarga alegría. ¿Acaso se había imaginado que ella era una especie de regalo para él y que su casa era una casa llena de maravillas? Sí, probablemente lo hizo. ¿Acaso de pronto siente resentimiento contra él por ser el niño de su mamá? Probablemente lo hace.

—Gusanito —dice Laura cerca de la orejita rosada de su hijo.

Está orgullosa de su tranquilidad maternal, de la forma cómo hace valer su derecho sobre el niño. Las lágrimas de él la avergüenzan. ¿Piensan los demás que ella es demasiado sobreprotectora? ¿Por qué hace esto tan a menudo?

—¿Terminó de hacer lo que tenía que hacer? —le pregunta la señora Latch.

—Sí. Más o menos. Gracias por quedarse con él.

—La pasamos muy bien juntos —dice con entusiasmo y rabia—. Puede traerlo cuando quiera.

—¿Te divertiste? —le pregunta Laura.

—Ajá —responde Richie y deja de llorar. Su carita agoniza de esperanza, tristeza y confusión.

—¿Te portaste bien?

Él asiente.

—¿Me extrañaste?

—¡Sí! —dice.

—Tenía muchas cosas que hacer —dice Laura—. La fiesta de cumpleaños de tu papá tiene que ser perfecta, ¿no?

Él asiente. Sigue mirándola con suspicacia llorosa, desconcertada, como si ella pudiera no ser su madre en realidad.

Laura le paga a la señora Latch, acepta un ave del paraíso de su jardín. La señora Latch siempre le ofrece algo —una flor, galletas—, como si ése fuera el objeto por el que paga y el cuidado del niño fuera gratis. Laura, excusándose de nuevo por la tardanza y alegando la inminente llegada de su esposo, corta por lo sano los quince minutos usuales de conversación, sube a Richard en el carro y se aleja despidiéndose con un último y exagerado ademán. Sus tres pulseras de marfil se golpean entre sí.

Apenas se alejan de la señora Latch, Laura le dice a Richie:

—Ay, niño, estamos en problemas. Tenemos que volar a casa y empezar a cocinar. Debimos haber llegado hace una hora.

Él asiente solemnemente. El peso y la sustancia de la vida se reafirman; la sensación de la nada se desvanece. Este momento, ahora, a mitad de la cuadra, a medida que el automóvil se acerca a una señal de pare, es inesperadamente largo y quieto, apacible; Laura se sumerge en él como lo haría en una iglesia al llegar de una calle ruidosa. A cada lado, los aspersorios arrojan conos brillantes de llovizna sobre el césped. El último sol cubre de dorado un cobertizo de aluminio. Resulta inefablemente real. Ella se reconoce como una esposa y una madre, nuevamente embarazada, que conduce a casa mientras se arrojan velos de agua al aire.

Richie no habla. La observa. Laura frena al llegar al pare.

—Qué bueno que papá trabaje hasta tan tarde —dice—. Así lo vamos a tener todo listo a tiempo, ¿no crees?

Lo mira. Se topa con sus ojos y ve en ellos algo que no reconoce del todo. Sus ojos, toda su cara, parecen iluminados desde adentro; lo embarga, por primera vez, una emoción que ella no logra descifrar.

—Mi corazón —dice—, ¿te pasa algo?

Él responde, más fuerte de lo necesario:

—Mami, te amo.

Hay algo raro en su voz, algo escalofriante. Tiene un tono que ella nunca le ha oído antes. Suena frenético, como un extranjero. Podría ser un refugiado, alguien con un inglés rudimentario que intenta desesperadamente comunicar una necesidad para la cual no ha aprendido la expresión correcta.

—Yo también te amo, mi niño —replica, y aunque ha pronunciado esas palabras miles de veces, puede oír el engañoso nerviosismo que se aloja en su garganta, el esfuerzo que debe hacer para sonar natural. Acelera para cruzar la intersección. Maneja con cuidado, con ambas manos precisamente centradas sobre el timón.

Piensa que el niño va a empezar a llorar otra vez, como lo hace con tanta frecuencia, inexplicablemente, pero sus ojos permanecen brillantes y secos y no parpadea.

—¿Te pasa algo malo? —pregunta.

Sigue mirándola. No parpadea.

Él lo sabe. Debe de saberlo. El niño se da cuenta de que estuvo en un lugar ilícito; se da cuenta de que miente. La observa constantemente, está con ella prácticamente todo el tiempo que está despierto. La vio con Kitty. La vio preparar una segunda torta y enterrar la primera bajo los desechos en el tarro al lado de la basura. Se dedica por completo a observarla y descifrarla porque sin ella no existe el mundo.

Claro que sabría cuándo está mintiendo.

—No te preocupes, mi amor —le dice—. Todo está bien. La fiesta de cumpleaños de tu papá va a ser maravillosa. ¿Te imaginas lo feliz que va a estar? Tenemos muchos regalos que darle. Le hicimos una linda torta.

Richie asiente, sin parpadear. Se mece suavemente. En voz muy baja, como si no quisiera que lo oyeran sino que las palabras le llegaran como por casualidad, dice: “Sí. Le hicimos una linda torta”. Su voz tiene una resonancia sorprendentemente madura.

Nunca dejará de observarla. Siempre sabrá cuando algo anda mal. Siempre sabrá la extensión y el momento precisos de su fracaso.

—Te amo, mi corazón —le dice ella—. Tú eres mi novio.

Por un instante, brevemente, el niño se transforma. Resplandece brevemente, con una blancura mortal. Laura ya no tiene rabia. Se acuerda de sonreír. Mantiene ambas manos en el timón.

La señora Dalloway

Vino a ayudarle a Richard a prepararse para la fiesta pero Richard no responde. Golpea de nuevo, con más fuerza, y después usa la llave afanosamente, con nerviosismo, para abrir la puerta.

El apartamento está lleno de luz. Clarissa casi se queda sin aliento en el umbral. Todas las persianas están subidas, todas las ventanas, abiertas. Aunque el aire está lleno de la luz ordinaria que entra a todos estos apartamentos en las tardes de sol, en las habitaciones de Richard parece que hubiera habido una explosión silenciosa. Sus cajas de cartón, su tina (más sucia de lo que había imaginado), el espejo polvoriento y la costosa cafetera, todos están aquí, expuesto su verdadero patetismo, su pequeñez ordinaria. Es, para decirlo sencillamente, el apartamento de un loco.

—¡Richard! —llama Clarissa.

—Señora Dalloway. Eres tú, señora Dalloway.

Corre a la otra habitación y encuentra a Richard, que aún tiene la bata puesta, encaramado en el alféizar de la ventana abierta, con una pierna enflaquecida aún en el apartamento y la otra, invisible para ella, colgando a cinco pisos de altura.

—Richard —le dice con severidad—. Bájate de ahí.

—Está tan hermoso allá afuera —dice él—. Qué día.

Parece demente y exaltado, al mismo tiempo envejecido e infantil, a caballo en el alféizar como un cuervo ecuestre, una estatua de parque de Giacometti. Tiene algunos mechones de pelo pegados al cuero cabelludo y otros parados, puntiagudos y desafiantes.

La pierna que está adentro, desnuda hasta la mitad del muslo, es blanca azulosa y esquelética pero en la pantorrilla hay un

montoncito de músculo sorprendentemente sólido que aún se aferra al hueso.

—Estoy aterrorizada —dice Clarissa—. Quiero que dejes de hacer eso y te entres. Ya.

Se mueve hacia él y él levanta la pierna que tiene adentro hacia el alféizar. Sólo permanecen en contacto con la madera gastada el talón de ese pie, una mano y una nalga descarnada. En su bata, los cohetes de aletas rojas dejan a su paso perfectas estelas anaranjadas. Los astronautas encasquetados y sin rostro tras sus viseras oscuras, regordetes y blancos como el hombre de las llantas Uniroyal, ofrecen saludos tiesos de guante blanco.

—Me tomé el Xanax y la Ritalina —dice Richard—. Funcionan a la perfección juntos. Me siento perfecto. Abrí todas las persianas pero me di cuenta de que necesitaba más aire y más luz. Me costó mucho trabajo subirme hasta aquí, tengo que admitirlo.

—Amor, por favor, baja la pierna. ¿Harías eso por mí?

—No creo que pueda ir a la fiesta —dice—. Lo siento.

—No tienes que hacerlo. No tienes que hacer nada que no quieras hacer.

—Qué día. Qué hermoso, hermoso día.

Clarissa toma aire, dos veces. Está sorprendentemente calmada —se puede ver a sí misma actuando correctamente en una situación difícil— pero al mismo tiempo se siente lejos de sí misma, de esta habitación, como si estuviera presenciando algo que ya sucedió. Parece un recuerdo. Algo dentro de ella, algo que es como una voz pero que no es una voz, una certeza interior que es prácticamente imposible de distinguir del latido de su corazón, dice: *Una vez me encontré a Richard sentado en el alféizar de una ventana en un quinto piso.*

—Bájate de ahí. Por favor —dice.

El rostro de Richard se oscurece y se contrae como si Clarissa le hubiera planteado una pregunta difícil. El sillón vacío, total-

mente expuesto a la luz del día —el relleno se derrama por las costuras, la delgada toalla amarilla está marcada con círculos oxidados—, podría ser la estupidez, la vulgaridad esencial de la enfermedad mortal misma.

—Bájate de ahí —dice Clarissa. Habla despacio y duro, como si le hablara a un extranjero.

Richard asiente y no se mueve. Su cabeza devastada, descubierta ante la luz del día, es geológica. Su carne está tan arrugada y marcada, tan surcada como las piedras del desierto.

—No sé si pueda enfrentar esto —dice—. Tú sabes. La fiesta y la ceremonia, y después la hora siguiente, y la hora siguiente.

—No tienes que ir a la fiesta. No tienes que ir a la ceremonia. No tienes que hacer nada en absoluto.

—Pero siguen estando las horas. Una y después otra y uno logra sobrevivir a ésa y después hay otra, dios mío. Estoy tan cansado.

—Sigues teniendo días buenos. Sabes que es así.

—No en realidad. Es muy gentil de tu parte decirlo, pero desde hace un tiempo la siento cerrándose a mi alrededor como las mandíbulas de una flor gigantesca. Qué analogía tan peculiar. Pero así es como se siente. Tiene una cierta inevitabilidad vegetal. Piensa en la venus comemoscas. Piensa en la enredadera ahogando al bosque. Es una especie de progreso jugoso, verde, floreciente. Hacia, bueno, tú sabes. El silencio verde. ¿No es gracioso que ni siquiera ahora sea fácil pronunciar la palabra “muerte”?

—¿Están aquí, Richard?

—¿Quiénes? ¿Las voces? Las voces siempre están aquí.

—Quiero decir, ¿las oyes claramente?

—No. Te oigo a ti. Oírte siempre es maravilloso, señora D. ¿Te molesta que todavía te llame así?

—En absoluto. Entra. Ahora.

—¿La recuerdas? ¿A tu álter ego? ¿Qué fue de ella?

—Ésta es. Yo soy ella. Necesito que entres. ¿Por favor?

—Estoy tan bien aquí. Me siento tan libre. ¿Llamarás a mi madre? Está sola, tú sabes.

—Richard...

—Cuéntame algo.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Algo de tu día. Del día de hoy. La cosa más trivial. De hecho preferiría que fuera lo más trivial. El acontecimiento más trivial que puedas imaginar.

—Richard.

—Cualquier cosa. Lo que se te ocurra.

—Esta mañana, antes de pasar por aquí, fui a comprar flores para la fiesta.

¿Eso hiciste?

—Eso hice. La mañana estaba hermosa.

—¿Lo estaba?

—Sí. Estaba hermosa. Estaba tan... fresca. Compré las flores y las llevé a casa y las puse en agua. Ya. Fin de la historia. Ahora entra.

—Fresca como hecha a la medida de los niños en la playa —dice Richard.

—Se podría decir eso.

—Como una mañana en la que fuimos jóvenes juntos.

—Sí. Así.

—Como la mañana en la que saliste de esa vieja casa; tú tenías dieciocho y yo, yo acababa de cumplir diecinueve. Tenía diecinueve y estaba enamorado de Louis y estaba enamorado de ti y pensé que nunca había visto nada tan hermoso como tú saliendo por una puerta de vidrio temprano por la mañana, aún adormilada, en tu ropa interior. ¿No es curioso?

—Sí —dice Clarissa—. Es curioso.

—He fracasado.

—Deja de decir eso. Tú no has fracasado.

—Sí. Lo hice. Y no quiero que me compadezcan. No realmente. Es sólo que me siento tan triste. Lo que yo quería hacer parecía sencillo. Quería crear algo lo suficientemente vivo e impactante como para que pudiera compararse con una mañana en la vida de alguien. La mañana más común. Imagina, tratar de hacer eso. Qué tontería.

—No es ni un poquito tonto.

—Me temo que no voy a poder ir a la fiesta.

—Deja de preocuparte por la fiesta. No pienses en la fiesta. Dame la mano.

—Has sido tan buena conmigo, señora Dalloway.

—Richard...

—Te amo. ¿Suena gastado?

—No.

Richard sonríe. Mueve la cabeza.

—No creo que haya dos personas que hayan sido tan felices como nosotros lo fuimos —dice.

Se inclina hacia adelante, se resbala suavemente del alféizar y cae.

Clarissa grita.

—No.

Se ve tan seguro, tan sereno, que por un momento imagina que esto no ha sucedido. Llega a la ventana a tiempo para ver a Richard en el aire, la bata hinchada por el viento, y aún ahora le parece que es un accidente sin importancia, algo reparable. Lo ve tocar el piso cinco pisos más abajo, lo ve arrodillarse en el concreto, ve cómo su cabeza se golpea, oye el ruido que hace, y sin embargo cree, al menos por un instante mientras se asoma por la ventana, que se levantará de nuevo, quizás un poco mareado, sin aliento, pero todavía él, todavía entero, todavía capaz de hablar.

Lo llama por su nombre, una vez. Suena como una pregunta, más pacito de lo que hubiera querido. Él yace en el lugar donde cayó, boca abajo, con la bata sobre la cabeza y las piernas desnudas, blancas contra el concreto oscuro.

Sale corriendo de la habitación y atraviesa la puerta, que deja abierta. Corre escaleras abajo. Piensa en pedir ayuda, pero no lo hace. El aire mismo parece haber cambiado, como si se hubiera separado ligeramente; como si la atmósfera estuviera palpablemente formada de materia y de su opuesto. Corre escaleras abajo y es consciente (más tarde se sentirá avergonzada de ello) de ser una mujer que corre escaleras abajo inermemente, viva.

Cuando llega al vestíbulo padece un momento de confusión porque no sabe cómo llegar al pozo de ventilación donde yace Richard, y siente por un instante que está en el infierno. El infierno es un cuarto como una caja amarilla, rancia, sin salida, sombreada por un árbol artificial, rodeada de puertas metálicas melladas (una de ellas tiene una calcomanía de los Grateful Dead, una calavera coronada de rosas).

Hay una puerta a la sombra del pozo de la escalera, más angosta que las otras y que conduce, por unas escaleras de cemento roto, a donde está Richard. Antes de bajar por estas últimas escaleras, ella sabe que está muerto. Su cabeza está escondida bajo los pliegues de la bata pero puede ver el charco de sangre, oscura, casi negra, que se ha formado en el lugar donde debe estar la cabeza. Puede ver la total inmovilidad de su cuerpo: uno de los brazos forma un ángulo curioso, con la palma para arriba, y ambas piernas están descubiertas, blancas y desnudas como la muerte misma. Lleva puestas las pantuflas de paño gris que ella le compró.

Baja los últimos escalones, ve que Richard yace entre astillas de vidrio roto, y le toma un momento darse cuenta de que no son más que los restos de una botella rota de cerveza que ya es-

taba allí y no una consecuencia de la caída de Richard. Piensa que debe recogerlo inmediatamente, quitarlo de entre el vidrio.

Se arrodilla a su lado, pone una mano sobre su hombro inerte. Suavemente, muy suavemente, como si temiera despertarlo, retira la bata de la cabeza. En la resplandeciente masa roja, púrpura y blanca, sólo puede discernir sus labios separados y un ojo abierto. Se da cuenta de que ha emitido un sonido, una exclamación aguda de sorpresa y dolor. Le cubre de nuevo la cabeza con la bata.

Permanece arrodillada a su lado, sin saber qué hacer. Vuelve a poner la mano sobre su hombro. No le da palmaditas; sencillamente deja que la mano descansa allí. Se dice a sí misma que debería llamar a la policía, pero no quiere dejar a Richard solo. Espera a que alguien la llame. Mira hacia arriba, a las filas ascendentes de ventanas, la ropa tendida, el cuadrado perfecto de cielo bisecado por una delgada hoja blanquiazul de nube, y empieza a comprender que nadie lo sabe todavía. Nadie vio ni oyó a Richard caer.

No se mueve. Busca la ventana de la vieja, la que tiene las tres figuras de porcelana (invisibles desde tan abajo). La vieja debe de estar en casa, casi nunca sale. Clarissa siente la urgencia de gritarle, como si fuera un miembro de la familia; como si se la debiera informar. Clarissa pospone, al menos por un minuto o dos, el inevitable acto siguiente. Se siente (y está sorprendida consigo misma) ligeramente avergonzada por lo que ha sucedido. Se pregunta por qué no llora. Es consciente del sonido de su propia respiración. Es consciente de las pantuflas en los pies de Richard, del cielo reflejado en el charco cada vez más grande de sangre.

Así que aquí termina, en una plataforma de concreto, bajo las cuerdas de ropa y entre astillas de vidrio. Baja la mano suavemente desde su hombro por la frágil curva de su espalda. Culpable-

mente, como si estuviera haciendo algo prohibido, se inclina y deja descansar la frente en su columna ahora que aún le pertenece. Mientras él sigue siendo Richard Worthington Brown. Puede oler la franela rancia de la bata, la acritud avinada de su carne sin lavar. Quisiera hablarle, pero no puede. Apenas reposa ligeramente la cabeza en su espalda. Si fuera capaz de hablar diría algo —no sabe qué, exactamente— sobre cómo él ha tenido el valor de crear y cómo, lo que quizás es más importante, ha tenido el valor de amar durante décadas, singularmente, contra toda sensatez. Quisiera hablarle de cómo ella, Clarissa, lo amó a su vez, lo amó enormemente, aunque lo haya dejado en una esquina hace más de treinta años (¿y qué otra cosa hubiera podido hacer?). Le confesaría su deseo de una vida relativamente normal (ni más ni menos de lo que la mayoría de las personas desean), y cuánto quería que viniera a su fiesta y poder hacer alarde de su dedicación delante de sus invitados. Le pediría que la perdonara por resistirse, en el que resultaría ser el día de su muerte, a besarlo en los labios y por decirse a sí misma que lo había hecho por la salud de él.

La señora Brown

Se encienden las velas. Se canta la canción. Al soplar las velas, Dan escupe unas cuantas gotas de babas sobre la superficie lisa de la cubierta. Laura aplaude y, después de un instante, Richie también lo hace.

—Feliz cumpleaños, cariño —dice ella.

Surge inesperadamente un espasmo de furia que le atenaza la garganta. Él es vulgar, basto, estúpido; escupió sobre la torta. Está atrapada aquí para siempre en su papel de esposa. Deberá sobrevivir a esta noche, y a la mañana siguiente, y después seguirá otra noche aquí, en estas habitaciones, sin un lugar a dónde ir. Debe ser complaciente; debe seguir adelante.

Sería como salir a caminar en un campo cubierto de nieve brillante. Sería terrible y maravilloso. *Pensamos que las tuyas eran las penas de todo el mundo, no teníamos idea.*

Se le pasa la furia. Todo está bien, se dice a sí misma. Todo está bien. Contrólate, por dios.

Dan le pasa el brazo por las caderas. Laura percibe su carnosa y perfumada solidez. Lo siente. Es consciente como nunca de su bondad.

—Esto es maravilloso —dice él—. Es perfecto.

Ella le da palmaditas en la nuca. Tiene el cabello lustroso gracias al Vitalis, ligeramente grueso, como la piel de una nutria. Su cara, con rastros de barba, brilla de sudor, y su bien peinado cabello se ha relajado lo suficiente como para que un único mechón aceitoso, tan grueso como una hoja de hierba, cuelgue hasta un punto justo encima de las cejas. Se quitó la corbata y se desabotonó la camisa; exuda una esencia compleja compuesta de sudor, Old Spice, el cuero de los zapatos, y el inefable y profun-

damente familiar olor de su carne —un olor que contiene partes de hierro, partes de lejía, y una remotísima insinuación a cocina, como si en su profundo interior se estuviera fritando algo húmedo y grasoso.

—¿Tú también pediste un deseo? —le pregunta Laura a Richie.

Él asiente, aunque no se le había ocurrido la posibilidad. Le parece que siempre está pidiendo un deseo, a cada momento, y que sus deseos, como los de su padre, tienen que ver esencialmente con la continuidad. Como su padre, lo que él ardientemente desea es más de lo que ya tiene (aunque, como era de esperarse, si se le preguntara por la naturaleza de sus deseos, produciría una larga lista de juguetes, reales e imaginarios). Como su padre, se da cuenta de que lo que quizás no obtengan es precisamente más de esto.

—¿Te gustaría ayudarme a cortar la torta? —dice su padre.

—Sí —responde Richie.

Laura trae de la cocina los platos y los tenedores de postre. Hela aquí, en este modesto comedor, a salvo, con su esposo y su hijo, mientras Kitty yace en una cama de hospital esperando a que los doctores le digan qué encontraron. Hela aquí, a esta familia, en este lugar. Calle arriba y calle abajo, las ventanas brillan, y lo mismo sucede en infinidad de calles. Se sirven infinidad de comidas; se narran las victorias y los desencantos de una infinidad de días.

Mientras Laura pone los platos y los cubiertos en la mesa —mientras aquéllos tintinean suavemente sobre la blanca tela almidonada—, tiene la sensación de que lo logró en el último momento, como un pintor que añade una última línea de color a un cuadro y con ello lo salva de la incoherencia; como un escritor que escribe la línea que revela la simetría y los patrones ocultos del drama. De alguna manera esto se relaciona con el acto de

poner los platos y los cubiertos en el mantel blanco. Es tan inequívoco como inesperado.

Dan deja que Richie saque las velas quemadas antes de guiar su mano para cortar la torta. Laura observa. En este momento el comedor parece el más perfecto comedor imaginable, con sus paredes verde botella y la alacena de arce oscuro que guarda el tesoro de plata de la boda. La habitación parece casi imposiblemente llena: llena de las vidas de su esposo y de su hijo; llena de futuro. Es importante; reluce. Gran parte del mundo, países enteros han sido diezmados, pero ha prevalecido una fuerza que se percibe inequívocamente como buena; incluso parece que la ciencia médica va a curar a Kitty. Ella sanará. Y si no lo hace, si es demasiado tarde para ella, Dan y Laura y su hijo y la promesa del segundo hijo seguirán aquí, en esta habitación, donde un niño frunce el ceño, concentrado en la tarea de quitar las velas, y el padre se lleva una a la boca y lo urge para que se chupe el batido.

Laura lee el momento a medida que pasa. Helo aquí, piensa; allá va. La página está a punto de terminar.

Le sonrío a su hijo serenamente, desde lejos. Él sonrío de vuelta. Lame el cabo de una vela quemada. Pide otro deseo.

La señora Woolf

Trata de concentrarse en el libro que tiene en el regazo. Ella y Leonard se irán pronto de Hogarth House a vivir a Londres. Ya se decidió. Virginia ganó. Lucha por concentrarse. Ya se botaron las sobras de carne, se limpió la mesa, se lavaron los platos.

Irá al teatro y a conciertos. Irá a fiestas. Vagará por las calles, verá todo, se llenará de historias.

...la vida; Londres...

Escribirá y escribirá. Terminará este libro y después escribirá otro. Conservará la cordura y vivirá como se supone que debe vivir, intensamente, profundamente, rodeada de otros de su especie, en plena posesión y dominio de su talento.

De pronto piensa en el beso de Vanessa.

Fue un beso inocente —todo lo inocente que se quiera— pero también estaba lleno de algo que no es del todo diferente de lo que Virginia quiere de Londres, de la vida; lleno de un amor complejo y voraz, antiguo, ni esto ni aquello. Servirá como la manifestación, en esta tarde, del misterio central mismo, de la elusiva luminosidad que brilla desde las orillas de ciertos sueños; la luminosidad que, cuando despertamos, ya se está desvaneciendo en nuestras mentes pero que esperamos encontrar al levantarnos, quizás hoy, este nuevo día en el que cualquier cosa puede pasar, cualquier cosa. Ella, Virginia, besó a su hermana, no del todo inocentemente, tras las anchas y caprichosas espaldas de Nelly y ahora está en una habitación con un libro en el regazo. Ella es una mujer que se irá a vivir a Londres.

Clarissa Dalloway habrá estado enamorada de una mujer; sí; de otra mujer, cuando era joven. Ella y la mujer se habrán besado, sólo un beso, como el beso único y encantado de los cuentos

de hadas, y toda la vida Clarissa llevará consigo el recuerdo de ese beso, el vuelo de esperanza de ese beso. Nunca encontrará un amor como el que parecía ofrecer ese solo beso.

Virginia, excitada, se levanta de su asiento y pone el libro sobre la mesa. Leonard le pregunta desde su propio asiento:

—¿Te vas a acostar?

—No. Todavía es temprano, ¿no?

Mira el reloj con el ceño fruncido:

—Casi son las diez y media —dice.

—Sólo estoy inquieta. Todavía no estoy cansada.

—Me gustaría que te acostaras a las once —dice.

Ella asiente. Seguirá portándose bien, ahora que ya se tomó la decisión sobre Londres. Sale de la sala, atraviesa el vestíbulo y entra al comedor a oscuras. A través de la ventana caen sobre la mesa grandes rectángulos de luz de luna mezclada con la luz de la calle, que después son barridos por las ramas, reaparecen y son barridos de nuevo. Virginia se queda de pie en el umbral mirando las formas cambiantes como miraría las olas que revientan en la playa. Sí; Clarissa habrá amado a una mujer. Clarissa habrá besado a una mujer, sólo una vez. Clarissa estará acongojada, profundamente sola, pero no morirá. Estará demasiado enamorada de la vida, de Londres. Virginia imagina a alguien más, sí, alguien fuerte de cuerpo pero de mente frágil; alguien con un toque de genio, de poesía, aplastado por las ruedas del mundo, por la guerra y por el gobierno, por los doctores; alguien que técnicamente está loco porque esa persona ve un significado por doquier, sabe que los árboles son seres conscientes y que los gorriones cantan en griego. Sí; alguien así. Clarissa, la sensata Clarissa —la ordinaria y exultante Clarissa— seguirá adelante, adorando Londres, adorando su vida de placeres ordinarios, y será otro, un poeta perturbado, un visionario, quien muera.

La señora Brown

Está terminando de cepillarse los dientes. Los platos están lavados y guardados, Richie está en la cama, su esposo la aguarda. Enjuaga el cepillo bajo la llave, se enjuaga la boca, escupe en el lavamanos. Su esposo estará en su lado de la cama mirando al techo con las manos detrás de la cabeza. Cuando ella entre a la habitación la mirará como si estuviera sorprendido y feliz de verla allí, a su esposa, de todas las personas del mundo, dispuesta a quitarse la bata, tenderla sobre el asiento y meterse a la cama con él. Así es él: sorpresa infantil; júbilo afable, ligeramente avergonzado; inocencia atolondrada y profunda dentro de la cual se esconde el sexo como un resorte. A veces piensa —no puede evitarlo— en esas latas que venden en las tiendas de sorpresas, las que tienen las culebras de papel adentro esperando a saltar cuando se levante la tapa. Esta noche no habrá lectura.

Pone el cepillo de dientes en el cepillero de porcelana.

Cuando se mira en el espejo del gabinete, se imagina por un instante que hay alguien de pie detrás de ella. Obviamente no hay nadie; es un truco de la luz. Por un momento, no más que un momento, se ha imaginado una especie de yo fantasmal, una segunda versión de ella, detrás, mirándola. No es nada. Abre el gabinete, guarda la pasta dental. Aquí, en los estantes de vidrio, están las diversas lociones y perfumes, las vendas y los ungüentos, las drogas. Aquí está el frasco con las pastillas para dormir que le prescribió el doctor. Este último frasco está casi lleno —no puede usarlas, como es obvio, mientras está embarazada.

Toma el frasco, lo mira a la luz. Hay por lo menos treinta pastillas, quizás más. Lo vuelve a poner en el estante.

Sería tan fácil como registrarse en una habitación de hotel.

Sería así de fácil. Qué maravilloso sería no importar más. Que maravilloso sería ya no tener que preocuparse, luchar, fracasar.

¿Y si ese momento a la hora de la cena —esa compensación, esa nimia perfección— fuera suficiente? ¿Y si decidiera no desear nada más?

Cierra la puerta del gabinete, que se topa con el marco con un clic metálico, sólido y competente. Piensa en todas las cosas que hay dentro del gabinete, sobre los estantes, y que ahora están a oscuras. Se dirige a la habitación, donde la espera su marido. Se quita la bata.

—Hola —le dice confiadamente, con ternura, desde su lado de la cama.

—¿Te gustó tu fiesta de cumpleaños? —le pregunta ella.

—Fue la mejor —quita la cobija pero ella titubea, de pie al lado de la cama, con su tenue pijama azul. No puede sentir su cuerpo, aunque sabe que está allí.

—Qué bueno —dice ella—. Me alegro de que te hayas divertido.

—¿Vienes a la cama?

—Sí —responde y se queda quieta. En este momento podría no ser más que una inteligencia flotante; ni siquiera un cerebro dentro de un cráneo, sólo una presencia que percibe, como lo haría un fantasma. Probablemente así es como se siente un fantasma, piensa. Se parece un poco a leer —la misma sensación de conocer gente, lugares, situaciones, sin desempeñar otro papel que el de un testigo dispuesto.

—¿Así que vienes a la cama? —pregunta Dan después de un rato.

—Sí —dice ella.

A lo lejos, oye un perro ladrar.

La señora Dalloway

Clarissa pone la mano en el hombro de la anciana mujer, como preparándola para un nuevo golpe. Sally, que se les adelantó en el corredor, abre la puerta.

—Ya llegamos —dice Clarissa.

—Sí —replica Laura.

Clarissa siente alivio al entrar al apartamento y constatar que Julia guardó los bocadillos. Las flores, como es obvio, permanecen —brillantes e inocentes, surgiendo en desordenada explosión de los floreros porque Clarissa detesta los arreglos. Prefiere que parezca como si las flores acabaran de llegar del campo en ramilletes.

Al lado de un florero lleno de rosas, Julia duerme en el sofá con un libro en el regazo. Sentada y dormida tiene un aire de sorprendente dignidad, incluso autoridad, sin ambages, los hombros relajados y ambos pies en el piso, la cabeza discretamente inclinada hacia adelante, como si rezara. En este instante podría ser una diosa menor venida para aliviar la ansiedad mortal; venida para susurrar con sabiduría amorosa y grave, desde su trance a quienes entran: “No teman, todo lo que tienen que hacer es morir”.

—Volvimos —dice Sally.

Julia se despierta, parpadea y se levanta. Se rompió el hechizo: Julia es una niña una vez más. Sally entra a la habitación despojándose del saco mientras camina y por un instante parece como si Clarissa y la anciana estuvieran tímidamente paradas en el vestíbulo, rezagadas, quitándose los guantes con cuidado, aunque no hay vestíbulo y no están usando guantes.

—Julia, ella es Laura Brown —dice Clarissa.

Julia da un paso adelante y se detiene a respetuosa distancia de Laura y de Clarissa. De dónde salió esa presencia, ese donaire, se pregunta Clarissa. Aún es una niña.

—Lo siento tanto —dice Julia.

—Gracias —responde Laura, con una voz más firme y más nítida de lo que Clarissa esperaba.

Laura es una mujer alta, ligeramente encorvada, de ochenta o más. Tiene el cabello gris brillante y acerado; tiene la piel traslúcida, llena de pecas marrones del tamaño de la cabeza de un alfiler. Tiene un vestido oscuro de flores y zapatos blandos, de anciana.

Clarissa le pide que siga adelante, a la sala. Se instala en silencio. Del silencio surge la sensación de que Clarissa, Sally e incluso Laura acaban de llegar, nerviosas e inquietas, sin conocer a nadie, inadecuadamente vestidas, a una fiesta que Julia ofrece.

—Gracias por recoger —dice Sally.

—Llamé a casi todas las personas de la lista —dice Julia—. Unos cuantos aparecieron. Louis Waters.

—Dios mío. No recibió mi mensaje.

—Y dos mujeres; no recuerdo sus nombres. Y alguien más, un hombre negro, Gerry no sé qué.

—Gerry Jarman —dice Clarissa—. ¿Fue horrible?

—Con Gerry Jarman no tuve problemas. Louis como que se desmoronó. Se quedó casi una hora. Tuve una larga conversación con él. Estaba mejor cuando se fue. Más o menos.

—Lo siento, Julia. Siento que hayas tenido que ocuparte de estas cosas.

—No hubo problema. No te preocupes por mí.

Clarissa asiente.

—Debe estar exhausta —le dice a Laura.

—No estoy segura de cómo estoy —dice Laura.

—Siéntese, por favor —le dice Clarissa—. ¿Tal vez quiera comer algo?

—No creo que pueda. Gracias.

Clarissa lleva a Laura hasta el sofá. Laura se sienta, agradecida y cautelosa, como si estuviera muy cansada pero no del todo segura de que el sofá sea estable.

Julia se dirige hacia donde está Laura, se para frente a ella y se inclina hasta estar cerca de su oído.

—Le voy a preparar una taza de té —dice—. O tal vez prefiera café. O un brandy.

—Una taza de té estaría bien. Gracias.

—Debería comer algo —dice Julia—. Apuesto a que no ha comido nada desde que salió de su casa

—Pues...

—Voy a prepararle algo en la cocina —dice Julia.

—Es muy gentil de tu parte, querida —dice Laura.

Julia mira a Clarissa.

—Quédate aquí con la señora Brown, mamá —le dice—. Sally y yo vamos a ver qué hay.

—Muy bien —dice Clarissa. Se sienta a su lado en el sofá. Se limita a hacer lo que su hija le dice que haga y ello la hace sentir sorprendentemente aliviada. Uno podría empezar a morir así, piensa: entre los cuidados de una hija grande y las comodidades de una habitación. Así pues, he aquí la vejez. He aquí los pequeños consuelos, la lámpara y el libro. He aquí el mundo, cada vez más bajo el control de otras personas; personas que harán un buen trabajo o no; personas que no nos mirarán al pasar a nuestro lado en la calle.

—¿Será demasiado morboso comerse la comida de la fiesta? —le pregunta Sally a Clarissa—. Está toda ahí.

—No lo creo —dice Clarissa—. A Richard le hubiera gustado.

Mira a Laura con nerviosismo. Laura sonríe, se abraza los codos, parece estar mirando algo en las puntas de sus pies.

—Sí —dice Laura—. Le hubiera gustado.

—Muy bien —dice Sally. Ella y Julia se dirigen a la cocina.

Según el reloj, son las doce y diez. Laura se sienta con una cierta reserva formal, los labios apretados, los ojos semicerrados. Clarissa piensa que está esperando a que este momento se acabe. Está esperando a que llegue el momento de irse a la cama, a solas.

—Puede acostarse cuando quiera —le dice Clarissa—. El cuarto de huéspedes está al final del corredor.

—Gracias —dice Laura—. En un ratico.

Se acomodan en medio de otro silencio, un silencio que no es íntimo pero tampoco particularmente incómodo. Así pues, hela aquí, piensa Clarissa; he aquí a la mujer en la poesía de Richard. He aquí a la madre perdida, el suicidio fallido; he aquí a la mujer que se fue. Es sorprendente y reconfortante al mismo tiempo que un personaje así resultara ser una anciana común y corriente sentada en un sofá con las manos en el regazo.

—Richard fue un hombre maravilloso —dice Clarissa.

Inmediatamente se arrepiente. Ya empezaron los panegíricos previsibles e inocuos; alguien que acaba de morir ya está siendo repensado como ciudadano respetable, hacedor de buenas obras, un hombre maravilloso. ¿Por qué diría una cosa así? Para consolar a una anciana, en realidad, para congraciarse. Y sí, lo dijo para hacer valer su derecho sobre el cuerpo: *Yo fui quien lo conoció más íntimamente, yo voy a ser la primera en definir su medida*. En este momento quisiera ordenarle a Laura Brown que se fuera a acostar, cerrara la puerta y se quedara en su habitación hasta la mañana siguiente.

—Sí —dice Laura—. Y era un escritor maravilloso, ¿no es cierto?

—¿Ha leído los poemas?

—Sí. Y la novela.

Así que lo sabe. Lo sabe todo sobre Clarissa y sabe que ella misma, Laura Brown, es el fantasma y la diosa de un grupito de mitos privados vueltos públicos (si es que “público” no es un término demasiado grandilocuente para la obstinada y reducida banda de lectores de poesía que queda). Sabe que ha sido idolatrada y despreciada; sabe que fue la obsesión de un hombre que quizás resulte ser un gran artista. Hela aquí, pecosa, con un vestido de flores. Dice calmadamente de su hijo que fue un escritor maravilloso.

—Sí —responde Clarissa con impotencia—. Era un escritor maravilloso.

—Usted nunca fue su editora, ¿verdad?

—No. Éramos demasiado cercanos. Hubiera sido demasiado complicado.

—Sí. Lo entiendo.

—Los editores necesitan una cierta objetividad.

—Claro que sí.

Clarissa siente que se sofoca. ¿Por qué es tan difícil hacer esto? ¿Por qué es tan imposible hablarle claramente a Laura Brown, hacerle las preguntas importantes? ¿Cuáles son las preguntas importantes?

Clarissa dice:

—Lo cuidé lo mejor que pude.

Laura asiente.

—Yo hubiera querido hacerlo mejor —dice.

—Yo también.

Laura toma la mano de Clarissa. Bajo la piel floja y suave de la mano de Laura, se palpan las protuberancias redondas y las afiladas espinas de los huesos, los cordones de las venas.

—Hicimos lo mejor que pudimos, querida —dice Laura—. ¿Qué más podíamos hacer?

—Sí —dice Clarissa.

Así que Laura Brown, la mujer que intentó morir y fracasó, la mujer que huyó de su familia, está viva y todos los demás, los que lucharon por sobrevivir en su estela, han muerto. Ella está viva mientras que su esposo cayó víctima del cáncer de hígado y su hija fue atropellada por un conductor borracho. Ella está viva mientras que Richard saltó por una ventana hacia un lecho de vidrio roto.

Clarissa toma la mano de la anciana. ¿Qué más puede hacer? Dice:

—Me pregunto si Julia olvidó su té.

—Creo que sí, querida.

Clarissa mira hacia las puertas de vidrio que conducen al modesto jardín. Los reflejos imperfectos de ella y de Laura Brown se ven en el vidrio oscuro. Clarissa piensa en Richard en el alféizar; en Richard dejándose caer; no realmente saltando sino deslizándose como desde una roca hacia el agua. ¿Cómo pudo haber sido ese momento en el que irrevocablemente lo hizo? ¿El momento en el que salió de su oscuro apartamento y se encontró suelto en el aire? ¿Qué pudo haber sentido al ver el callejón abajo, y las canecas azules y carmelitas, el reguero de vidrio ámbar, acercándose a toda velocidad? ¿Acaso sintió —acaso pudo haber sido así— una especie de placer al aplastarse contra el pavimento y darse cuenta (¿se dio cuenta momentáneamente?) de cómo se abría el cráneo, cómo se regaban todos sus impulsos, sus lucecitas? No pudo haber habido mucho dolor, piensa Clarissa. Debe de haber sentido la idea de dolor, el primer impacto, y después... lo que sea que vino después.

—Voy a ver —le dice Clarissa—. Vuelvo en un segundo.

—Muy bien —dice Laura.

Clarissa se pone de pie, un poco tambaleante, y va hacia la cocina. Sally y Julia sacaron la comida del refrigerador y la

apilaron en los mesones. Hay espirales de pechuga de pollo a la parrilla, con pecas negras y un toque de amarillo brillante, empalados en palillos y organizados alrededor de un tazón con salsa de maní. Hay tartas de cebolla en miniatura. Hay langostinos al vapor y cuadrados brillantes y rojos de atún casi crudo con toquecitos de wasabi. Hay triángulos oscuros de berenjena a la parrilla y emparedados redondos en pan marrón, y hojas de endivia con un toque de queso de cabra y nueces picadas en el extremo del tallo. Hay bandejas pandas llenas de vegetales crudos. Y en la bandeja de cerámica está el plato de cangrejo que Clarissa misma preparó para Richard porque era su favorito.

—Dios mío —dice Clarissa—. Miren todo esto.

—Eran cincuenta invitados —dice Sally.

Se quedan allí por un momento, las tres, frente a los platos llenos de comida. La comida se siente como algo primitivo, intocable; podría tratarse de una exhibición de reliquias. Clarissa siente por un instante que la comida —la más perecedera de las entidades— seguirá allí cuando ella y las otras hayan desaparecido; cuando todas, incluida Julia, hayan muerto. Clarissa se imagina que la comida se queda ahí, aún fresca de alguna manera, mientras ella y las otras abandonan estas habitaciones, una por una, para siempre.

Sally toma la cabeza de Clarissa entre sus manos. Besa la frente de Clarissa con firmeza y eficacia, en una forma que la hace pensar en pegar una estampilla a una carta.

—Alimentemos a todo el mundo y vámonos a la cama —dice suavemente, cerca del oído de Clarissa—. Es hora de que este día termine.

Clarissa aprieta el hombro de Sally. Le diría “Te amo”, pero claro que Sally lo sabe. Sally presiona a su vez en el antebrazo de Clarissa.

—Sí —dice Clarissa—. Es hora.

Parece que es en ese instante cuando Richard empieza verdaderamente a irse de este mundo. Para Clarissa es casi una sensación física; un jalonamiento gentil pero irreversible, como una hoja de hierba que está siendo arrancada. Pronto Clarissa estará dormida, pronto todos los que lo conocieron dormirán y todos se levantarán mañana por la mañana y descubrirán que él se ha unido al reino de los muertos. Se pregunta si mañana por la mañana será el fin de la vida de Richard en la tierra y también el comienzo del fin de su poesía. Hay tantos libros. Algunos, unos cuantos, son buenos y de esos, sólo unos pocos sobreviven. Es posible que los ciudadanos del futuro, gentes que no han nacido todavía, quieran leer las elegías de Richard, sus lamentos de hermosas cadencias, sus ofrecimientos de amor y de rabia rigurosamente carentes de sentimentalismo, pero lo más probable es que sus libros se desvanezcan junto con todo lo demás. Clarissa, el personaje de la novela, se desvanecerá, y también lo hará Laura Brown, la madre perdida, la mártir, la villana.

Sí, piensa Clarissa, es hora de que el día termine. Damos fiestas; abandonamos a nuestras familias para irnos a vivir solos al Canadá; luchamos por escribir libros que no cambian el mundo a pesar de nuestros talentos y de nuestros generosos esfuerzos, de nuestras extravagantes expectativas. Vivimos nuestras vidas, hacemos lo que sea que hagamos, y después dormimos —es así de fácil y de ordinario. Unos cuantos saltan por una ventana o se ahogan o toman pastillas; muchos más mueren por accidente; y la mayoría de nosotros, la gran mayoría, somos devorados lentamente por alguna enfermedad o, si somos afortunados, por el tiempo mismo. No nos queda más que este consuelo: una hora aquí y allá en la que nuestras vidas se abren en una explosión, contra todas las posibilidades y todas las expectativas, y nos ofrecen todo lo que jamás imaginamos, aunque todos excepto los niños (y quizás ellos también) saben que a es-

tas horas inevitablemente seguirán otras más oscuras y más difíciles. Y sin embargo, amamos la ciudad, la mañana, más que nada; tenemos la esperanza de más.

Sólo el cielo sabe por qué lo amamos tanto.

Así pues, he aquí la fiesta, aún lista; he aquí las flores, aún frescas; todo está listo para los invitados, que han resultado ser sólo cuatro. Perdónanos Richard. Después de todo, es una fiesta en realidad. Es una fiesta para los que no han muerto aún; para los que aún no están muy deteriorados; para aquéllos que, por misteriosas razones, tienen la suerte de seguir vivos.

De hecho es una gran suerte.

—¿Crees que debería prepararle un plato a la madre de Richard? —pregunta Julia.

—No —responde Clarissa—. Voy a llamarla.

Regresa a la sala donde se encuentra Laura Brown. Laura le sonrío lánguidamente a Clarissa —¿quién podría saber lo que piensa o lo que siente? Hela aquí: la mujer de la cólera y de la aflicción, del *pathos*, del encanto deslumbrante; la mujer en el amor y en la muerte; la víctima y la torturadora que rondó la obra de Richard. Aquí, justo aquí en esta habitación, está la amada; la traidora. Aquí hay una anciana, una bibliotecaria retirada de Toronto que usa zapatos de vieja.

Y aquí está ella, Clarissa, que ya no es la señora Dalloway; ya no hay nadie que la llame así. Hela aquí, con otra hora ante ella.

—Venga, señora Brown —dice—. Todo está listo.

Agradecimientos

Para la revisión de este libro, conté con la valiosa ayuda de Jill Ciment, Judy Clain, Joel Conarro, Stacey D'Erasmus, Bonnie Friedman, Marie Howe y Adam Moss. Me facilitaron otra clase de apoyo, en forma de asesoramiento técnico y de investigación, Dennis Dermody, Paul Elie, Carmen GómezPlata, Bill Hamilton, Ladd Spiegel, John Waters y Wendy Welker. Mi gente, Gail Hochman, y mi editor, Jonathan Galassi, son santos seglares. Tracy O'Dwyer y Patrick Giles me han brindado más inspiración de orden general de lo que ellos mismos quizá sepan, al leer tan amplia, inteligente y voluptuosamente como lo hacen. Mis padres y mi hermana son asimismo grandes lectores, aunque eso dista mucho de agotar la lista de sus aportes. Donna Lee y Cristina Thorson siguen siendo esenciales en más sentidos de los que pueda enumerar aquí.

Three Lives and Company, una librería cuyas propietarias y gerentes son Jill Dunbar y Jenny Feder, es un santuario y, para mí, el centro del universo civilizado. Durante algún tiempo ha sido el lugar más fiable donde acudir cuando necesito recordar por qué las novelas compensan el trabajo que requiere escribirlas.

Recibí una asignación de la Engelhard Foundation y una beca de la Mrs. Giles Whiting Foundation, fondos ambos que me fueron de considerable utilidad.

Mi gratitud profunda a todos los mencionados.

Una nota sobre fuentes

Aunque Virginia Woolf, Leonard Woolf, Vanessa Bell, Nelly Boxall y otras personas que vivieron realmente aparecen en este libro como personajes de ficción, he procurado exponer lo más fielmente posible los pormenores externos de sus vidas como habría sido un día de 1923 que les he inventado. Para obtener información recurrí a una serie de fuentes, muy en especial a dos biografías magníficamente ecuanímes y perspicaces: *Virginia Woolf*, de Quentin Bell, y *Virginia Woolf*, de Hermione Lee. Igualmente fundamentales fueron *Virginia Woolf: The Impact of Childhood Sexual Abuse on Her Life and Work*, de Louise de Salvo, *Virginia Woolf*, de James King, *Selected Letters of Vanessa Bell*, editadas por Regina Maler, *Woman of Letters: A Life of Virginia Woolf*, de Phyllis Rose, *A Marriage of True Minds: An Intimate Portrait of Leonard and Virginia Woolf*, de Georges Spater e Ian Parsons, y *Beginning Again: An Autobiography of the Years 1911 to 1918*, y *Downhill All the Way: an Autobiography of the Years 1919 to 1939*, de Leonard Woolf. Fue esclarecedor un capítulo sobre *La señora Dalloway* en el libro *Libidinal Currents: Sexuality and the Shaping of Modernism*, de Joseph Boone, así como un artículo de Janet Malcolm, "A House of One's Own", publicado en el *The New Yorker* en 1995. También aprendí mucho de las introducciones a distintas ediciones de *La señora Dalloway*: la de Maureen Howard en la edición de Harcourt Brace & Co., la de Elaine Showalter en la de Penguin, y la de Claire Tomalin en la de Oxford. Estoy en deuda con Anne Oliver Bell por recopilar y editar los diarios de Woolf, con Andrew McNeillie por ayudarla, y con Nigel Nicolson y Joanne Trautmann por recopilar y editar las cartas de Woolf.

Joan Jones me facilitó información amablemente cuando visité Monk's House en Rodmell. Doy las gracias a todas estas personas.

Las horas es una conmovedora novela que se adentra en el mundo cotidiano y literario de la escritora británica Virginia Woolf, de manera cuidadosa y sensible, en el momento en que está escribiendo una de sus grandes novelas: *La señora Dalloway*. De manera paralela, otras dos mujeres se convierten en el eje de la narración: Laura Brown, un ama de casa que vive en Los Ángeles en 1949, quien lee fervorosamente *La señora Dalloway*, y Clarissa Vaughan, una editora que en el Nueva York de los años noventa prepara una fiesta para su amigo Richard, enfermo de sida, que acaba de recibir un importante premio literario y quien cariñosamente la llama "señora Dalloway".

Definitivamente, como ha reseñado el *Times Literary Supplement*, *Las horas* es "extremadamente emotiva y original... una novela que hará época".



MICHAEL CUNNINGHAM
Las horas



34-0



CC 21903